

# La Esfera

Año II \* Núm. 102

Precio: 50 cénts.



RETRATO, por Ramón Casas



## NUEVO MUNDO

Este bello semanario prepara, para las próximas Navidades, un número extraordinario verdaderamente admirable, que seguramente proporcionará al querido colega un nuevo éxito que añadirá a los muchos que ya ha obtenido desde su reforma. Para que nuestros lectores se den cuenta de lo que será el número, publicamos á continuación el sumario del mismo:

PORTADA EN TRICOLOR.  
LA VIRGEN DE LA LÁGRIMA, LA NOCHEBUENA EN EL CONVENTO, LA NOCHEBUENA DEL POBRE y EL DÍA DE REYES

que son cuatro hermosas páginas á todo color. Ocho planas á dos colores; "Luz tardía", cuento de Pérez Nieva, ilustrado por Espi; "La Nochebuena andaluza", por Dionisio Pérez y Tovar; "La Sagrada Familia", cuadro del Tiziano (doble plana); "La adoración de los Reyes", de Velázquez; "El Nacimiento de Jesús y el Arte", por José Francés, ilustrado con cuadros de Fra Angélico, Coello y Jacobo da Ponte.

Además, contiene artículos y poesías dedicados, en su mayor parte, á las fiestas de Navidad en las diferentes regiones de España, firmados por Guillermo San Germán, Juan B. Andrade, López de Saá, Cristóbal de Castro, "Andrenio", Vicente Medina, "Alejandro Miquis", Aurelio Matilla, Ramiro de Maezta, E. Contreras y Camargo, Antonio G. de Lirares, "Juan Palomo" y otros prestigiosos literatos y artistas.

El precio del ejemplar es, como de costumbre,

**30 CÉNTIMOS**

## "LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

**ORTIGOSA Y COMP.<sup>a</sup>, Rivadavia, 698, Buenos Aires**

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.<sup>a</sup>, únicas personas autorizadas.

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

# Este es el mal

# de que agoniza España...

POR

## DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más 200 páginas,

**2,50 PESETAS**

Los corresponsales de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: **Sres. Ortigosa y Cia., RIVADAVIA, 698, BUENOS AIRES**

## MÁQUINAS DE HACER HIELO

Hospitales ◊ Sanatorios ◊ Laboratorios

Gran surtido de máquinas caseras capaces de congelar dos litros de agua en tres minutos.

PRECIO: 250 PESETAS

José N. de Urgoiti, Florida, 8, Madrid

## MAQUINARIA

Si necesitan buena maquinaria de construcción inglesa ó norteamericana, no dejen de pedir presupuestos á

**JOSÉ N. DE URGOITI**

Ingeniero Civil y Mecánico

MADRID ◊ 8, Florida, 8 ◊ MADRID

## CRÓNICAS ALEGRES DE LUIS TABOADA

Recopilación de sus artículos festivos y humorísticos

DOS TOMOS ESMERADAMENTE IMPRESOS  
CADA UNO **DOS PESETAS**

Pedidos á «Prensa Gráfica», Hermosilla, 57,  
ó á D. Angel San Martín, Puerta del Sol 6.

## IMPORTANTÉ

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

## POR ESOS MUNDOS

Sumario del número correspondiente al mes de Diciembre

Portada: El ángel guardián.—Camara de su padre; cuento fantástico, por Henry Lawson.—De la vida de Cercantes.—La cárcel y los teatros de Sevilla, por F. Flores García.—El Cid, poema histórico, por Ramón Díaz Miret.—La química en la guerra, por Walls.—Paisajes asturianos. Soneto, por A. Camín.—Reivindicaciones históricas: La madre de Nerón, por G. Ferrero.—El Greco ante la ciencia, por el Doctor Manuel Márquez.—Una nueva teoría sobre la alta atmósfera (dibujo).—Las piedras sagradas de Atenas, por Mínimo Español.—Las grandes luchas del mundo primitivo. (Reconstrucción científica). El espectro negro, cuento humorístico, por W. W. Jacobs.—La extraña raza de los ibibios.—Semblanzas artísticas. José Robledano, por José Francés.—La España militar, por A. Matilla.—Figuras del Quijote: El Cura (Soneto), por Alberto Valero Martín.—Los grandes problemas científicos. La constitución de la materia, por M. Marciano.—Nuestros caricaturistas entrevistados. Echea.—Curiosidades é inventos. Los monstruos prehistóricos.—Una nueva teoría sobre la alta atmósfera.—El destructor de zeppelins.—El trabajo vigilado á distancia.—La fuente maravillosa de Tesla.—Café aromático sin cafeína.—El novísimo tratamiento de la escarlatina.—Mata fuegos caseros y baratos.—El Sol, falsificado por la ciencia.—La caricatura cubista, por J. López Asaín.—Páginas musicales: El Cristo de la Vega, fragmento de zarzuela. letra de Cantó y Soldavilla y música del maestro Villa.

**PRECIO: UNA PESETA**

# La Esfera

Año II.— Núm. 102

11 Diciembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

**EL GENERAL EYDOUX**  
Uno de los mayores prestigios militares de Francia

DIBUJO DE GARNONVAL

## DE LA VIDA QUE PASA GRECIA Y LOS ALIADOS

EN tiempo de lord Byron y los románticos, pudo pasar que se considerase á la Grecia moderna como una continuación de la antigua, y aun que se tomase por su «libertad» las armas contra la opresión turca. Lord Byron y los románticos eran grandes poetas, pero detestables antropólogos. En cambio, actualmente, es para causar extrañeza la existencia de helenistas que creen en la inmortalidad espiritual de Grecia, y aun de helenizantes que, menos teóricos, tratan de *resucitar* la Hélade. En mi *Historia general de la literatura* procuré hacer patente el ningún parentesco étnico ni social de los griegos modernos con los antiguos. La vieja mentalidad helénica es tan extraña á las costumbres modernas que, los impropiamente llamados griegos, no la comprenden ya. Y esto no debe extrañarnos, toda vez que, según los descubrimientos antropológicos, en la Grecia primitiva abundaban las cabezas dolicocefalas, no faltando como en Egipto y otros países orientales, negros de pura raza. «Toda persona que conozca la literatura griega (dice Wirchow), sabe que la piel blanca, cabellos rubios y ojos azules, han sido, desde la más remota antigüedad, cosas muy raras en la península helénica.»

Por el contrario, los griegos modernos son braquicéfalos, y apenas si se puede decir de ellos, comparándolos con sus supuestos antepasados, que «hay algo de gatuno en el león». A partir de la dominación romana, los griegos han pasado por una serie de encarnaciones y metamorfosis no menores que las de los dioses de su antiguo politeísmo. En este punto, el argumento sacado de la etnografía se refuerza con pruebas históricas. Mientras que Roma, fundada, por decirlo así, en todas las instituciones de Grecia, pudo ejercer sobre ella su poderosa acción, dejó el último pueblo de subsistir con la mayor parte de los caracteres que tenía en su origen; y después de tráficos que llevaron de una vez á la capital de Italia hasta 10.000 helenos, y de haberse convertido la patria de Solón para los aventureros en un plantel de esclavos que cada cual podía impunemente recoger, fué necesario, para acabar de destruirla étnicamente, convertirla en país abierto á todas las invasiones. Hoy Grecia, cuyas verdaderas razas originarias han dejado de existir como tipo, conservándolo sólo en las estatuas para dar testimonio de lo que fueron, es el resultado de las invasiones sucesivas de los godos, hérulos, búlgaros, válicos ó albaneses y otros aventureros esclavos, salteadores de caminos en su gran mayoría.

No sé si citar como excepción la de algunos habitantes de los islotes del Archipiélago. He aquí un breve apunte sobre unos pescadores de esos islotes, tomado de Schliemann y aducido por Lebon: «En ellos se encuentra todavía muy marcado y comprobable el antiguo tipo griego, debiéndose esto, sin duda, á que su aislamiento y pobreza les han librado fácilmente de las invasiones». Pero el resto es de tipo eslavo. Todavía en 1851, época de su emancipación, la población griega era casi toda eslava, y si la lengua se ha conservado, depende tan sólo de ser la que se hablaba en todo el Oriente bizantino. El genio y la civilización helénicas, desterradas por traficantes é invasores, han abandonado aquella sociedad, antes tan robusta, convertida ahora en un cadáver. Grecia, sin raíces étnicas en que apoyar una civilización original y variada, recurre, agónica, á complicaciones de fórmulas sociales, que no dejan de tener cierta analogía con esas fortificaciones de consonantes, con las cuales las lenguas eslavas protegen á sus vocales, sin duda para no perderlas, visto su escaso número.

Basta apreciar someramente estos hechos para comprender que si el ideal del helenismo es una fábula en la Grecia de hoy, no lo es el del paneslavismo. Desde el punto de vista étnico, se concibe la simpatía de Grecia por los aliados en lo que toca á Rusia. También se concibe en lo que toca á Italia y Francia, mas no ya desde el punto de vista étnico, sino desde el punto de vista social. No en vano los sociólogos recientes presentan á Grecia, de igual modo que al Japón, como ejemplo típico de pueblos que, en un estado de civilización inferior, adoptan repentinamente y en masa las instituciones de otros pueblos de civilización más antigua.

Los conceptos latinos, el de educación principalmente, han sido admitidos por Grecia como base y norma de su renovación nacional. Los resultados producidos han sido funestos, é importa tanto más considerarlos cuanto que, á excepción de Lebon, apenas si han llamado todavía la atención de escritor alguno.

En la escasa voluntad y constancia del pueblo

bierno le proporcione colocación? «Todo griego (escribe á este propósito uno muy notable, Politis) cree que la principal misión del Estado es darle una plaza á él ó á un miembro de su familia». Así, aun existiendo apenas capital en Grecia, en pocos pueblos hay, en proporción, más socialistas que truenen contra el imperio del capital. Grecia es un foco revolucionario que únicamente el favoritismo de los diputados y el aumento progresivo de la burocracia va conteniendo hasta hoy. La juventud griega, indisciplinada, desorganizada, desclasificada, por efecto de la educación latina, constituye una amenaza constante para la prosperidad del país, que arruinará hasta el último grado, si esa educación no se reforma radicalmente.

Y no se crea que la instrucción haya servido á los griegos para librarse del más estrecho fanatismo religioso. El mundo civilizado ha visto con estupor á estudiantes realizar una pequeña revolución, terminada tan sólo por la dimisión del ministerio, para obtener, en la aurora del

siglo xx, la excomunión religiosa de escritores que se habían permitido traducir al griego vulgar los Evangelios. Lebon cita este caso y añade las siguientes observaciones: «La Europa ilustrada, que miraba á ese pequeño pueblo á través de los recuerdos clásicos del tiempo de Pericles, sólo ha empezado á abandonar sus ilusiones cuando ha visto el completo cinismo con que sus políticos, después de haber tomado á préstamo de todo el continente, han suprimido su deuda de una pluma, negándose á pagar los intereses y recogiendo los productos de los monopolios solemnemente empeñados á los acreedores como garantía el día mismo en que no hallaron ya quien les prestara. Este procedimiento de supresión de las deudas, comercialmente calificado de bancarrota, pero adoptado por Portugal, las repúblicas latinas de América, Turquía y otros varios países, pareció primeramente muy ingenioso á los políticos que lo han aplicado; pero lo que no han visto del todo es

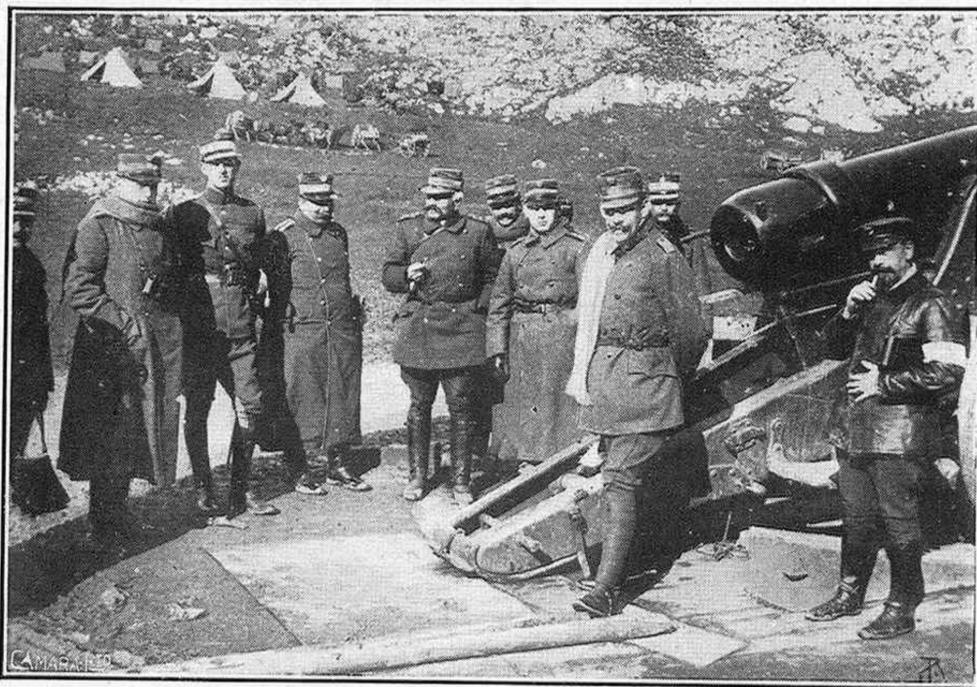
que esos casos de bancarrota llevaban finalmente, á los que los provocaban, á caer bajo la vigilancia estrecha y, por ende, bajo el dominio de otras naciones. Los griegos lo experimentan en la actualidad.»

Pintando Lebon las condiciones militares de Grecia en la guerra con Turquía, anterior á la primera balkánica, dice todavía: «Europa se informó de la desorganización del país y del valor de todos sus grandes discursadores, cuando vió desarrollarse las peripecias de su campaña contra los turcos y asistió al espectáculo de importantes ejércitos griegos, presa del pánico más terrible, y desbandados en desorden en cuanto se señalaba á lo lejos la aparición de algunos soldados otomanos. Sin la intervención europea los griegos hubieran desaparecido otra vez de la historia, y el mundo nada en ello habría perdido.»

No creo, en verdad, juicioso que se inculpe á Grecia, porque su obra de consumir la independencia tuvo por resultado el exaltamiento de la educación é instrucción nacionales; pero sí creo que ha sido para ella un mal gravísimo tomar por modelo las instituciones latinas de la misma índole; le hubieran convenido más los grandes principios restaurados por la pedagogía anglosajona, el aprendizaje por la acción, el *learning by doing* del pueblo norteamericano.

La agricultura y la industria hubieran florecido, la política no se habría impuesto y la administración de la hacienda pública no hubiese alcanzado un grado de inmoralidad verdaderamente escandaloso.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



El rey Constantino de Grecia, y oficiales de su Estado Mayor asistiendo á las prácticas de Artillería de sitio, durante las últimas maniobras  
FOT. HUGELMANN

griego, en su mucha ligereza, irritabilidad é incertidumbre, en su horror al esfuerzo prolongado, en su amor á las frases y á los discursos, en el nivel moral extremadamente bajo de todas las capas sociales, halla Lebon la clave del curioso fenómeno que yo llamaría helenismo latimista antes que helenismo á la letra. Es interesante observar el resultado que en pueblo semejante ha tenido la educación latina, y que establece entre él y dos de los pueblos de la *Múltiple* innegables vínculos de carácter espiritual.

Y en efecto: ¿qué podría esperarse de un pueblo que acababa de salir de una prolongada servidumbre, durante la cual todos los valores individuales se habían atrofiado y todas las energías sociales se habían preferido? Solamente la continuación de los fermentos revolucionarios y un afán tan noble como prematuro de instrucción. Veamos ahora las consecuencias naturales de esta doble tendencia.

La más evidente y grave es la de haber añadido á la falta previa de iniciativa y voluntad los desastrosos programas de educación latina. Según Fouillée, en pocos años se establecieron 3.000 escuelas, colegios y universidades, y se hizo oficial la enseñanza de la lengua y de la literatura francesas. Con ella entraron en Grecia la educación puramente teórica, la instrucción libresca, el espíritu académico y abogadil, el dogmatismo pedagógico, el nominalismo intelectualista y abstracto. En vez de sabios modestos, pedantes con título; en vez de hombres de ciencia humildes, doctores y licenciados sin empleo. ¿Qué mucho que la agricultura y la industria se hayan estacionado y que la aspiración única de todo griego sea la de que el Go-

MOMENTOS HISTÓRICOS  
PANEGÍRICO DEL SEÑOR REY D. CARLOS III



ARANDA

«A la una menos cuarto de la mañana de hoy ha sido Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor (que Santa gloria haya); y lo participo al Consejo con todo el dolor que corresponde á la ternura de mi natural sentimiento, tan lleno de motivos de quebranto por tantas circunstancias para que se tomen las providencias que en semejantes casos se acostumbran.—Carlos.  
En Palacio, á 14 de Diciembre de 1788.»

*Decreto de Carlos IV al Gobierno notificando la muerte del rey, su padre.*

**B**IEN puede ser que de todas las veces que la *Descarnada* ha entrado en los Pala-

cios reales de España y salido con el alma dellos (que era la del soberano reinante), ninguna haya sido tan llorada por el pueblo como la de aquella madrugada del 14 de Diciembre del año de gracia de 1788, en que llevó tras sí la del mejor Alcalde del Reino, el Sr. D. Carlos III.

En este felice y patriarcal reinado fué cuando la quebrantada Iberia, tan de continuo asolada con guerras, contribuciones y plagas políticas, adquirió un poco de brío y bienestar, y ello fué debido tanto al grande acierto de los gobernantes, como al excelentísimo criterio y magnánimo corazón del monarca que escuchó los sabios consejos y miró como hijos á sus vasallos.

Campomanes, Aranda y Floridablanca, los tres condes que, según un dicho popular de entonces, no cabían juntos en un saco, porque se odiaban cordialmente, aunque con mucha cortesía y comedimiento, eran quienes inspirados por aquella rivalidad procuraban con más ahinco el bien de la nación, no así como ahora y en otros tiempos más lejanos que, por avenirse todos, despadazan el Estado y asolan la industria, la agricultura y el comercio y aun bastardean las artes liberales.

ooo

Era el Sr. D. Carlos (q. D. h.) tal y como lo veis representado por el maravilloso pincel de D. Francisco de Goya y Lucientes.

Su porte más tenía de labrador rico que de regio personaje; esto lo daban la sencillez de sus maneras y las pocas galas de su habitual indumentaria.

La estatura era mediana, sin ser grueso era fornido; el continuo ejercicio de la caza dábale una recia contextura y hábale pintado intensamente de sol el rostro y las manos, que díz que formaban notable contraste con la blancura de su cuerpo.

«Su fisonomía—dice Fernán Núñez—ofrecía casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz presentaba á primera vista un rostro feo; pero pasada esta impresión sucedía á la primera otra mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos, una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban amor y confianza...»

Enemigo de toda ceremonia palaciega, aunque poseía magníficos trajes, apenas acabadas las fastuosidades de Corte en que había necesidad de lucirlos, los trocaba por su sencillo vestido ordinario. Chupa y guantes de gamuza, casaca de paño de Segovia, chorrera de encaje en la camisa, calzón negro, medias de lana, sombrero de ala ancha y pañuelo de batista al cuello.

No conocían su natural pácifico y llano los pintores que como Mengs le han trasladado al lienzo armado de todas armas como un bravo adalid. Antes le presta más verdad retratarle cuando no con perro y escopeta, con vara de alcalde, que ésto, antes de rey ni otra cosa alguna, era el hijo de Felipe V.

Bien puede decirse que su vida era regular en los más pequeños detalles como la maestra maquinaria de un reloj. Dispuestas tenía todas las



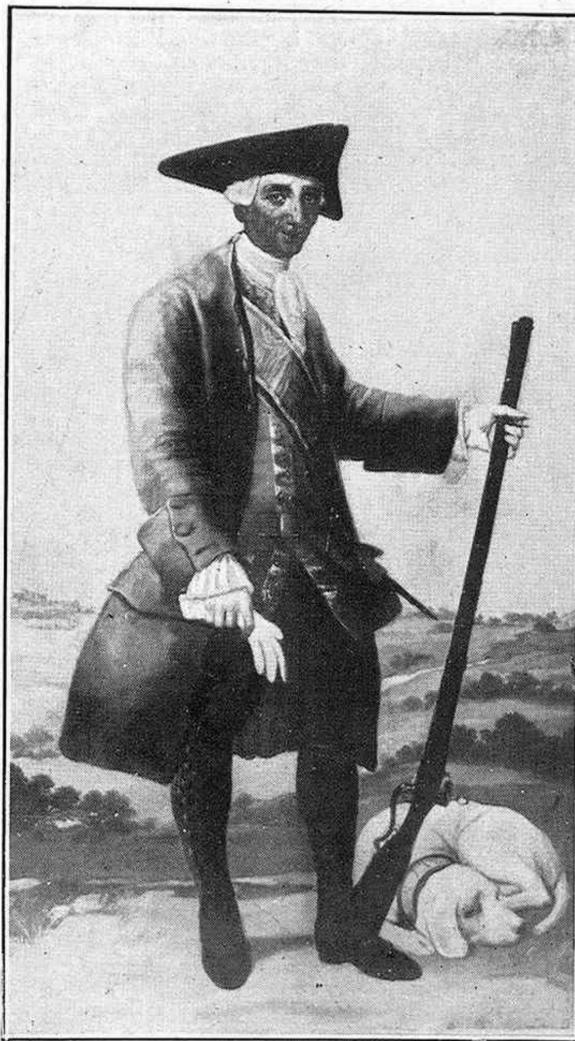
FLORIDABLANCA

horas del día, y jamás hizo dentro de una lo que por costumbre había de hacer en otra.

Constantemente se acostaba y levantaba á la misma hora, sin que, á no ser motivos de salud, hubiera cosa que le hiciera cambiar la costumbre.

De tal suerte y con tan regular precisión distribuía su residencia en Madrid y los sitios reales de Aranjuez, El Pardo, La Granja y El Escorial, que en un mismo día de cada año hacía el traslado de uno á otro.

En Aranjuez estaba después de la Pascua de Resurrección hasta fin de Junio; venía á Madrid hasta el 18 de Julio; aquel día iba á cazar, comer y dormir á El Escorial y al siguiente partía á La Granja, en donde se estaba hasta el 7 de Octu-



CARLOS III.  
Retrato de Goya



CAMPOMANES

bre, tornaba entonces á El Escorial, y al amparo del Santo Monasterio y esparcimiento de aquellos montes salúíferos, quedábase hasta Diciembre en que regresaba á la cortesana villa, quedándose ya en ella hasta la época de volverse á Aranjuez.

Los espíritus descontentadizos que en todo punto encuentran apoyo para restar méritos y señalar máculas, aféanle su desmedida afición á la caza. Yo tengo para mí que ésto antes que defecto es virtud, sobre todo para el sano vivir, puesto que á tales regodeos del campo libre debía el alcanzar edad tan respetable como la de setenta y tres años.

Morigerado fué en costumbres, así como recto en política (salvo aquella débil pasividad cuando el gobierno de Esquilache) que, viudo de Doña María Josefa Amalia, no quiso (por alto recuerdo de la muerta) volver al matrimonio, ni distraerse en amores pasajeros desos en que acontece triunfar la carne sobre el corazón.

Mantúvose firme en la paz del hogar sin ser nada mojigato ni espantadizo de que en su real presencia se hablara de amores y amoríos. A este propósito se cuenta que cierta dama...; pero tate pluma, que no es éste lugar trillado para sembrar pimienta...

Enemigo de la hipocresía y la falsedad, hombre de buena fe y grave cumplidor de su palabra, preciábase de no haber hecho agravio á la verdad en todos los días de su vida, que de nadie mejor que de él podía decirse que tenía palabra de Rey.

Díz que algunas veces esta inflexibilidad de su carácter fué origen de inconscientes errores políticos; pero aun con ésto ella misma fué quien mantuvo á muy grande altura la dignidad del trono hispano.

Devoto y piadoso, no se dejó subyugar por el creciente poder de las instituciones religiosas, y creyéndola perjudicial á los negocios de Estado y engrandecimiento del poderío de España, expulsó de nuestros dominios á alguna de ellas.

Y á pesar de este arranque de soberbia no dejaba de ser supersticioso hasta el punto de llevar siempre consigo un pequeño devocionario escrito por el hermano Sebastián de Jesús, lego franciscano á quien por sus altas virtudes y grandes ejemplos de amor á Dios, había honrado con su particular afecto la ciudad de Sevilla.

ooo

Muchos eran los quebrantos que minaban el alma de D. Carlos al finar el año 1788, y aunque su entereza era grande y fuerte su corazón, á la postre los últimos que cayeron sobre su misma familia, dieron con él en la otra vida, que para mí tengo que no le acabó enfermedad alguna del cuerpo.

En el corto espacio de ocho días perdió á su hijo el infante D. Gabriel, á la esposa de éste la infanta portuguesa María Ana Victoria. Aun el fruto de estos amores se fué con sus padres.

Desde entonces fué acabándose, poco á poco, como una luz, la vida del infelice padre, hasta el punto de no poder ya salir de sus habitaciones.

A ruego de sus hijos y de los ministros consintió en venir á Madrid desde El Escorial donde se hallaba á primeros de Diciembre. De allí á poco atacole una fiebre inflamatoria que se fué agravando hasta que el día 14 de dicho mes, á la una menos cuarto de la madrugada, hizo su felice tránsito á la otra vida que dicen que hay luego desta y que dicen que es eterna.

Sea su alma, honrada por siempre en el alma española, y valga este panegírico como salmo rezado sobre la tumba en el aniversario de su muerte.

DIEGO SAN JOSÉ

IMPRESIONES DE PARÍS  
EL GENERAL INVIERNO

Ya entró en combate el terrible general Invierno... Llegó deprisa, en este año, como si la hostil demencia que arrastra á los hombres sobre la tierra fuese también dueña del espacio, y alcanzase igualmente á la Naturaleza, rompiendo el equilibrio de sus leyes tenidas por inmutables, al igual que rompiere todos los equilibrios de las leyes humanas tenidas por cimientos inmovibles de la bondad y del bien.

Augurando, sin duda, que es próxima la hecatombe definitiva, este rudo señor de las tormentas se precipita y empuja, ante sí, la prematura avalancha de todos sus factores de muerte: las vanguardias del cierzo; los escuadrones de la lluvia; las masas profundas de la nieve, contra las cuales no hay dique ni obstáculo en reductos ni en trincheras...

Allá van, pues, los ejércitos del frío... Al infierno de fuego, ellos sumarán el infierno de hielo, ellos completarán la obra de mal comenzada por los hombres, é igualándolos—ya que aventajarlos sea imposible—en cruel ensañamiento, ellos también segarán vidas de inocentes, cubriendo con el mismo sudario á los que luchan con las armas en la mano y la ira en el corazón y á los que tienden los inermes brazos en demanda de perdones... Víctimas y verdugos; vencedores y vencidos; defensores de la buena ó de la mala causa; pobres mujeres sin amparo y sin hogar; infelices niños sin padre y sin pan; tristes ancianos sin fuego y sin lecho: todos, fuertes y débiles, justos é injustos dormirán su último sueño mezclados y confundidos bajo los hielos de Polonia devastada, bajo las nieves de Servia en ruinas, bajo el lodo glacial que hoy cubre el yermo sobre el cual se alzaban ayer las más prósperas regiones de Bélgica y de Francia...

ooo

—*Et la garde qui veille aux barrières du Louvre n'en défend point nos rois...*, dijo el poeta, que hablaba de la muerte... Sutil como ella y como ella invencible, el general Invierno se adueñó de París, sin hacer cuenta de la guardia vigilante que, muy lejos ya del Louvre, cierra el camino de la victoria á las huestes imperiales...

Por ello, habituados como lo estaban á la seguridad de su campo atrincherado, los parisenses se quejan: de la bruma helada, que como una campana de plomo nos cubre, desde hace medio mes, impidiéndonos ver el sol y confundiendo en una misma, húmeda y helada obscuridad, nuestras noches y nuestros días dignos del Polo: se quejan de la nieve importuna, que ni aun qui-



Sutil como la muerte, y como ella invencible, el general invierno se adueñó de París, sin hacer cuenta de la guardia vigilante que, muy lejos ya del Louvre, cierra el camino de la victoria á las huestes imperiales...

so esperar á que las hojas cayeran del todo, para prender sus encajes de hielo sobre las ramas: se quejan de que el frío es cada vez más intenso y de que el carbón es cada vez más caro: se quejan de que los más modestos alimentos alcanzan ya precios verdaderamente inaccesibles: se quejan de que, gracias á la escasez de esencia, los *taxi-autos* no circulan de noche, y así, á la salida de los teatros, hay que volver á casa humildemente, á pie, cruzando todo París bajo el azote de la borrasca ó de la helada.

Más para imponer silencio á estos descontentos, quedan por acá muchos veteranos del 70 que vivieron las jornadas angustiosas del último sitio: y ellos, los supervivientes de aquella terrible prueba y de aquel terrible invierno, sonríen piadosamente al escuchar las lamentaciones de los novatos de ahora...

—¿Qué diríais—nos replican—si hubiérais sufrido el bombardeo que nosotros sufrimos?... Y ¿qué diríais si hubiérais comido pan amasado con barreduras de graneros y con polvo de huesos calcinados?... ¿Y si hubiérais pagado, como nosotros lo hicimos, cincuenta francos por un pollo esquelético, y veinte francos por un gato que había muerto hambriento, y tres francos por una mala rata de alcantarilla, cuando en un día excepcional queríamos celebrar una fiesta de familia con un *menú* de todo lujo?...

Los sitiados del 70 no son los únicos en protestar contra los protestantes de 1915: las quejas de estos últimos han llegado hasta las trincheras de Argona, de Champaña y de Artois, y han divertido mucho á los combatientes que allí dan cara al enemigo y al segundo invierno de

la campaña europea... Ved la carta que á este propósito, dirigen á un gran periódico parisien- se varios *poilus* humoristas.

Dice así:

«Hemos recibido malas noticias de París. Se nos ha hecho saber que los parisenses, cuando salen del teatro, tienen que volver á sus casas á pie, ¡y eso aunque llueva!»

Nosotros, los trogloditas de las trincheras, nos preguntamos con asombro cómo puede la censura permitir que tales noticias se propaguen... ¿no comprenden los censores que el conocimiento de las terribles circunstancias porque atraviesa la capital, nos causa un dolor punzante, que nos desmoraliza y nos acobarda?»

Por otro lado nos preguntamos también, y con no menor asombro, qué es lo que el Gobierno hace y para qué sirve, ya que tolera tal estado de cosas sin remediarle inmediatamente... ¡Y decían que Briand era enérgico, y que Gallieni tenía mano de hierro!...

Pero esto no puede durar, y puesto que nadie se preocupa de los desdichados parisenses, nosotros nos proponemos acudir en su socorro.

En este momento estudiamos la manera de hacerlo: hay quien opina que lo más urgente es enviar á la Plaza de la Concordia un convoy cargado de bidones de esencia; otros proponen que renunciemos á nuestra nueva paga de guerra en favor de los noctámbulos de la capital, que de esta suerte recibirán algún alivio. ¡Pobres compatriotas, cuán digna de interés es su desgracia!...

Estos soldados son feroces... Nuestros sufrimientos, lejos de merecer su compasión, les mueven á burla... No nos comprenden y es lógico que así sea: ¿acaso no hemos convenido en que acabada la guerra, los hombres quedarían divididos en dos especies diferentes entre sí y distanciadas una de otra: hombres que se batieron y hombres que no quisieron batirse...?

Y entonces, como ahora, los humoristas supervivientes de las trincheras reirán de buen grado, en la absoluta y burlona incomprensión de la *otra raza*: de esa raza pasiva y neutra, á la cual no será posible pertenecer sin desdoro...

Por ello, es menester batirse antes del fin de la guerra: batirse á todo trance, con tirios y con troyanos, pero batirse como hombres en vez de lamentarse como mujeres viejas, ya que las mujeres jóvenes de ahora también saben luchar...

ANTONIO G. DE LINARES

París, Noviembre 1915.

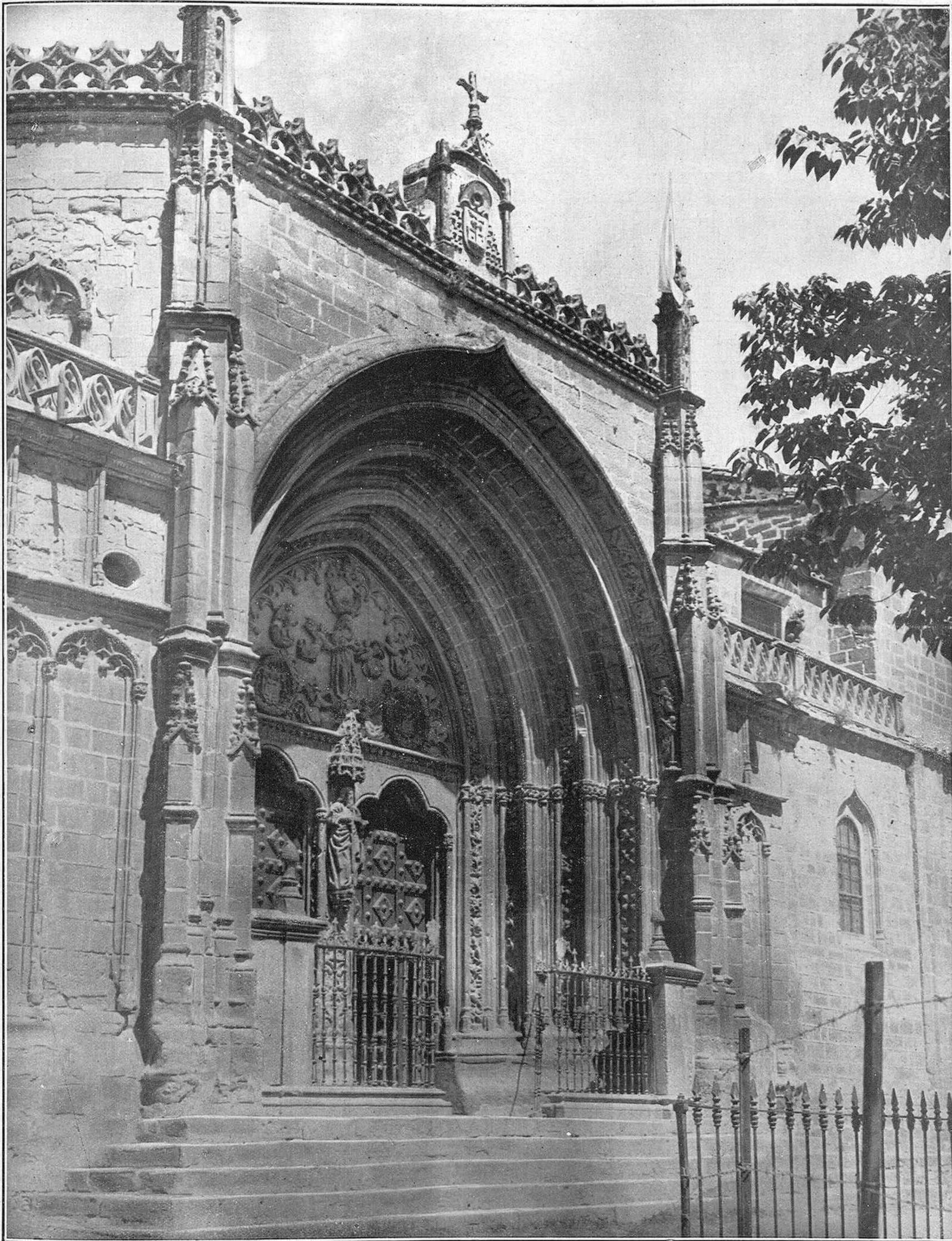


... Se quejan de la nieve prematura, que ni aun quiso esperar á que las hojas cayeran del todo...



... Se quejan de que, gracias á la escasez de esencia, los "taxi-autos" se hacen raros de día y no circulan de noche...

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



BIBLIOTECA DE MADRID

PORTADA GÓTICA DE LA IGLESIA DE SAN PABLO, EN ÚBEDA

FOT. ZÁRRAGA

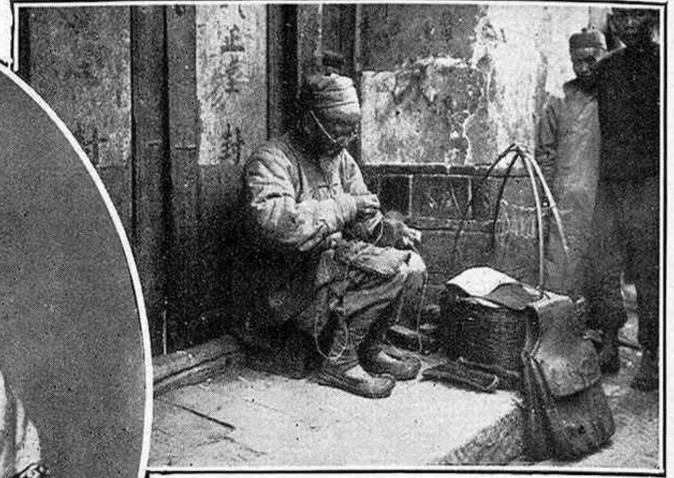
A PROPÓSITO DE UN LIBRO  
SENSACIONES DE CHINA



Vendedor ambulante de carbón



Una belleza china



Un zapatero remendón

Por coincidencia, no muy rara cuando se es lector asiduo é insaciable de papeles viejos y coéctaneos, han caído en mis manos estos días varios libros y opúsculos que hablan de China... Para nuestra emoción occidental, el Celeste Imperio, el misterioso mundo del dragón, el peligro amarillo no son ahora actualidad. Y, sin embargo, en pocos pueblos del globo se está realizando una transformación tan honda, tan rápida, tan preñada de amenazas y perturbaciones. Por inferiores, por degradados que queramos creer a los chinos, espanta pensar lo que acontecerá cuando esa nación, de trescientos treinta millones de habitantes—algo más de diez y seis veces la población de España—, se alce soberbia y quiera imponer su voluntad al mundo. Leyendo estos libros, antiguos y nuevos que estos días han caído en mis manos—*La vie irrégulière et la condition des femmes en Chine*, por el Dr. Durand-Fardel; *Sensaciones del Japón y de la China*, por Arturo Ambrogi, admirable escritor salvadoreño, y *La Chine pittoresque*, por C. Pellé—, parece aquel peligro remoto. Es cierto que este pueblo está sintiendo el estímulo del Japón, donde ha repercutido más rápidamente la civilización occidental; es cierto que en pocos años pasó, en una incomprensible transformación, de la revolución xenófofa, para librarse del contacto de Europa, á hacer una revolución derrocando su monarquía tradicional, heredera de los siglos y de las bendiciones directas de los dioses... Es cier-

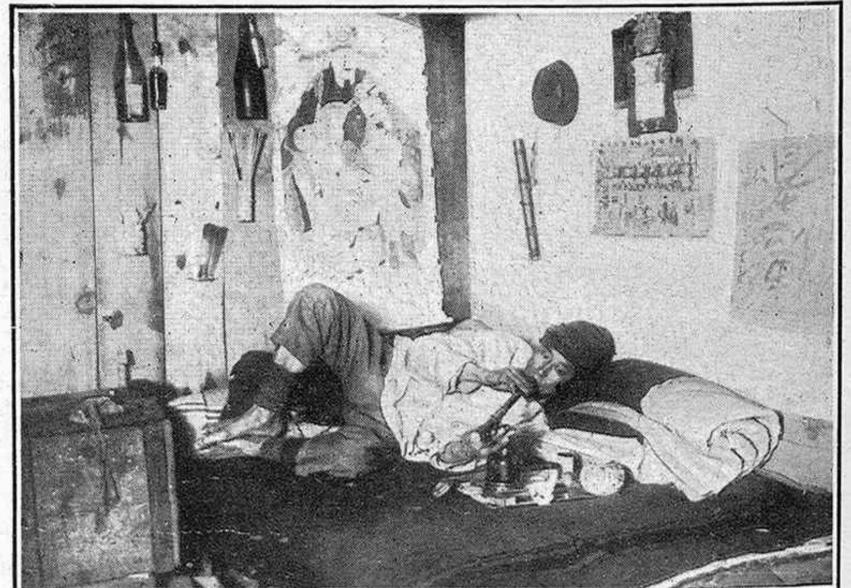
to que ha podido gobernarse con una república improvisada el más complejo y absurdo conglomerado político que hay en la tierra, y que, ahora, esta república va á transformarse en una monarquía, con una dinastía improvisada por un aventurero afortunado, que será respetada y adorada como si hubiera descendido del cielo. Y el peligro está en eso, precisamente: en la inconsciencia, en el automatismo de ese pueblo que irá donde lo empuje el azar ó donde lo arrastre un hombre cualquiera, ambicioso y soberbio.

Luego, ¿quién podrá determinar los grupos diferentes, contradictorios, antagónicos que componen ese conglomerado? Hay en el enorme territorio diferencias geográficas fundamentales. Los chinos que en Hong-Kong ó en Shanghai se contaminan del contacto europeo, no tienen la más remota semejanza intelectual con los que viven en el fondo del Imperio, donde aún no han llegado las misiones cristianas. Hay diferencias étnicas que establecen más honda separación aún; luego, dentro de las mismas razas, hay una serie de castas y de grados de cultura que llegan desde verdaderos estados de bestialidad á refinamientos culturales tan sutiles como los que supone la interpretación de Confucio... Y sobre todo esto, más que como un sentimiento, como un instinto que repugna á nuestra moral europea, el desprecio de la mujer, la escasa estimación de la vida...

En todos estos libros yo no encuentro impresiones más



Paisaje en las cercanías de Hong-Kong



Fumadores de opio

sinceramente sentidas y con más arte expresadas que las breves que nos ofrece Arturo Ambrogi. Todo el misterio oriental—Japón y Cochinchina—parece descifrarse en este relato de viaje. Es un relato sincero. Acontece á los narradores de estos extraños países que, cuando van á ellos, llevan forjado un prejuicio de lecturas. La realidad no se les ofrece luego tan pintoresca, ó porque con el andar del tiempo las costumbres típicas van desapareciendo, ó porque cada viajero anterior ha puesto en su relato añadidos que sólo estaban en su fantasía. Y, entonces, ante el conflicto de tener que decir la verdad desmayadamente, vulgarmente, los viajeros se inclinan á seguir manteniendo la ficción literaria que hace de cada país una región de leyenda y de ensueño. Así como hay una Andalucía llena de bailarones, ladrones, contrabandistas y toreros, hay una China y un Japón artificiales... Andalucía de pandereta, Japón de abanico, China de porcelana...

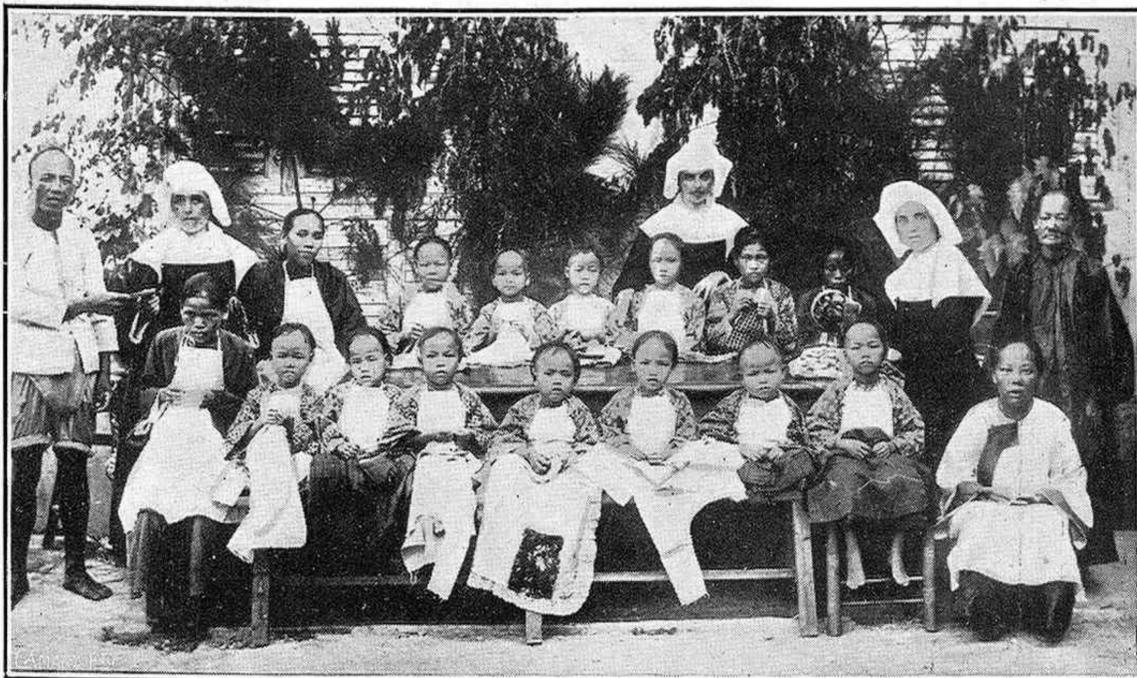
Y esto es precisamente lo que nos encanta en el libro de Arturo Ambrogi: que nos da la impresión de su desilusión y su desencanto. Octavio Mirbeau nos había asombrado con su portentoso y quimérico Jardín de los Suplicios, que había aposentado en un Barco Florido, en un templo del placer de los que se balancean sobre la corriente del Tchu-Kiang... No hay lector que no recuerde con delectación alguna página evocadora de ese refinamiento oriental que se llama *barco florido*, que no haya soñado con poder algún día emprender el largo viaje para ver y gozar ese milagro de vicio, paraíso envenenado del amor asiático. Arturo Ambrogi, cuando re-

corre Cantón, pregunta á su gufa, y el guía le responde:

—¿Barcos floridos? ¡No más barcos floridos!

¿Qué es eso? ¡No más...! Que la leyenda ha acabado; que los barcos floridos no existen; que ya no se deslizan sobre las aguas del Tchu-Kiang aquellas misteriosas cabañas flotantes, fabricadas de maderas olorosas, cubiertas de alfombras y pieles, adornadas con flores y farolillos, donde sonaban las músicas mezcladas con risas y con besos y donde durante toda la noche se rendía homenaje al opio y al amor... ¡No más!

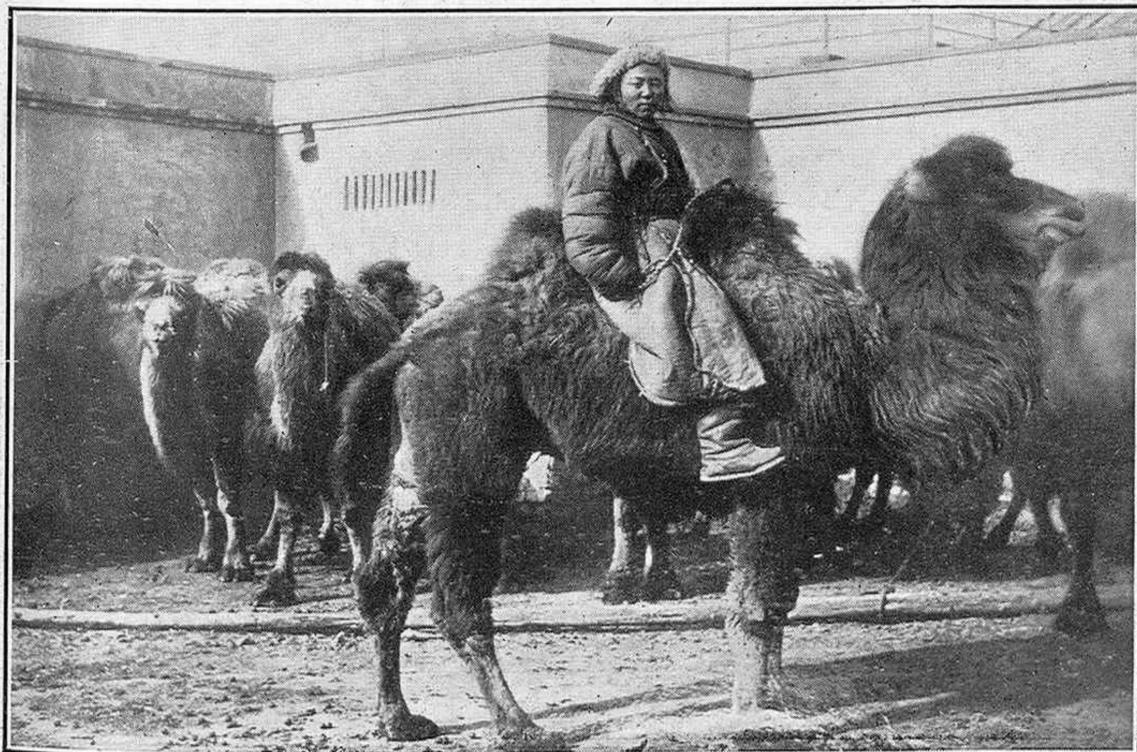
No entramos en este libro en la China interior, dormida, degradada, bárbara, ignorante del mundo; no llegamos siquiera á Pekín; vemos á China desde las ciudades europeizadas y allí advertimos, en aquella convivencia del espíritu occidental con la pestilencia de los barrios indígenas, todo lo que hay de complejo



Misión católica de enseñanza infantil en China



Una casa de té en China



Camellero de la Manchuria

y de amenazador en la existencia de ese pueblo. ¿Cuándo despertará? ¿Será posible organizar á esa muchedumbre

de trescientos millones de seres sobrios, insensibles, desdeñadores de la vida y sacar de ellos ejércitos como los que el Japón pudo lanzar contra Rusia? Y entonces, ¿á qué punto del horizonte mirarán? ¿Les bastará reconquistar el Asia, liberando á Cochinchina de las manos francesas, á la India de las inglesas, expulsando á los holandeses, á los portugueses, á los rusos mismos...?

Europa ha cometido el tremendo error de dejar que se entregara á las violencias y al azar de la guerra la solución de sus problemas. Lo va á pagar bien caro. Es posible que estos momentos marquen un jalón definitivo en la marcha que á través de los siglos lleva la civilización, caminando de Oriente á Occidente. Europa ha enseñado á China que una garra clavada por Alemania en su territorio puede desclavarse impunemente.

Ahora Alemania intenta probar al dilatado dominio de las Indias que la fuerza de Inglaterra es cosa perecedera y vencible. Así en las

lejanas tierras habrá acabado la autoridad moral, la que era la gran fuerza de Europa dominadora. Así, ¿cómo Holanda, sin buques, sin ejércitos podrá mantener su enorme Imperio? Así, ¿cómo Portugal, sin buques, sin ejércitos podrá seguir dominando su Goa?

Surgirá un día un Monroe de tez amarilla, que proclamará la teoría de que Asia debe ser para los asiáticos, y Oceanía para los malayos. Palpitante en esas breves palabras el odio al extranjero correrá como un reguero de pólvora y arraigará en los corazones más insensibles. Y entonces Europa, que ha enviado su oro á América y ha exterminado millones de sus hombres no podrá acudir á vencer las revoluciones que irán surgiendo.

Nuestro juicio sobre China se ha fortificado, más que leyendo á Reclus en aquellas páginas de Tomás de Quincey, glorificadoras del opio, en Baudelaire y en Mirbeau y en Loti, y más aún en aquella tremenda tentación que nos ha acometido cuando en el *Retrato de Dorian Grey* nos lleva Oscar Wilde de la mano al desván donde se esconden los fumadores de opio en las orillas del Támesis. Porque acaso más peligros encierra la China para Occidente en la contaminación de sus vicios que en el desbordamiento de sus muchedumbres. Y leyendo ahora á Ambrogi se nos ocurre que, cuando ahora acabe Europa de destrozarse, tendrá que pensar en cómo ha de defenderse de aquel peligro de Oriente...

LA ESFERA

# LAS GRANDES OBRAS DE LA PINTURA MODERNA



HALANDO LA BARCA, cuadro de Ettore Tito

ATEL E O DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

CAPI-10-1110

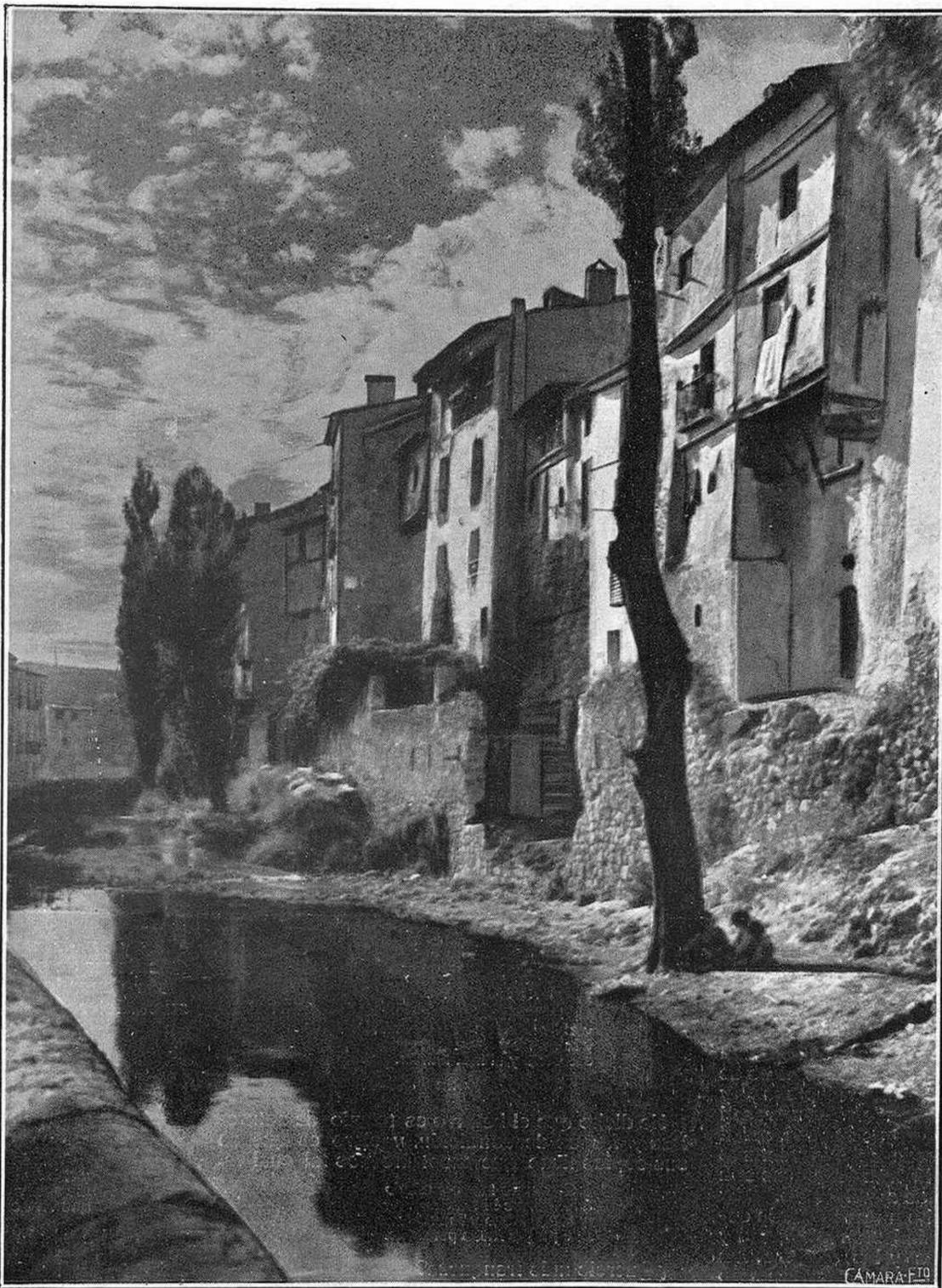
MI BALCÓN SOBRE EL RÍO  
CARTAS A RODRÍGUEZ

Te escribo, querido filósofo rural, desde un pintoresco rincón pueblerino. Mi casa tiene un gran balcón que da sobre el río, profundo y armonioso, con su misterioso é inexorable caminar y con la fresca música de las presas molineras. De noche, bajo las fantasmagorías de la luna, esta rústica calle sobre el río recuerda los canales venecianos. Cierito que mi imaginación pone mucho en este parecido. La arquitectura es menos suntuaria y no hay gondolas misteriosas ni dogaresas románticas que tienen un episodio romancesco en el encanto de los canales. Pero yo realizo la idealización de lo real, cosa que me entretiene mucho y me da el lustre de coincidir con Goethe, que proclamó esta teoría como fundamento de su estética. De todos modos, este río que canta á mis pies mientras yo miro á las estrellas, tiene una voz encantadora de poesía.

Me acuerdo mucho de ti, querido filósofo pintoresco, inventor sin fortuna, famoso conquistador de damas callejeras. Te veo hundido, aherrojado en ese pardo pueblachón de la Mancha entre gallinas, puercos y socios del Casino. Debes de sufrir mucho, tú, que eres un hombre de ciudad, que comprendes el encanto de la Puerta del Sol al anochecer. ¿Verdad que recuerdas con lágrimas en los ojos la visión brillante y perfumada de esa hora de las modistas en que la Corte parece una gran pajarera?

Yo también siento tus nostalgias en este rincón silencioso y monótono. Es que indudablemente nosotros somos hombres de café madrileño; tú para pensar en inventar una cosa que ya estará inventada y yo para pensar en un poema maravilloso que no escribiré nunca. El café es el paraíso de los imaginativos, y aunque en realidad día tras día nos convirtamos en un enser del establecimiento, como una cacerola, una columna ó el hombre serio del mostrador, nosotros no estamos allí; nuestro pájaro azul vuela en las miríficas arboledas de Sirio, mientras el cuerpo yace, como cosa sin ánima, en un diván del Mercantil, del León d'Or ó de Pombo. Realmente somos los fakires del café.

Este rincón donde yo olvido las turbias pasiones y las luchas amargas y grotescas, es un paraje de una suave belleza de remanso; pero es un pueblo de España y por tanto de una vida espiritual herrumbrosa, enmohecida, como almas y cerebros con verdín. Después de oír la canturía del río y de leer ó escribir en la paz horaciana del campo forestal, siento la necesidad de charlar con alguien; ¡oh, secuela de las charlas del café! Creo que fué Aristóteles quien dijo que la soledad era sólo para los genios y para las bestias. Yo me reprocho este deseo pueril de contar mis intimidades á un señor á quien no le interesan, un señor á quien yo suelo



Un afluente del Júcar, á su paso por Cuenca

FOT. SOLLMANN

despreciar profundamente. Esto es absurdo, ¿verdad? Yo te confieso que después de sentir la voz eterna de los bosques y de las aguas rimando armoniosamente con la voz de mi corazón, he corrido á contarle mis impresiones al único amigo que tengo aquí, que es el veterinario, dicho sea con perdón.

Este doctor pecuario creo que ha formado un mal juicio de mi equilibrio mental y me ha dolido la adversa opinión de este facultativo, á quien yo hubiera calificado de *ostra* si hubiéramos estado en la tertulia del Mercantil.

Te decía que este pueblo tiene verdín en el alma. He estado en el Casino varias tardes. Allí he conocido á Argumosa, el Registrador de la propiedad, á D. Ataulfo, el maestro, á Gutiérrez, el médico, y á D. Marcial, el párroco. Estos cuatro prohombres son los jalones de la vida local y forman la partida de tresillo, á la misma hora todas las tardes y todas las noches, desde hace veinte años. Cuando los moribundos acuden á D. Ataulfo ó al doctor Gutiérrez, estos admirables varones sienten una gran contradicción.

—¡Mire usted que ocurrírsele al hombre mo-

rirse ahora que había doce puestas!

Y ambos parten á cumplir su ministerio, pensando con verdadera felicidad en el *codillo de solo* que le han *atizado* al amigo D. Ataulfo, que es un temperamento lírico y á veces se distrae con las musarañas con perjuicio de meter á tiempo un *estuche*.

El tresillo y las carambolas son la única manifestación vital. Argumosa tira unos recodos de fraile como los *propios ángeles*, según expresión de Gutiérrez, que es materialista y ateo, como buen médico rural. Habrás observado, querido filósofo, que los médicos de pueblo se consideran deshonrados si no se sonríen con desdén cuando ante ellos se habla del Misterio de la Encarnación. Quieren expresar con esa sonrisa que ellos están en el secreto.

En estos pueblos hay demasiada paz; no hay convulsiones ni ideales; ni grandes odios ni un gran amor. Se vive muy cómodamente.

A veces la política levanta un viento de rencorosas ambiciones; pero pasa pronto. Lo esencial es comer bien, beber con regalo y dormir en esos lechos antiguos de madera, en los que nacieron y finaron los padres, los abuelos. Después, como norte espiritual, el tresillo y las carambolas.

Y nada más.

Don Marcial, el clérigo, es germanófilo y promueve unas terribles controversias con el maestro, ilustradas con terribles puñetazos sobre la mesa de billar. D. Marcial es un perfil magnífico de cura cabe-cilla como aquellos clérigos facciosos que alzaron pendón por D. Carlos Isidro. D. Ataulfo, el maestro, es un poeta de

juegos florales á quien le emociona hondamente un alhelí marchito y llora cuando tararea alguna de las canciones sentimentales de su juventud.

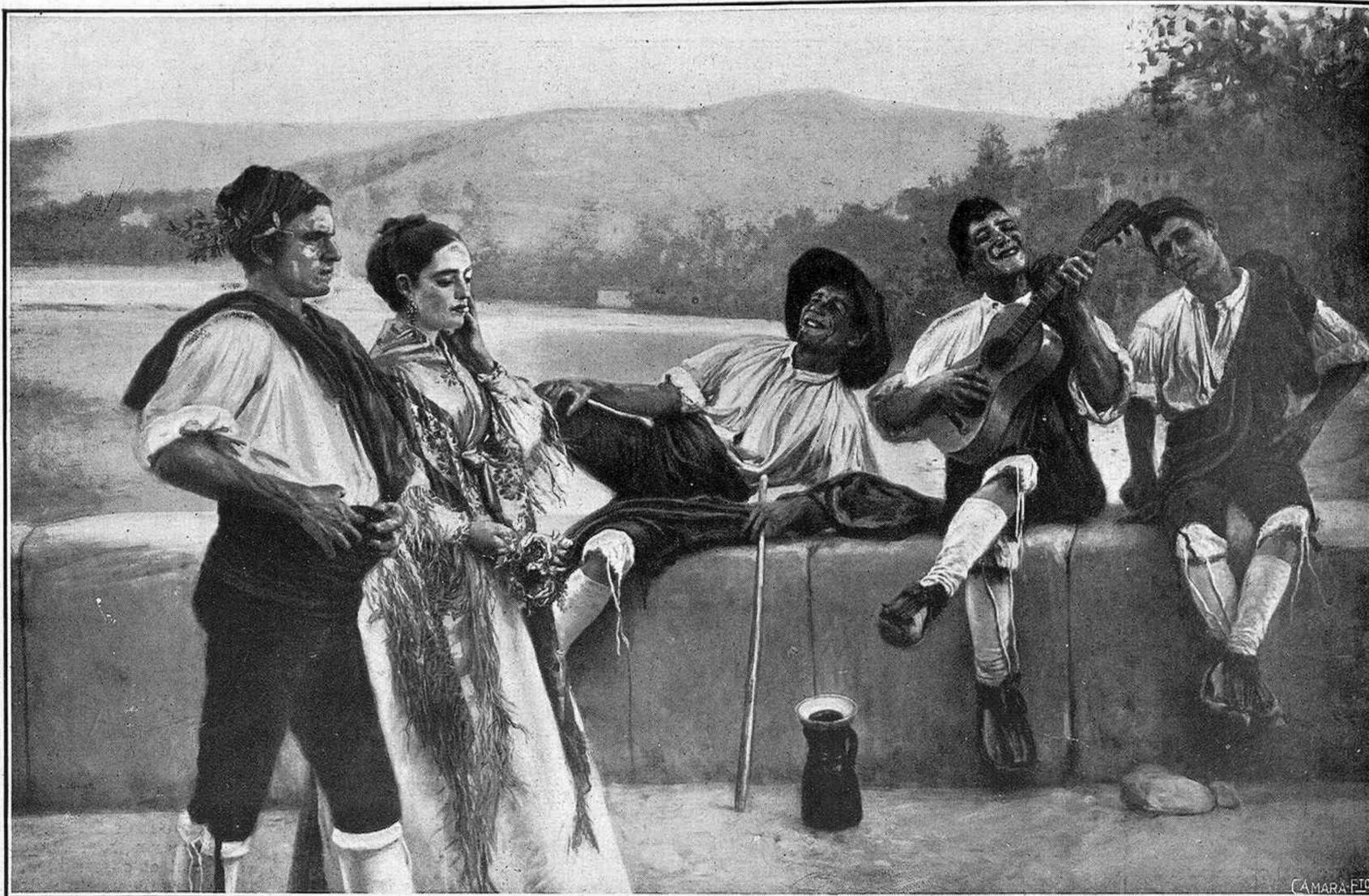
En un espacioso lago de hermosa y frondosa orilla, en una frágil barquilla una tarde me embarqué.

Me figuro, querido Rodríguez, que ese pardo pueblo de la Mancha, donde tú te aburres, es igual que éste. Yo siento una gran asfixia de alma y me voy á mi miradero sobre el río. ¡Oh, querido filósofo!; ¡cuánto daría yo porque estuvieras conmigo, tú, que tan bien me comprendes. Porque, decididamente, la soledad cae sobre mí como una losa sepulcral y necesito leerle mis versos y hablar de filosofía y de mujeres aunque sea con un veterinario rural. Recuerdo que en Madrid yo hablaba pomposamente de mi torre de marfil. ¡Bah! Esa torre no pasa de ser un viejo tópico literario. Un hombre necesita hablar con otros, aunque este hombre sea un poeta lírico y los otros *unas ostras*, como decíamos en nuestra pintoresca germanía del café.

Te abraza,

E. CARRÉRE

LA COPLA BATURRA



Ya lo ha dicho la musa popular:

El campo tiene sus flores  
y sus estrellas el cielo,  
y sus arenas los mares  
y sus cantares el pueblo.

Y así como el pueblo andaluz nos muestra en sus coplas populares todos los ricos matices de su alma meridional, soñadora y voluptuosa, y el pueblo vasco con sus zortzicos nos marca el ritmo fuerte y tierno a la vez de su raza, así el pueblo aragonés hace alarde en sus cantares de la virilidad, el tesón y la franqueza que son cualidades características de aquella raza.

En Andalucía se ha hecho un culto por la copla popular; todos los sentimientos que nacen y viven en el alma, las penas y las alegrías, los amores y los desdenes brotan al exterior como flores de poesía y buscan la copla popular para volar de boca en boca libres y parleros como pajarillos. El aragonés, por el contrario, lejos de lanzar al viento sus cuitas parece que busca el medio de esconder dentro de su pecho, como en un santuario, los más íntimos y delicados matices del sentimiento. Pero herid una fibra de su alma sensible, aunque ruda, y vereis con qué arrogancia y gallardía contesta:

Me llamastes labradora  
pensando que era bajeza,  
y me pusistes un ramo  
de los pies á la cabeza.

La poesía del pueblo aragonés es recia y brava como flor de montaña que crece entre peñas curtida por los vientos ásperos que soplan del Moncayo al Pirineo.

Por eso á veces tiene un dejo amargo, como cuando canta:

Ya se van los segadores  
caminico del secano  
á beber agua de balsa  
toda llena de gusanos.

Otras veces se siente el baturro humorista, con un humorismo fino y hondo que nada tiene que envidiar en el fondo al anglo sajón:

Hasta los leños del monte  
tienen su destinación;  
unos nacen para santos  
y otros para hacer carbón.

Si el repuñalero sol  
se metiera á jornalero,  
no saldría tan temprano  
y andaría mas ligero.

El matrimonio es la cruz  
y el hombre es el Redentor,  
y la mujer y la suegra  
el bueno y el mal ladrón.

ooo

He dicho que el baturro es tozudo de naturaleza y franco de condición, y claro es que en sus coplas tiene que mostrársenos tal cual es.

Como no tengo *trebajo*  
á festejarle hi venido,  
qu'el guitarró y la mujer  
son pa los ratos perdidos.

¿Quereis más franqueza?

Tu madre le echa el cerrojo  
á la puerta principal,  
y yo le escondo la tranca  
de la puerta del corral.

¿Puede darse mayor tesón?

Pues de seguro que si la madre lograra echar la tranca él busca una escalera de coger olivas y salta por la tapia.

Así podrá el tozudo aplicar al caso las dos *cantas* siguientes:

Cinco sentidos tenemos  
y cinco necesitamos,  
y los cinco los perdemos  
cuando nos *enamoramos*.

Los hombres somos las moscas  
y las chicas son la miel,  
y las suegras las avispas  
que no nos dejan comer.

ooo

La copla popular es, á mi juicio, la fragua donde se moldea el alma poética de un pueblo, el nido adonde acude siempre en busca de arrullo la tórtola inmortal del amor.

Lo ha dicho en un supremo acierto D. Francisco Rodríguez Marín, maestro de costumbristas: «La copla es la ropa de gala del amor».

El baturro, que también tiene su corazoncito, como cualquier hijo de vecino, también lanza al viento sus amorosas cuitas y lo hace con sen-

cillez y gracia, no exentas de poesía, cuando se deja llevar de su natural ingenuidad.

Pero cuando se mete en floreos impropios de su carácter dice algún donoso disparate.

Dos *colunas* de alabastro  
hechas con *arquitectura*,  
sostienen el *mollificio*  
de tu *polida* hermosura.

Menos florida, y por lo tanto más sincera, es esta otra copla, que pica en inocente:

Cuando me voy á labrar  
y tiro de los ramales  
me acuerdo de aquella niña  
que vive en los arrabales.

No falta algún enamorado que, por ir más allá de lo que puede, se mete ¡hasta en los charcos! y canta:

Hasta en los charcos yo miro  
retratada tu *figura*,  
y me paice que estoy viendo  
la *estauta* de la hermosura.

¡Mire usted que en algunos charcos podrá ver el barro no muy limpio, pero lo que es la estauta!... ¡Magras!, como diría el interesado.

Cuando nuestro baturro la toma con las *comparanzas*, como él dice, tampoco le acompaña la fortuna.

Eres hermana del sol  
y cuñada de la luna,  
sobrina de las estrellas,  
del cielo prima segunda.

El autor de la copla tenía sin duda aficiones astronómicas. Quizás fuera el que ayudaba á componer el *pornóstico* del tiempo á D. Mariano Castillo, el *Zaragozano*.

Pero cuando se enamora de veras un baturro no encuentra frenos á su pasión; se enamora como un bruto y todo le parece poco para pintar su admiración.

La madre que te parió  
no se debía morir,  
sino parir y *crevar*  
*crevaturas* como tí.

No duden ustedes que este alma de cántaro sería muy capaz de irse enamorando de todos los vástagos que pariera y *crevará* su aprecia-

CAMARA-FOTO

ble suegra en agraz. Alguna vez se siente tan obsequioso, que canta:

Desde tu casa á la iglesia  
hi de hacer un emparrado  
pa cuando vayas á misa  
que el sol no te vaya dando.

¡Gracias á Dios, dirán ustedes, que hemos dado con un baturro fino!

Los hay, sí, señor, los hay, y baturras también, como reza la copla:

Cuatro cosas bien dichas  
dice mi Elena:  
*escuro, murimento,  
zapo y cangrena.*

Y hay otros que, aun no dándose las de finos, saben expresar su sentir con una ingenuidad campesina que encanta:

Derecha te estás criando  
como la caña del trigo,  
mientras te estoy aguardando  
para casarme contigo.

Al otro lado del Ebro  
tengo mis amores, madre,  
y á la Virgen del Pilar  
la pido que me los guarde.

En los montes de Canfranc  
me acordé de ti, salero,  
porque me faltó la sal  
cuando estaba de rancho.

El hueco de esta guitarra  
me sirva de sepultura  
si á otra quiero más que á ti  
después de la Virgen pura.

Muchos cantares de este corte podría entresacar de nuestro coplero, pero sólo quiero añadir á los copiados éste, que es todo un poema:

Algún día querrá Dios,  
y la Virgen del Pilar,  
que tu ropica y la mfa  
vayan juntas á lavar.

ooo

¡Todo lo puede el amor!, como dijo el clásico. Como que tiene virtud para suavizar á un matraco, convirtiéndole en galán tierno y melosico. Pero á fe que todas las mieles de su coplero se le convierten en vinagre cuando quiere expresar celos ó desdenes.

Cuando pleiteas con mí  
y me dices que me vaya,  
con una mano *m'empentas*,  
pero con otra *m'agarras*.

¿Para qué mandas tocar  
la campana del olvido  
si no puedes apagar  
el fuego que has encendido?

En este momento psicológico es cuando el baturro echa mano del vasto repertorio de las coplas llamadas de pique:

Te quiero como si fueras  
cinta de mis alpargatas,  
mira si te quiero bien  
que te quiero por las patas.

No seas tan presumida,  
porque ese mirar te afea,  
que un ojo te echa *glarimas*  
y otro te llora manteca.

Con tinaja de bodega  
te he llegado á comparar,  
que aunque se quemé la casa  
conserva la frialdad.

Hay quien sale de ronda sólo por tener el placer de disparar á su adorado tormento un escopetazo de este calibre:

Quítate de esa ventana,  
estampa de la heregía;  
¡el que madrugó por verte  
qué poco sueño tendría!

Cuando paso por tu puerta  
paso despacio y escucho  
y oigo á tu madre que dice  
que eres puerca y duermes mucho.

Hay sin embargo galanes tan ecuánimes que toman los desvíos amorosos con calma y filosofía.

Si te se apaga el cigarro  
no lo vuelvas á encender;  
si te despide la novia  
no la vuelvas á querer.

Con esa saya que llevas  
de bayeta colorada  
vas diciendo por la calle  
que ningún galán te agrada.

Ya comprenderán ustedes que la bayeta colorada (ó yo no entiendo el lenguaje de las bayetas) nunca ha significado desamor ó desdenes.

Más bien me inclino á creer que esta saya roja al contornear unas curvas pronunciadas podría ocasionar la acometida de un mozo fogoso.

Lo que ocurrió sin duda al autor de la copla es que se olió á tiempo las calabazas y echó la culpa á la bayeta.

En cambio este otro que vas á ver coge las calabazas y hace una *fritada*.



Si me daste calabazas  
me las comí con pan tierno,  
que vale más calabazas  
que una mujer sin gobierno.

Esto del amor y sus consecuencias tiene más fases que la luna y más mudanzas que un inquilino tramposo.

Quizá el mismo que dijo:

Si te toca una mujer  
*esmanofada ú lambrota*,  
más te vale dite al río  
y fírate de cocota.

Lo pensó luego más despacio y nos dió esta norma tan cabal para evitar la efusión de sangre:

La mujer que sale mala  
ni reñile ni pegale,  
que se ponga el juboncico  
y que arree con su madre.

ooo

Quizás habreis echado de menos en esta sarta de coplas algunas baturradas de las que más divierten al buen aficionado; porque hay quien se empeña en que hemos de ser brutos y brutos seguiremos siendo, pero brutos de pasión — como decía Eusebio Blasco —, brutos de entusiasmos, brutos de religión, brutos de jarcias, brutos de grandeza.

Y ahí está la historia de los Sitios de Zaragoza, que no me dejará mentir.

Por eso el aragonés de pura cepa, si oye que le llaman bruto, suele contestar: «Y á mucha honra».

O como decía otro:

Más vale ser bruto que alcalde, porque de alcalde me quitarían y de bruto no hay quien me saque.

Voy á terminar, pues, transcribiendo algunas coplas de las más baturras del repertorio popular, si bien he de hacer constar que muchas de ellas no han sido compuestas por el pueblo, sino por algún poeta que quiso imitar las salidas de tono y las gracias de la gente rústica.

Santo bendito y glorioso,  
de joven *juiste* un peral;  
del pesebre de mi burra  
eres hermano carnal.

Si quia me *golvía* aura mesmo  
un abríó ú animal  
p'abrevar en una fuente  
tuyéndome tú el ronزال.

Esta noche vendré tarde  
porque el burro se perdió,  
si sientes pasos de burro  
te asomas, que seré yo.

No f'extrañe baturrica  
si te pego algún guantazo,  
que el amor y el chocolate  
s'an de elaborar á brazo.

Es tu ventana un pesebre  
y tu cara la cebada,  
yo soy el burro que saco  
la cabeza pa prebala.

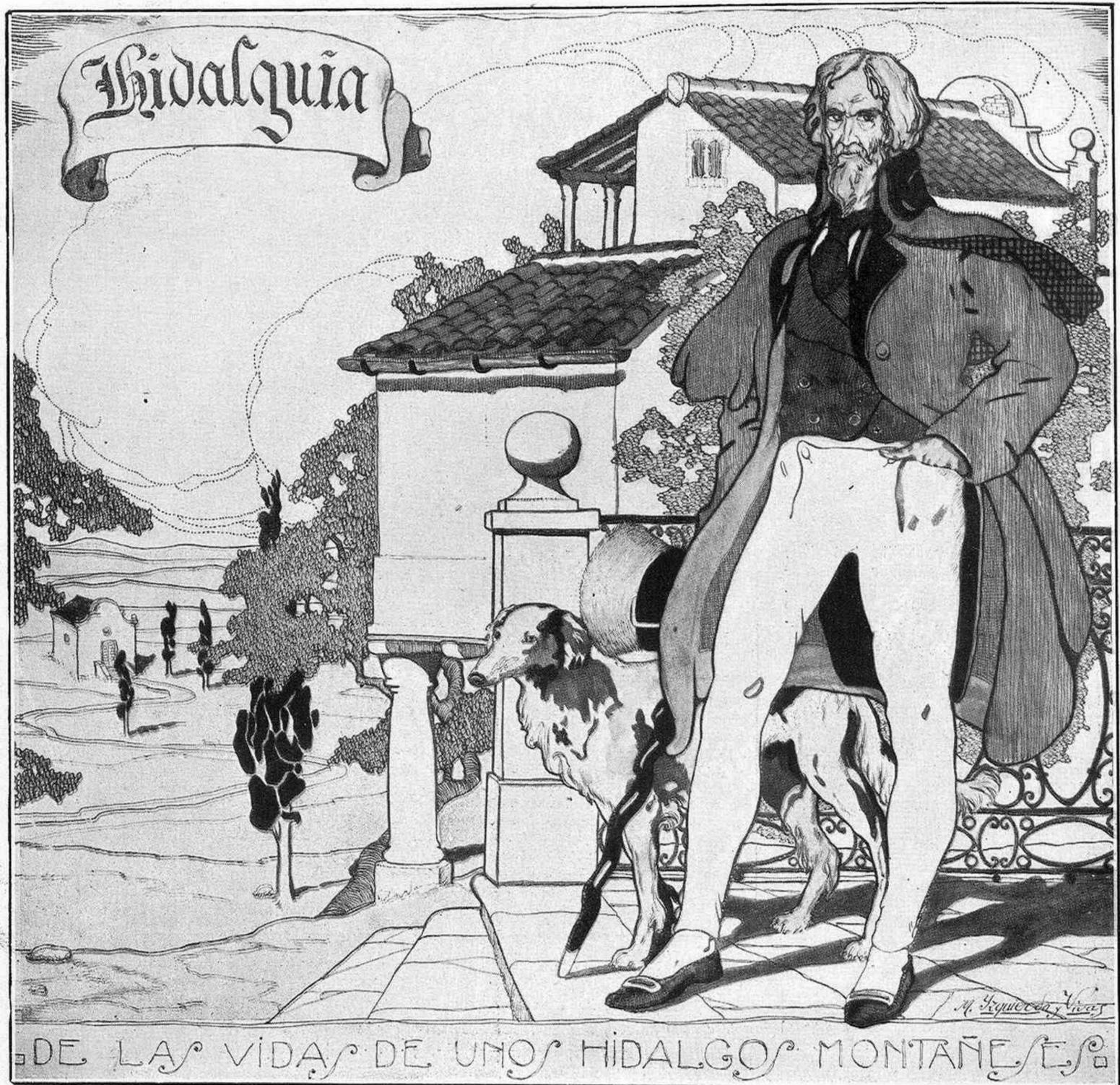
Y como no es cosa de que nos amanezca *templando*, como á los de Lumpiaque, echaré la despedida con una *canta* de mi cosecha, de la que pueden tomar nota ciertos vecinos ultraregionalistas que han intentado más de una vez *corrompernos las oraciones*.

En mi tierra de Aragón  
no hay ni fibios ni traidores,  
pues tenemos á mucha honra  
el llamarnos españoles.

V. CASTRO LES

DIBUJOS DE GÁRATE

CUENTOS ESPAÑOLES



DE LA VIDA DE UNOS HIDALGOS MONTAÑESES

No se le importaban un ardite las cosas de este bajo mundo á D. Florencio de las Masas y Aguirre de Fresneda, hidalgo montañés, caballero de la muy venerable orden del Santo Sepulcro y noble de añejos pergaminos y limpia estirpe. Y no era por esto D. Florencio duro de corazón y huero de meollo, que más de una vez horó como un chiquillo ante las calamidades patrias; pero reveses de fortuna, hondos desengaños, amargos como la tuera y á mayor abundamiento, un gran desprecio por las ruindades de esta vida le llevaron á encerrarse en su viejo solar al que se aferró como el muérdago á la encina. Tenía el hidalgo para su existencia lo que era menester, no por sobra de peculio, sino á causa de su extraordinaria sobriedad, comparable á la de sus conterráneos, los frugales pescadores ó los abstemios vaqueros que sólo de borona, leche y pescados se alimentaban.

La moda en aquel apartado rincón provincial no tenía grandes exigencias, y del albergue no podía quejarse nuestro buen hidalgo, ya que

su vieja casona solariega tuvo gloria de ser la mejor de la villa. Gozo daba verla tan enhiesta, sin duelo de sus tres siglos, como esas viejas alegres que, bajo su piel bisunta y á pesar de sus canas, llevan en los ojos y en los labios la alegría de los años moceriles. Así era el noble solar de D. Florencio: por fuera desconchado, de poca vista, descolorido; por dentro confortable, espacioso, alegre, lleno de luz, con grandes aposentos, largos y frescos corredores, jardín frondoso y huerto productivo. En vano los indios caprichosos hicieron al dueño de esta alhaja ofertas halagadoras tentándole la codicia; bien se estaba allí el Sr. de Masas, en la paz de aquel hogar, legado de sus mayores.

Como no sólo de pan vive el hombre, en aquellas soledades encontró alivio D. Florencio en su escopeta, en su galgo y en su biblioteca, escogida con gran acierto y atildadura.

El amor de Amelia, única hija y vivo recuerdo de la difunta esposa, venía á colmar la dicha del hidalgo, más amante de los goces del espíritu que de las alegrías ruidosas y mundanas vani-

dades. Desde su más tierna infancia, criado don Florencio en una recititud casi monacal, tuvo cierto apego á la filosofía cínica que hizo de él un punzante ironista. De nacer en otra época, nuestro hidalgo hubiera bebido el agua de la mano, como Diógenes, y comido el pan de la caridad como un fraile limosnero.

Se comprenderá que con este modo de ser extraordinario fuera dichoso, en lo posible, dentro de la humana condición, aquel noble y olvidado caballero. Para su alma sencilla, para su corazón jugoso y pródigo y la contemplación de la naturaleza constituían un tesoro inagotable de felicidad. Y de esto no podía estar quejoso don Florencio. Los rudos pescadores, los fornidos vaqueros, las viejas comadres, todos, en fin, amaban al noble y á su digna heredera—primero capullo de veinte abriles—, viendo en ellos dos espejos de bondades y virtudes cristianas. Y en cuanto á la belleza de aquellos lugares... El alma y el cuerpo gozaban de una existencia paradisiaca ante sus paisajes á un tiempo risue-

ños y grandiosos. A veces fundíanse en una misma perspectiva el valle, el mar y la montaña. Véase á cada paso la montaña ingente, con sus rocas peladas ostentando las venas del hierro, y sobre ellas, allá en las cumbres, como centinelas avanzados del abismo, los pinos silvestres, oscuros y severos. A los pies de la montaña descansaba el valle con sus oteros y robletales y sus prados de perenne verdor, donde la hierba, besada por la brisa del Cantábrico, tenía olor de musgo, de algas ó de sal marina. Y luego limitaba el valle la arena ó de sal marina. Y luego limitaba el valle la arena ó de sal marina. Y luego limitaba el valle la arena ó de sal marina.

En un gran otero del valle, y cerca del mar, se congregaba los domingos la multitud aldeana ansiosa de retozo, vino y alegría. Allí, al son de los panderos, bailaban las cantigas tiernas del lugar; de un lado los vaqueros y las vaquerizas, que llevaban á la villa la leche fresca y el queso picón; del otro los pescadores, que traían de la mar el rico venero del Cantábrico, que era como plata, bullendo en las redes y en los capachos de junquillo.

Don Florencio tomaba parte en estos goces por no hacer de menos á sus paisanos. Pescadores y vaqueros le ofrecían la jarra llena de vino de Liébana, el pescado seco y el queso saladillo que el hidalgo partía con su hija lleno de unción evangélica, sin altanería, con un espíritu democrático del que están ayunos muchos liberales á la moderna.

Pero los años pasaban, ajando los mayos y abriles de aquella hermosa que sufría y callaba, guardando dignamente en su corazón sus íntimos sentimientos.

¡Pobre Amelia!  
¡Pobre víctima de su alcurnia, de su dignidad, de la ternura de su alma! El Príncipe Azul no vendrá.

¡Cuitado D. Florencio que sueñas con una sociedad sencilla á la que baste el pan de cada día y los goces puros del espíritu! ¡Tú no eres un alma de este mundo!

ooo

Largos, con una lentitud y monotonía abrumadoras, pasaban los días; los años mozos, los años de amores y esperanzas iban deslizándose rápidos, como briznas de paja sobre la corriente de un río, sin dejar el perfume de una pasión en el alma de Amelia. Admirable estoicismo el de esta mujer que, teniendo un corazón ardiente, veía llegar en vano primaveras y más primaveras y germinar nuevas flores en los rosales y bullir nuevos pájaros en los nidos y palpar de gozo la tierra fecunda.

Y vió también cómo iban al templo con sus trajes de novias, floridas como vírgenes bíblicas, sus compañeras de colegio: Carmen, la del Indiano; Amparito, la del Jándalo; Paz, la del Sr. Gasparito, el prestamista rural; Gloria y Consuelo, y tantas otras más afortunadas. Sólo ella, que era hija de un hidalgo pobre, quedaba

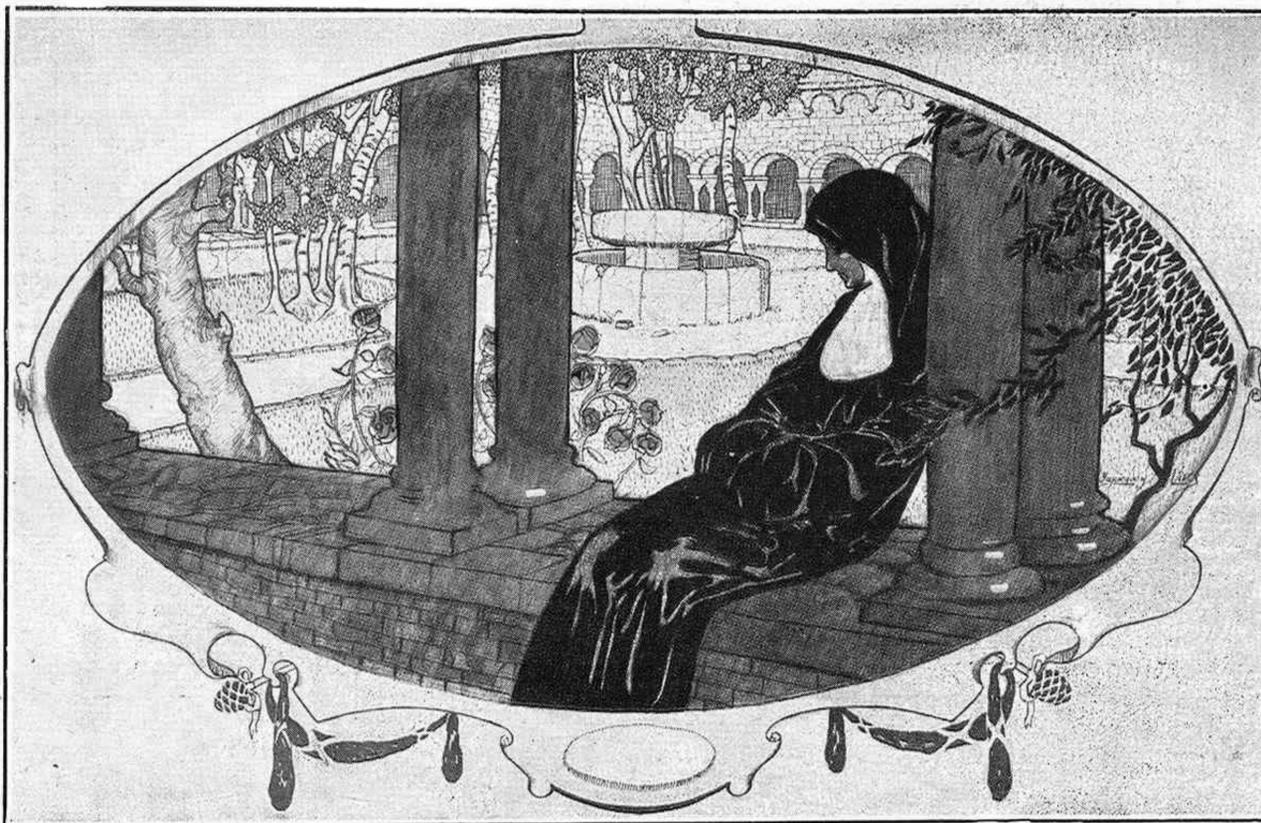
moderno en la torre consistorial. No faltó pan á los pobres y asilo á los viejos lobos de mar, ya inútiles para el trabajo, y otras gollerías. Todo esto sin tener en cuenta que ingresaron en las arcas municipales las sumas malversadas por Zacarías Garduña, cacique *perpetuo* del partido, señor del *cotarro*, y al que llamó D. Florencio ante todo el pueblo: ¡Majagranzas! ¡Malandrín! ¡Sano de Castilla! (1) y otras lindezas de este jaez. Hizo bien, pero así se vió solo, sin un amigo pudiente, sin más consuelo que la inútil admiración de su pueblo.

Convencido de su fracaso social, de su ineptitud para la vida pública, se dedicó á los goces puros del campo, á la lectura, á cultivar *su huerto*, como si quisiera limpiarse de toda la roña política, del barro de aquel lodazal administrativo, que le había salpicado hasta el rostro.

Veía los domingos á su adorada Amelia por el locutorio, y salía de estos encantadores coloquios con el corazón jubiloso y los bolsillos llenos de medallas y *perdones* (2), regalo de la cándida monjita ya feliz en el olvido.

D. Florencio se volvió inocente como un niño y pueril como una mujer.

Y cierta vez en que la borrasca fiera precipitó en los abismos veinte lanchas pescadoras, y la villa vistió de luto; cuando todo el pueblo hambriento y desolado pedía amparo, y los ricos cerraban sus arcas ó arrojaban las migas del festín al *pobre Lázaro*, que llamaba á sus puertas, el hidalgo montañés D. Florencio de las Masas y



Y si acaso ante Amelia se detenía un mozuco con la boña en la mano y el clavel en la boca, solicitando la gracia de un baile, daba el padre la venia y la niña tejía con primor el paso de la prima, en tanto D. Florencio, después de muchos regodeos, sacaba del corro á la moza más garrrida, y mostrando su gallarda apostura de buen montañés, hacía mil trenzados y figuras, resabios de la juventud, evocando el tiempo mozo, al-compás de los panderos y de la dulzaina.

Y cantaban alegres las mozas con voces cristalinas, y cantaban las *viejucas*, como cornejas en un castañar, la canción villana de rancio origen:

«Ahí la tienes, *bailalá*,  
*bailalá* con *cuidadito*;  
no la rompas el mandil,  
que lo tiene *nuevecito*...»

Pero al terminar el baile, al volver á la monotonía de la vida hogareña, Amelia se entristecía, iba languideciendo poco á poco, como un lucero á la luz del sol, con gran disgusto de su padre, que de ello se adolecía.

Ella pasaba horas y horas contemplando el mar por el vitral del balcón en verano, ó escuchando el tamborileo de la lluvia sobre los cristales en invierno. ¿En qué pensaba? Acaso en el Príncipe Azul, que no viene nunca. Tal vez en que era pena grande que aquellos mozuco garrridos y *hermosos* que la *bailaban* en el otero no fueran tan galanes y cortesanos como aquellos otros pastores de las fiestas versallescas.

impaciente, triste, esperando al *amado* como la *esposa del Cantar de los Cantares*.

De poco valían, por lo visto, la belleza y las dotes espirituales en aquellos lugares cuando así se ajaba tan primorosa eglantina, aquella peregrina y virtuosa dama que se llamaba Amelia de las Masas y Castañeda.

Al cumplir Amelia los treinta años tomó una firme resolución. Vió en el convento un refugio contra el ridículo, recordó los tiempos cándidos y alegres del colegio de las monjitas y sintió que dentro de su espíritu repicaba á gloria, alborozado, el esquiloncillo conventual, que la llamaba á la vida plácida y dulce del cenobio.

Ello fué una tarde de verano. Cargados estaban de frutos los árboles y granadas las espigas en el agro. Voces y cantos alegres llegaban de la pastoría y del mar tranquilo las barcarolas de los pescadores. A filo de tijera cayeron las crenchas rubias de la novicia que quizás con el tiempo, en aquel convento de monjas nobles, fuera una abadesa aristocrática, amable y sesuda, de esas que escriben, como Santa Teresa, dice el vulgo que hacen milagros y mueren en olor de santidad. Quedose el hidalgo en su casa como enterrado en vida. Diríase que le habían robado todas las potencias del alma.

Luego, imperiosos mandatos de ciudadanía le obligaron á tomar parte en la política rural. Fué alcalde. Gracias á su iniciativa, tuvo la vieja villa calles urbanizadas, buenas fuentes y reloj

Aguirre de Fresneda, con el corazón transido y los ojos arrasados en lágrimas, vendió su hacienda y quedándose con una minucia para el resto de su vida, sin duda ya de corta duración, hizo generoso donativo del resto para los *suyos*, para los que amaban con la sencillez de las almas buenas, y se retiró á la vieja casa de campo de unos colonos.

De casa en casa las comadres, en las pastoras los vaqueros, allá en la playa los pescadores y en las boleras y bodegones la gente de rumbo, comentaban la acción del hidalgo.

—¡Que Dios le bendiga!—dicen los unos.

—¡Que Dios se lo colme de bondades!—claman los otros.

—¡Noble es de condición!—observan las abuelucas.

—Pocos hacen hoy lo que nuestro buen señor D. Florencio de las Masas y Aguirre de Fresneda. ¡Qué buen caballero es nuestro señor! No puede negar el bendito su hidalguía—propalan enternecidos los rudos pescadores... Y secándose con el dorso de la diestra unas lágrimas que ruedan por sus mejillas, disimulan su flaqueza diciendo... que es agua de mar.

FEDERICO TRUJILLO

DIBUJOS DE IZQUIERDO VIVAS

(1) Ladrón disimulado.

(2) Perdones son esas menudencias, como almendras, piñones, etc., que venden en las ferias y en general toda golosina menuda.

LA NATURALEZA Y EL HOMBRE  
**LAS BELLAS CERCANÍAS DE BARCELONA**

Es indudable que á pesar de las divergencias de criterio que las banderías políticas imponen á los concejales barceloneses, anulando muchas iniciativas, esterilizando muchos esfuerzos y distrayendo muchas energías, la capital de Cataluña está muy por encima de la Corte de España en lo que á urbanización se refiere.

Esto obedece, sin duda, á la razón de que la mayoría de los ediles de aquel Municipio son catalanes, en tanto que en Madrid están muy en minoría los concejales madrileños.

Y naturalmente: los que sin ser «gatos» fueron al Municipio de la villa y Corte, no lo hicieron precisamente por amor á ella ni movidos por el noble afán de mejorarla. Digan lo que quieran los aludidos, no pueden convencer á nadie de que los impulsó á presentar su candidatura el noble propósito de velar por los intereses del vecindario y mucho menos por la prosperidad de la población, antes que por el propio interés y la particular prosperidad. Sin ser un lince se comprende y el resultado lo confirma.

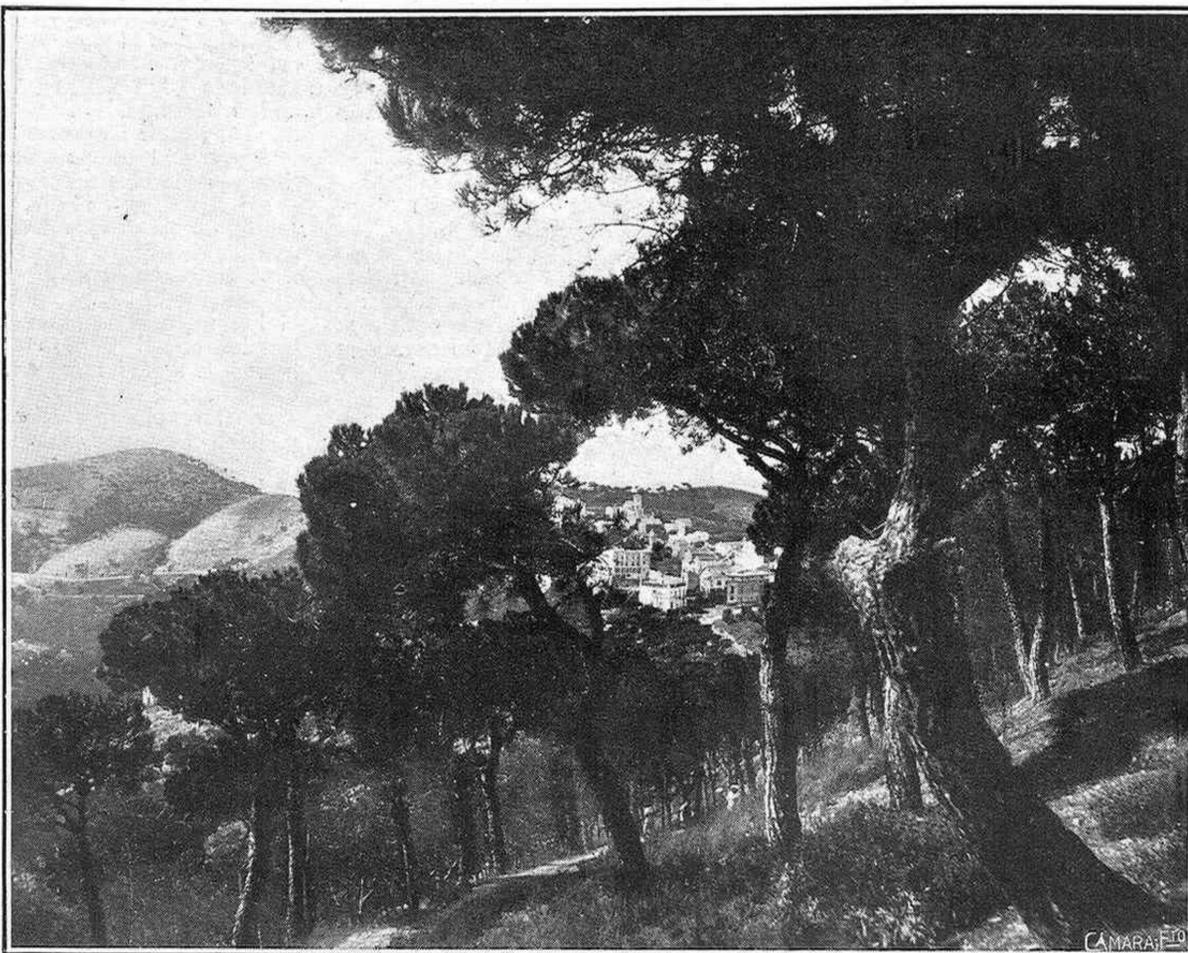
Madrid, en punto á urbanización, no se preocupa más que de las calles céntricas, donde el comercio, que tan abundante representación tiene en el Municipio, le importa que las aceras estén llanas y el arroyo cuidado y limpio.

Las barriadas distantes del centro, por muy populosas y muy aristocráticas que sean, están

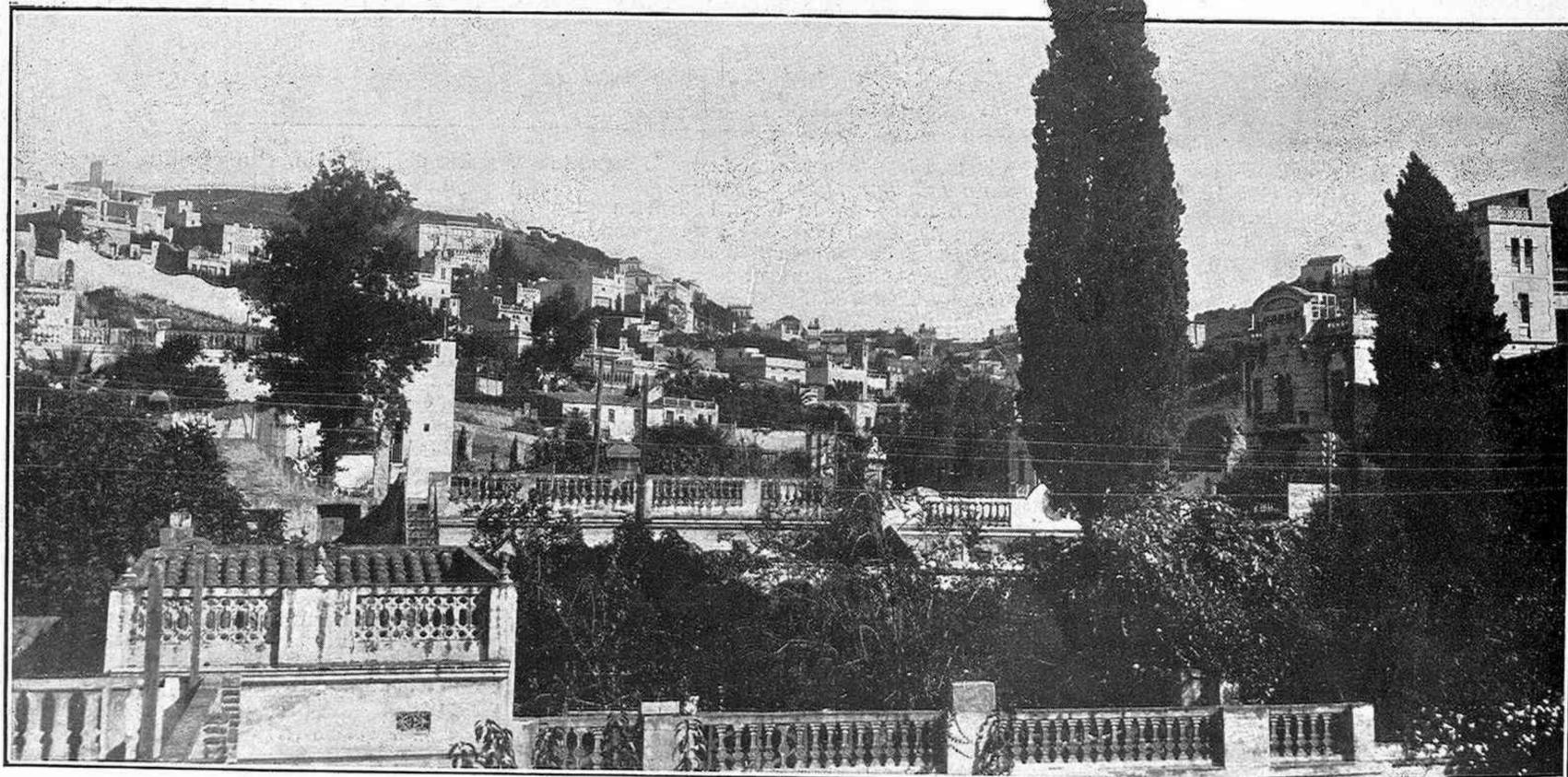
por parte del Ayuntamiento en el más lamentable abandono, y las afueras de la población y los alrededores, olvidados completamente, al extremo de que sólo con los suburbios del Rif ó con los de la China pueden compararse.

El amor á la tierra, ó el sentimiento regionalista, como quiera llamársele, produce en la capital de Cataluña el saludable y plausible efecto de proporcionar á la población los agradables caracteres de una gran ciudad, en la que no solamente se cuida de la belleza de

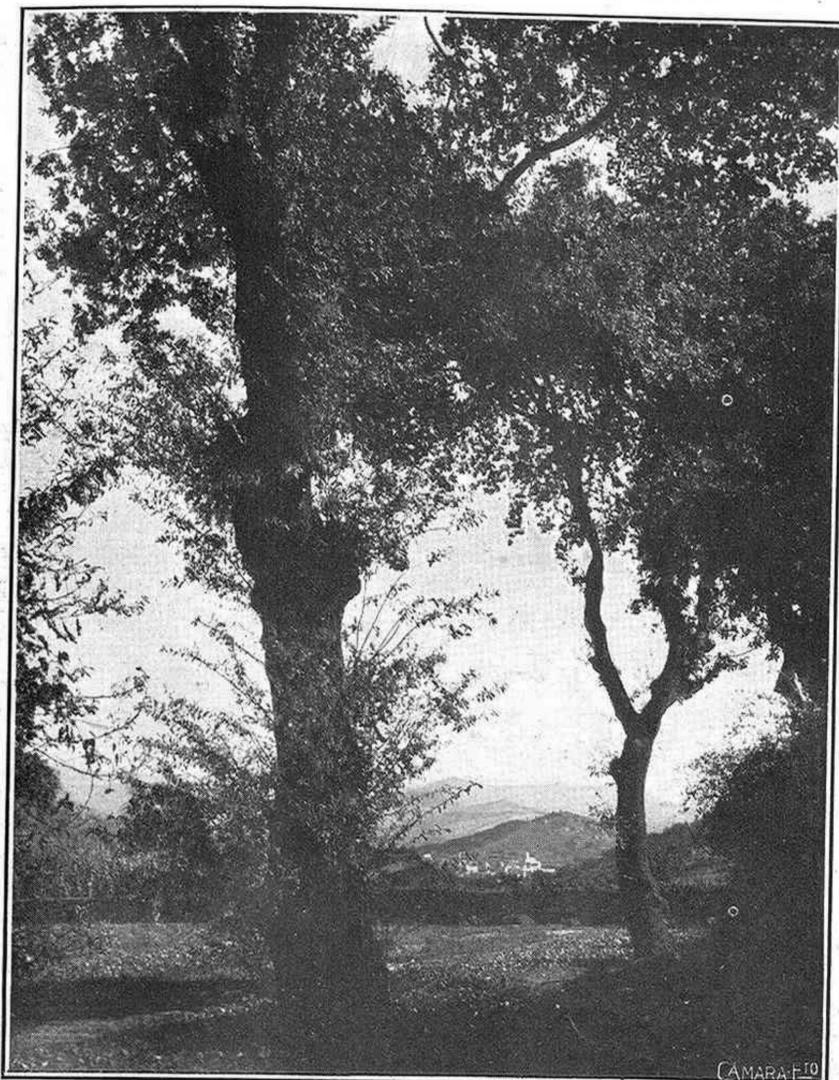
las grandes vías, de los edificios, de la pavimentación de las arterias comerciales del centro, sino también de las barriadas extremas y aún de sus extensos alrededores. No es de extrañar por esto, que muchos espíritus desapasionados consideren á Barcelona como superior á Madrid, pues aun dejando aparte la anchura y la rectitud de sus vías modernas, la belleza y variedad de sus edificios, la amplitud de sus plazas, el abundante arbolado que adorna y embellece la mayoría de las calles nuevas y algunas otras circunstancias que contribuyen eficazmente á estos agradables efectos, es indudable que supera á la Corte en lo que á las atenciones urbanas se refiere. Y si se sale de la capital, se hace más ostensible este cuidado y este esmero, y más rudo el contraste que se ofrece entre aquellos alrededores, de una belleza natural verdaderamente admirable, pero de una urbanización más admirable todavía, y los que para esparcimiento de su vecindario circundan á Madrid. En éstos todo crece y se desarrolla á su antojo, sin el menor cuidado del Municipio; diríase que, no queriendo enmendar la plana á la Naturaleza, lo mismo que se deja crecer á los árboles milenarios y al césped que cubre la tierra, déjase á los andenes y á las carreteras que el continuo tránsito convierte en polvo su pavimento de modo tal que los



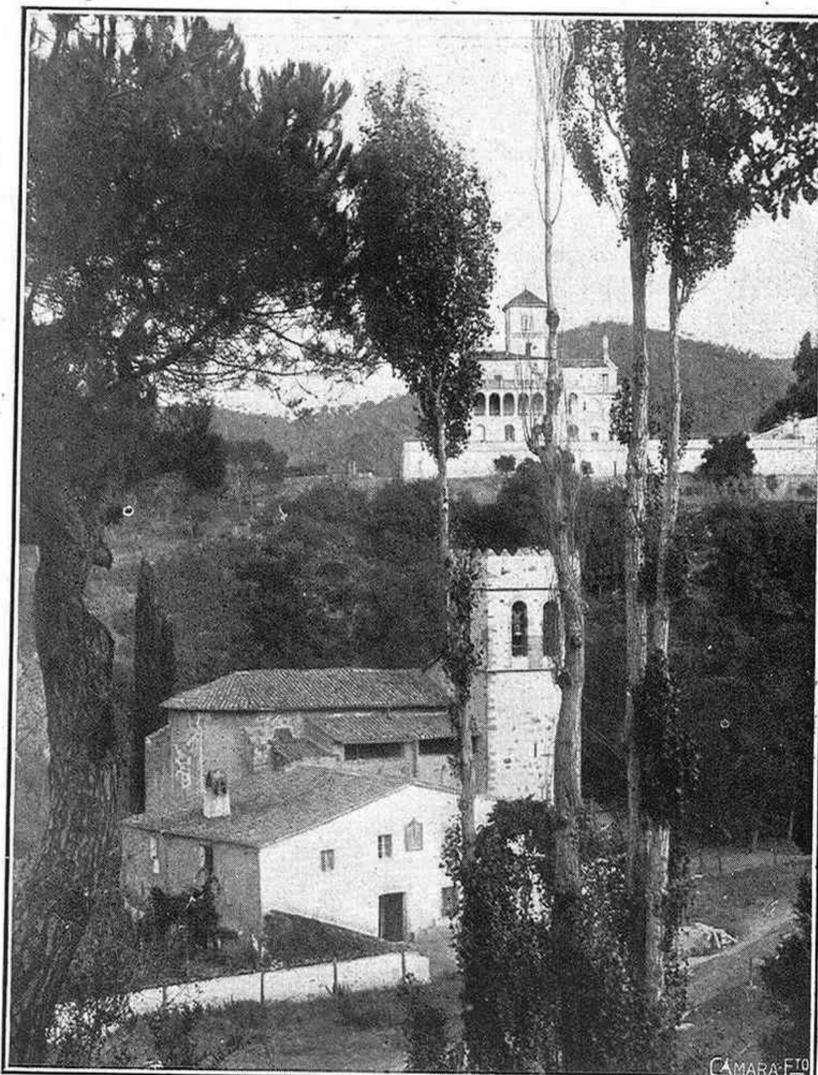
Bello paisaje de Valvidrera, en las cercanías de Barcelona



La pintoresca barriada de Valcarca, en los alrededores de Barcelona



Bello paisaje de las cercanías de Horta, cuyo pintoresco caserío se ve en la lejanía



La parroquia de Santa Maria, de Valldrera, y en lo alto la Villa Joana, donde murió Mosén Jacinto Verdaguer

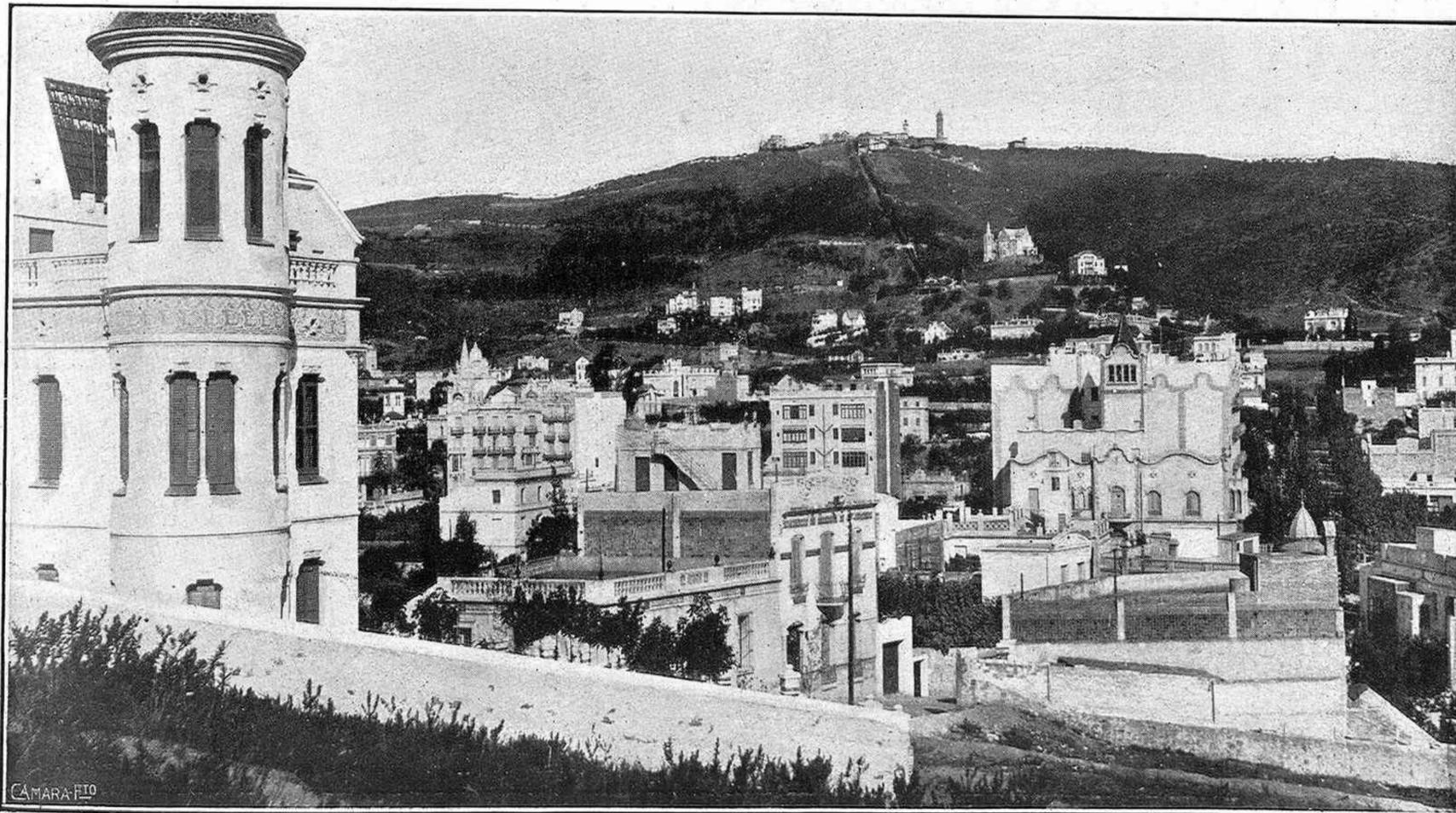
pies de los paseantes ó las ruedas de los vehículos se hundan en él levantando pintorescas y saludables nubes ó se trueque en lodazal de espeso barro en los días de lluvia.

En cambio, en Barcelona, ya os encamineis buscando aire puro, bello paisaje y sano y confortable ejercicio á cualquiera de sus pintores-

cos alrededores, no os detendrán las molestias de un camino descuidado y agreste en abandono lamentable; y lo mismo si subís á las torres del Tibidabo, que si os dirigís á Valcarca ó á Vallvidrera, á Gracia ó á Sans, á Montjuich que á la Barceloneta, tan grato y sugestivo, tan encantador y tan fácil se os hará el paseo, como

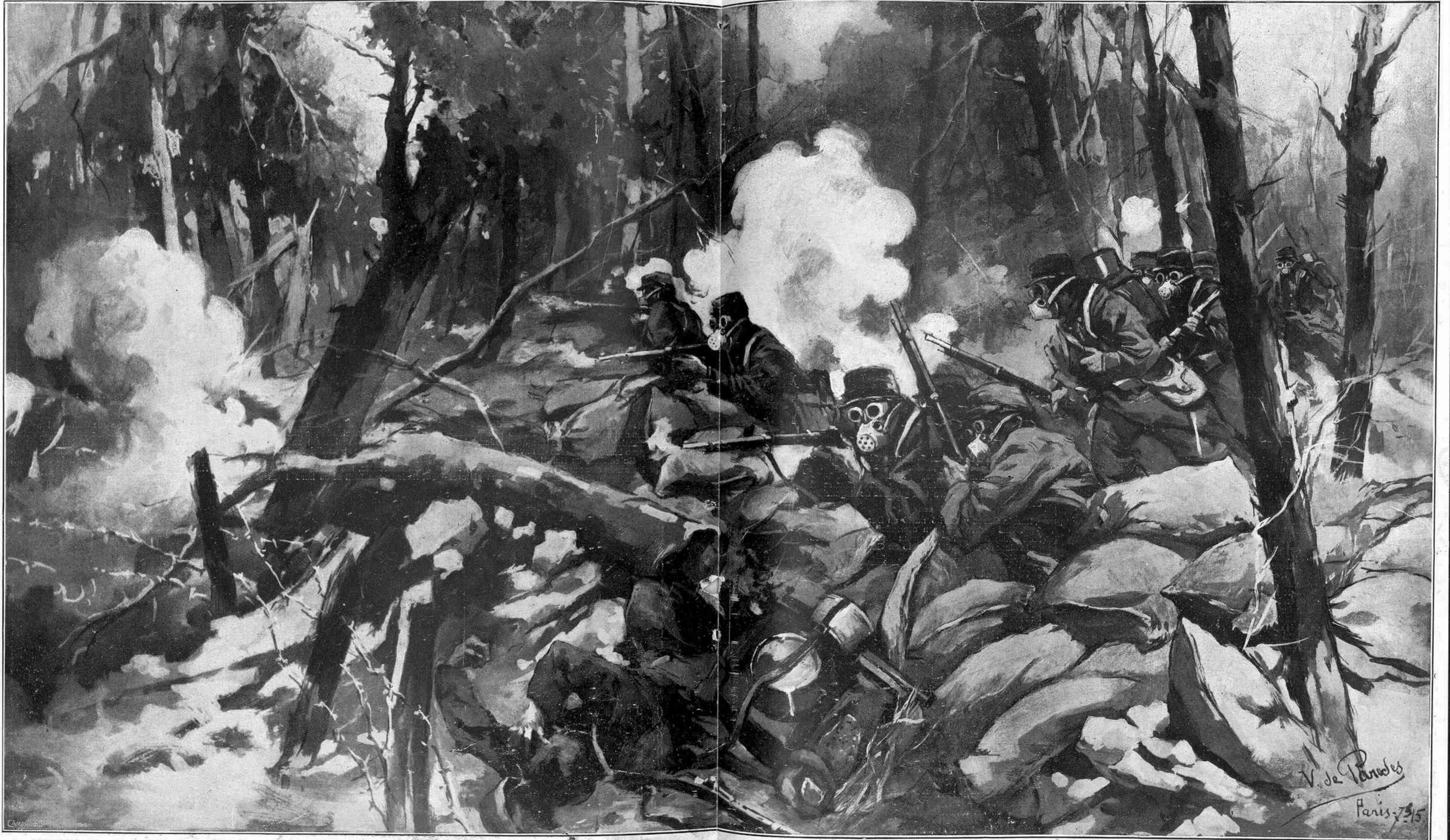
digno de él y de la fama que disfrutan los panoramas hermosos que se ofrecerán á vuestra vista en variedad, en riqueza y en esplendor asombrosos, tal como si la Naturaleza hubiera querido ofrecer sus mejores galas á la capital del Principado

JUAN BALAGUER



Vista del Tibidabo y sus pintorescos alrededores

FOT. VIVES



INFANTERÍA FRANCESA, PROVISTA DE LAS CARETAS CONTRA LOS GASES ASFIXIANTES, RECHAZANDO UN ATAQUE DEL ENEMIGO

Dibujo de V. de Paredes

YENEC  
PUBLIQUER  
ERID

EL ARTE CATALÁN CONTEMPORÁNEO



El ilustre pintor catalán D. Ramón Casas, en su estudio

RAMÓN CASAS

EN torno á la juventud expansiva, inquieta, desbordada en sanas alegrías y en exaltaciones estéticas de Ramón Casas, hay los nombres de otros dos artistas: Santiago Rusiñol y Miguel Utrillo.

No se podría hablar de la vida de uno de ellos sin que enracimadas á ésta surjan las otras dos. Casas, Rusiñol y Utrillo fueron durante los años locos y después en los años que para el resto de los mortales dejan de ser locos, tres amigos inseparables.

Hubo una época en que el arte catalán se resumía en ellos y á ellos se debieron todas las renovaciones, los impulsos y las resonancias nuevas. Recordemos las revistas *Pel y Ploma* y *Forma*,

fundadas y costeadas por Ramón Casas; las exposiciones en el Salón Parés; las publicaciones de arte y de crítica artística; el altruista amor á los aires de fuera: á los pintores, á los escultores, á los poetas que, desde el otro lado de la frontera, empezaban á plantar jalones de revolucionaria belleza.

Y no se conformaron con esto, con la propaganda de libros, revistas y conferencias; con aquellas admirables fiestas «modernistas» del Can Ferrat, en Sitges. Hicieron más aún.

Una tarde subieron á un coche de Saltabancos—una de esas románticas *roulottes* tan pintorescas que ya van desapareciendo prosaicamente—y emprendieron una excursión por los pueblos de la montaña catalana. Iban vestidos con trajes campesinos, que luego cambiaban por vestiduras teatrales, harapietas y fantásticas. Representaban diálogos cómicos, tocaban el cornetín y el tambor, hacían juegos de manos y vendían cacharros y juguetes... devolviendo el dinero. Durante al-

gún tiempo hicieron esta vida de trojamundos, reintegrados á los ingenuos y espontáneos regocijos de la adolescencia. En los muros de los pueblos humildes aparecían carteles dibujados por los tres artistas. Aquellos carteles que ya habían consagrado el nombre de Casas, cuyo nombre era una garantía de elegancia y de buen gusto.

ooo

Ramón Casas y Carbó nació en Barcelona el año 1866. Sus padres supieron acertadamente alentar la inclinación del muchacho, que muy pronto se destacó en la clase de dibujo del colegio de Carreras y luego en la academia de Vicens.

A los diecisiete años marchó á París. Es curioso observar cómo París ha sido siempre, y sigue siéndolo, la divina obsesión de los artistas catalanes. Todos ellos han rendido el tributo de sus juveniles entusiasmos á la capital de Francia. Incluso los más personales, los que han sabido destacar de un modo inconfundible sus tendencias, comenzaron el camino bajo el cielo de París y entre las calles tortuosas y románticas del viejo Montmartre.

Casas ingresó en el estudio de Carolus Durand. Acaso en la obra posterior de Casas, en la elegancia refinada y sobria á un tiempo mismo, de sus retratos de mujer, no sería difícil hallar el buen encauzamiento á que le impulsara el maestro de *La dama del guante*.

Antes de cumplir los diez y ocho años, antes, incluso, de exponer en las exposiciones españolas, presentó un autorretrato en el Salón de Artistas franceses.

A los veinte años regresó á España. Residió una larga temporada en Granada y pintó



"Una artista", cuadro de Ramón Casas



"La eminente diva Maria Barrientos", retratada por Casas



"Figura de mujer", cuadro de Casas



"Una andaluza", cuadro de Casas



"A los toros", cuadro de Casas

en Barcelona un lienzo de gran tamaño representando los alrededores de la Plaza de Toros de Madrid. Ya en este cuadro, asomaban algunas de las características del pintor de muchedumbres y del colorista enamorado de las tonalidades frías.

En 1890 volvió a París donde se instaló en compañía de Santiago Rusiñol. Casas, como Rusiñol, no ha conocido nunca las amarguras de la lucha por la gloria y por la vida. Era rico y el triunfo llegó muy pronto a buscarle.

En 1891 expuso en la Sociedad Nacional de Bellas Artes un retrato de su hermana que le valió el título de asociado. De esta época en que una fiebre de trabajo encalenturaba al artista, son, entre otras obras no menos notables, el lienzo *Al aire libre*, el retrato de Erik Satie, *El molino de la Galette*, *Baile de tarde* y *Garrote vil*.

Cuando en la Exposición Nacional de 1904, obtuvo primera medalla su cuadro *Barcelona, 1902*, Ramón Casas había conseguido la misma distinción en Barcelona, Viena, Berlín y Munich, era miembro de la Sociedad Internacional de pintores y escultores de París y en los museos nacionales y en muchas pinacotecas particulares de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania, de Italia, de Austria y de Holanda, existían cuadros suyos adquiridos a altos precios. ¡Siempre la consagración oficial retrasada y tardía!...

El arte de Ramón Casas se divide en varios géneros, perfectamente definidos y delimitados. Y admirables todos ellos. Pintor de retratos, pintor de muchedumbres y cartelista, di-

bujante de mujeres... En cualquiera de estos aspectos, no precisarían las obras de Ramón Casas llevar la firma del maestro para serle inconfundiblemente atribuidas. Tal es de personal su técnica.

Los retratos de Casas tienen una distinción serena y tranquila. La misma sobriedad del colorido afirma el reposo del dibujo, tan firme. No sacrifica jamás la figura a los accesorios decorativos o simbólicos, sino todo lo contrario, en una lógica y exclusiva atención de la mirada al carácter del personaje retratado. ¿Acaso no es ésta la enérgica y austera tradición española? Sin embargo, no se olvide que Ramón Casas ha ido más allá de las fronteras artísticas del Museo del Prado. Sus retratos si tienen la fuerza, el españolísimo vigor simplicista de los inmortales maestros, están, en cambio, más flexibilizados, más sensibilizados de cosmopolitismo y modernidad.

Además, dentro del arte del retrato y tal vez

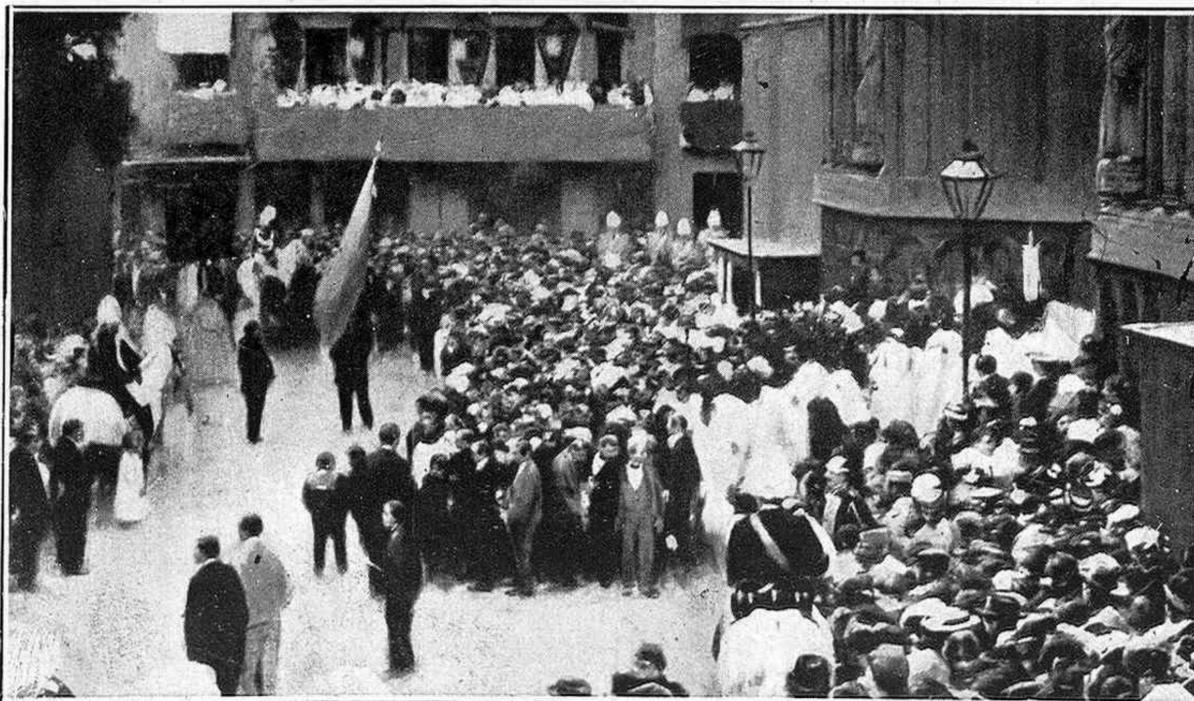
mucho más interesantes que los pintados al óleo, hay una especialidad que contribuyó de modo eficaz a la gloriosa popularidad de Ramón Casas: los retratos al carboncillo, levemente coloreados. Cerca de mil ha dibujado de este género el maestro catalán. Lo que pudiéramos llamar la «España novecentista», todos los escritores, políticos, artistas, actores, músicos, que por los años 1896 a 1904 tenían ya un nombre ilustre, posaron ante Ramón Casas, para esos retratos tan plenos de carácter, tan pasmosos de expresión, tan ágiles y certeramente dibujados. Primero Ramón Casas dibujó a todos los hombres ilustres de Cataluña (cerca de 200 retratos de este género existen en el Museo Municipal de Barcelona, cedidos, generosamente, por su autor), después los que en Madrid vivían y eran notoriamente conocidos.

Como pintor de muchedumbres, Ramón Casas da una insuperable sensación realista. Ved esta *Procesión uel Corpus* que reproducimos y que se conserva en el Museo Municipal de Barcelona.

Ved los maravillosos lienzos *Garrote vil* y *Barcelona, 1902*, que se conservan en el Museo de Arte Moderno.

Recordemos los anteriormente mencionados, *Al aire libre*, *Molino de la Galette* y *Baile de tarde*.

Cuando la fotografía reproduce alguna de estas obras, desaparece la idea del cuadro y surge, en cambio, la visión directa, movable, de la realidad misma. ¿Acaso no nos causa un calofrío de horror el episodio de la ejecución, a las primeras e indecisas claridades de un amanecer invernal? ¿Acaso frente a ese lienzo



"Una procesión", cuadro de D. Ramón Casas, que se conserva en el Museo Municipal, de Barcelona



Barcelona, 1902, que primeramente se tituló de un modo más representativo, menos actualista y limitado: *La Revolta*, no sentimos esa opresión de corazón, ese vago instinto de fuga, ó la viril protesta de rebeldía, que sentiríamos en ese mismo momento, tan rápido y tan magistralmente sorprendido por Ramón Casas?

Se le ha reprochado al ilustre artista la falta de tonos cálidos, en sus cuadros, lo que pudiéramos llamar «timidez luminista». Esto no pasa de ser una errónea obsesión de encasillamientos estéticos ó simplemente técnicos. Así, por ejemplo, existe la absurda creencia de que el cartel debe ser, únicamente, un grito pegado en la pared. ¿Y por qué no una sonrisa? ¿Por qué no, también, una palabra atractiva, cariñosa, que nos seduzca y nos anticipe la emoción de aquello que promete?

Ramón Casas no ha necesitado estridencias coloristas, ni agrias desarmonías en tintas planas para triunfar como cartelista. Sus carteles de *Pel y Ploma* y de *Forma*, sus portadas de *Hispania*, sus carteles anunciadores de cigarrillos y



de champán, y, sobre todo, el admirable y popularísimo del *Anís del Mono*, bien poco le pidieron á «los gritos de color». Al contrario. Bastó una silueta de mujer bonita...

Porque en estos dibujos y retratos femeninos es donde encontramos todas las excepcionales cualidades de dibujante y el exquisito buen gusto de Ramón Casas.

Mujeres de Andalucía, de los ojos moros y las cabelleras negras, ensangrentadas de claveles, y los cuerpos arrogantes, ceñidos por los chinescos pañolones. Mujeres parisinas de gentiles y gráciles siluetas, asomando los rostros perversos por entre las pieles que valen miles de francos ó inclinándolos graciosamente sobre los hombros desnudos. Muchachas de facies ingenuas, labios frescos, ignorantes aún del beso sensual y muchachas de pupilas febriles de lujuria y labios encendidos por el pecado y la barra de carmín... Y todas ellas adorables, en un desfile de modernas teorías civilizadas por el amor, por el lujo, por la voluptuosidad y por el arte...

“Retratos”, por Ramón Casas

SILVIO LAGO

# ARTE MODERNO



BIBLIOTECA  
MADRID

UNA SEVILLANA, dibujo por Ramón Casas



Vista de Granada y de la Alhambra, desde el Generalife.—En primer término, los restos de una antigua torre árabe FOT. VICTORIA

RINCONES DE AÑORANZA

# IMPRESIÓN DE GRANADA

En esta España tan pintoresca, tan varia, tan sugestivamente bella, hay sitios donde la hermosura del paisaje adquiere una deliciosa superación de majestad y encanto, por virtud del ambiente evocador que les rodea. La impresión que a los espíritus imaginativos produce la vista de esos lugares, no es solamente de recreo y goce de los sentidos por sus rientes y magníficos panoramas, sino también por las inefables, insospechadas añoranzas que despiertan.

¿Será preciso decir que uno de los parajes en donde con más intensidad se experimentan esas plácidas sensaciones es en la vega de Granada? Allí, en aquel rincón florido, en aquel insólito vergel, verdadera fiesta de la Naturaleza, a pesar de la constante renovación ejercida por los hombres y el tiempo en inconsciente complicidad, viven y perduran más que en parte alguna las sombras del pasado. Así, las exquisitas emociones que hoy provoca se entremezclan en la mente del fantaseador visitante, con las memoranzas de lejanas épocas, tejiéndose en derredor de la estrella del mediodía—como llamaban los árabes a Granada—una corona esplendorosa de poesía e idealismo.

En esa ciudad incomparable que se asienta con majestuosidad de reina sobre preciosa alcatifa de flores, que nos regala con los delicados perfumes que exhalan sus exuberantes cármenes, que nos reanima con la frescura emanada de sus fontanas, de sus ríos, de sus regatos—inapreciables vivificadores de frondosas alamedas y fertilísimas huertas—; en esa ciudad que deleita nuestros ojos con los primorosos artesonados y alicatados que exornan las techumbres y paramentos, así como con las esbeltas columnas y afligranados capiteles que avaloran los patios y estancias de su soberbio alcázar, sería injusto

olvidar que vivió una civilización exótica y soñadora, enamorada del arte y de la belleza y cuyos restos contemplamos aún con delectación y asombro.

No; no es posible dissociar en el pensamiento la Granada actual de la Granada que fué. Toda la obra destructora que la ignorancia y el fanatismo han realizado a través de los años, no ha sido parte para quitar de raíz a la ciudad su apariencia característica, su típico matiz árabe.

La mirada de fuego de una mujer cuya gallarda silueta asoma por el hueco de un ajimez; un árbol milenario, una piedra, un muro medio derruido que la desidia no se ha cuidado de socallar; el hallazgo de algún trozo de ataurique, alizar, u otro adorno cualquiera que una mano sectaria ó antiartística recubriera un día con argamasa; un carcomido alminar desde donde la voz monótona del almuédano interrumpía el augusto silencio del alba para llamar a las gentes a la oración; todo esto nos habla de aquella raza musulmana tan envilecida y rezagada ahora, como viril y adelantada entonces.

La Patria no alabaré y bendecirá nunca bastante los nombres de los Alfonsos, de los Fernandos, de los Enriques, de los Jaimes, de toda aquella sucesión de monarcas que, en lucha titánica y desigual, laboraron con pertinacia y abnegación sin límites, para librar a la Península de la dominación sarracena. Jamás serán reverenciados suficientemente aquellos invictos Reyes Católicos, bajo cuyos gloriosos auspicios se dió fin a pugna tan gigantesca, indispensable para la unidad nacional. Todos los elogios parecerán siempre escasos, para enaltecer a los que contribuyeron con su esfuerzo a resultado tan trascendental para nuestra independencia.



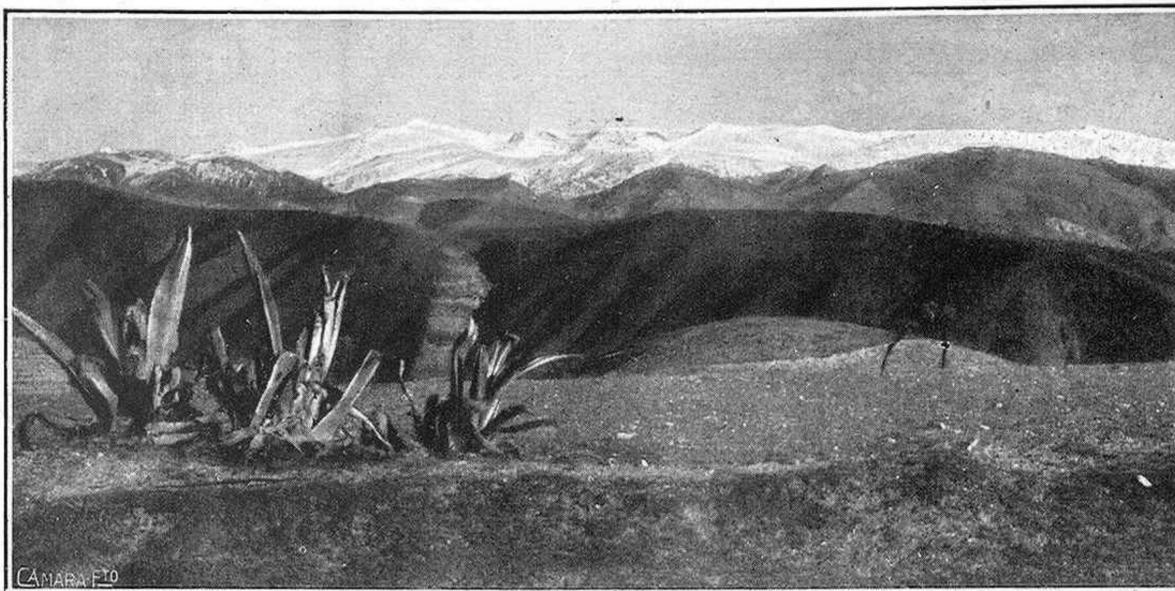
Gitana granadina FOT. SOLLMANN

Pero no debe negarse que, aquellas secas agarenas, durante su larga permanencia en nuestro suelo, le enriquecieron con inestimables monumentos, que debieron ser conservados cuidadosamente por su inmenso valor, ya que otra cosa era dar muestras de una barbarie digna de soportar el yugo que tanto nos costó romper.

Y, sin embargo, ¿se obró siempre así? ¿se respetaron las huellas magistrales que dejaron de su paso los árabes? Bien notorio es que no; y sin remontarnos mucho, baste recordar la verdadera cruzada que, sostenida con tesón por

A. Reader en *Mundo Gráfico*, se organizó para poner coto á los desmanes y destrozos que en la Alhambra veníanse cometiendo estos últimos años. A tal extremo habían llegado las cosas, que, como dijo el Sr. Osma en su pública renuncia del cargo de Presidente del Patronato de la Alhambra, «fué preciso el estampido de los barrenos en el despiadado y gratuito descuaje de la Alamedilla y paseo de Santa María, para que se cayera en la urgencia de redimir al Monumento Nacional de la deplorable equivocación que había tomado el camino de borrar la Alhambra que las edades nos conservaron, para hacer otra á gusto de nuestro siglo xx».

Afortunadamente, en este caso se lograron atajar los daños que, so pretexto de ciertas reformas y restauraciones, se venían causando á la insuperable joya arquitectónica. Según parece, la nueva dirección técnica, dotada de un criterio estético razonable y bien orientado, va á reparar todas las cubiertas del Palacio árabe que estaban abandonadas desde hace muchos años, en vez de gastar el dinero en talar árboles, en modificar el aspecto del conjunto y en cubrir las paredes de atauriques arbitrarios como se venía haciendo.



Umbría del cerro del Sol y Sierra Nevada, desde San Miguel el Alto, antiguo emplazamiento de la torre del Aceituno

Pero si estos males han podido ocasionarse ahora que, indudablemente, existe mayor y más general interés por las obras de arte, ¿qué no habrá sucedido en otros tiempos, cuando los amantes y defensores de los monumentos de mérito eran mirados poco menos que como bichos raros?

Apena tan sólo considerarlo. Tal ha sido la incuria en algunas partes que si se recorre el histórico Albaicín, por ejemplo, se sufre una lamentable desilusión en presencia de tanta ruina. Hasta la nota de sabor local, el consabido clasicismo corre allí peligro de desaparecer.

Las zambras gitanas que antes constituían un agradable aliciente para los extranjeros y los observadores de las costumbres del país, van perdiendo su atractivo por tenerlas industrializadas y monopolizadas en cierto modo un desaprensivo jefe de tribu, mitad simio y mitad muñidor electoral, que presenta unos cuadros de baile insustanciales y sin gracia ni colorido alguno.

Esto unido al enjambre de chiquillos y pediguños sucios y malolientes que importunan al forastero, hace sospechar que cada vez serán

menos los que se aventuren á recorrer aquel barrio.

Prescindiendo de eso, el viajero que acude á Granada ansioso de satisfacer su curiosidad y se extasia ante punto de vista tan admirable como el que se ofrece desde la placeta de San Nicolás, con la Alhambra en primer término guardada por el manto esmeralda de corpulentos arbustos, que contrasta vivamente con la nieve blanca que en el fondo del cuadro culmina los desnudos picachos de Sierra Nevada; ó abarca atónito con la mirada desde el lugar llamado «la Silla del Moro», el espléndido es-

pectáculo de la ciudad cruzada por el Darro y tendida muellemente á los pies del Palacio de los Sultanes y del Generalife; ó camina por las avenidas bordeadas de álamos y nopales y aspira, embriagado de placer, los aromas de sus jardines y escucha el canto melodioso de sus fuentes y surtidores; ante todo esto, en fin, el viajero se recoge en sí mismo, medita, piensa en el período en que se labraron esas grandiosidades y su inquieta fantasía, rinde un tributo de admiración á los geniales artífices que nos legaron tanta maravilla.

Hoy, por fin, parece que va á remediarse en parte, esa incuria y abandono punibles, ó lo que era peor, esa desacertada gestión que á pretexto de reformas, enmiendas y reparos, destruía ó desfiguraba á su antojo perspectivas, motivos arquitectónicos y estilos de construcción, de jardines, estancias, puertas y ventanas de la Alhambra granadina, la más grande joya de entre las muchas que nos legara ese pueblo soñador y artista que en ocho siglos de convivencia en nuestra patria, mezcló su sangre con la nuestra y dejó honda raigambre espiritual en nuestro pueblo.

FRANCISCO ANAYA RUIZ



La Alhambra y Sierra Nevada, desde la placeta de San Nicolás

FOTS. VICTORIA



“Una ayuda al remo”, cuadro de Emilio Renouf

## LAS LANCHAS VUELVEN...

Es por la tarde, cuando el sol parece un incendio y las nubes tienen transparentes tonos de azul y rosa. El mar, inquieto y rumoroso, es un inmenso lago bruñado, y las olas en la playa parecen quejarse lánguidamente, como una mujer enferma. Los solitarios pasean su fristeza sobre los acantilados de la costa y el poeta siente el deseo de rimar versos á la quietud de la tarde y á los ruidos del mar. Las lanchas vuelven...

Yo he visto muchas veces la llegada al puerto de las embarcaciones pesqueras, unas grandes, ventrudas, y otras pequeñas, como si fueran de juguete. Todas viejas y frágiles, como si sus tablas no hubieran sido unidas para vivir y trabajar sobre ellas, sino para ser batidas y deshechas, á propósito para desunirse un día y romperse y abrir inmensa tumba á sus moradores.

Quizás por eso, porque la fragilidad de las embarcaciones da sobre todo una sensación de peligro, de abismo y de muerte, los viejos pescadores adquieren ese semblante torvo, en el que al mismo tiempo hay dejos de resignación y melancolía. Quizás también por eso son siempre generosos en su rudeza, afables en su torvedad, buenos cristianos que se hacen á la mar todos los días con la fe «á bordo». Es decir, en lo más hondo de la conciencia.

Si el tiempo es bonancible y promete una abundante «costera», los viejos pescadores regresan al puerto sin alterar sus músculos, con su eterna melancolía sobre el rostro. Si los tiempos son malos ó el mar ha cobrado con nuevas víctimas el humano tributo que se le debe, hacen el viaje de retorno con el mismo aire de melancólica resignación. En su lancha, sobre los «paneles», envueltos bajo el encerado capote de aguas y tocados con el «sueste», tienen siempre una inalterable gravedad. Son como reyes en el trono.

Yo he visto muchas veces á los viejos pescadores en su retorno al puerto. Unas tardes el

mar estaba en calma, era el cielo de un azul claro, limpio de nubes, y los muelles hervían soleados y bulliciosos. Una legión de chicuelos desnudos remojaban en las aguas susurrantes sus cuerpos bronceados, de estatua, y algunas mujeres de rostro moreno y curtido, sentadas en el suelo, con el pañuelo de colores doblado sobre la cabeza, cosían las redes rotas al soñoliento sonsonete de una canción lánguida. Los viejos pescadores empuñaban el remo ó la caña del timón, abstraídos y silenciosos, indiferentes á la vida de la ciudad marinera, que estallaba cerca en gritos, llamadas y cantares. Aquella mezcla de sencillez y severidad, recordaba á los viejos lobos de mar que han distraído nuestra imaginación en las estampas de las ilustraciones familiares.

Otras tardes, el mar, ennegrecido, levantaba sucios espumarajos que parecían crines de un corcel indómito. Rugía el noroeste en ráfagas heladas; sacudía la lluvia como unas impiadosas disciplinas y el cielo, sañudo y negro, era como un triste presagio. Las olas echaban sobre la orilla trozos de madera medio podridos, que hacían pensar en buques desarbolados y sobre los muelles lloraban de inquietud y de angustia mujeres y chiquillos. También entonces, los viejos pescadores regresaban al puerto silenciosos y graves, resignados con el peligro, indiferentes á su infortunio. Bajo el recio traje de mar, eran asimismo imágenes de esas estampas con que hemos distraído un momento de tedio en las veladas del hogar.

Esta brava raza de pescadores, que tiene muchos héroes en Motrico y Ondárroa, en Suances y Santoña, hombres de ojos audaces y de alma oceánica, son hermanos en espíritu y en valor de Tremontorio y Mechelín. Del primero tienen la dureza de la mirada y la blandura de corazón y aquel aislamiento, un poco hurraño, que le hacía vivir en voluntaria soledad. Del segundo han heredado el alma buena y fuerte, la voz sin-

cera y compasiva que les empuja á la vida del hogar, en cuanto pueden apartarse de sus tareas, como buscando en el huerto casero, sin darse cuenta, un rosal de presentidas fragancias. De los dos tienen la tranquila resignación que les hace luchar serenamente y alzar los ojos con resplandores de esperanza para mirar siempre hacia arriba, hacia lo azul.

De la roca de su corazón, hecho á todos los infortunios y templado en todas las luchas, brota como de un manantial oculto un raudal de ingenuidades y de ternuras. En la semiobscuridad de la taberna, reposando sus huesos en un banco de madera sin labrar, mientras el humo de los cigarros va colgando del techo tules de niebla, se enternecen escuchando un relato sentimental ó la ruidosa máquina de un acordeón. Acaso la lectura y la música les evoca otros días más claros y risueños y otras luchas no tan inciertas ni tan crueles. Y muchas tardes, cuando el mar es un lago y el cielo refleja en las dormidas aguas su azul luminoso, los viejos pescadores encaraman al nietezuelo sobre las rodillas y le entretienen, al dulce balanceo de la lancha, con el sonsonete de una canción bretona. Es como si un corazón poeta rimara el poema de su ilusión, de sus sentimientos y sus amores.

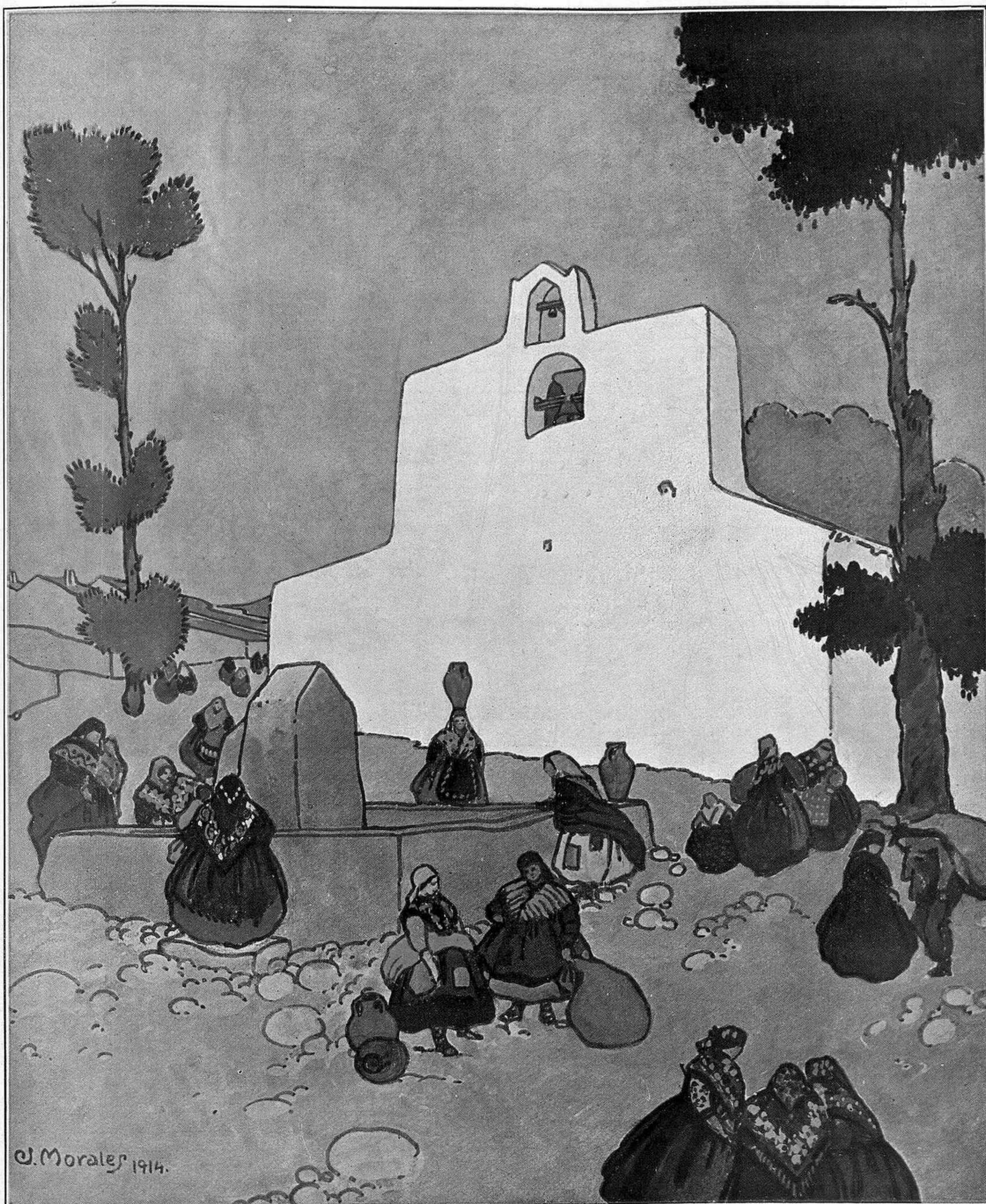
Yo no lo he visto. Nadie lo ha visto quizás. Pero en la taberna cercana al puerto, mientras el humo de los cigarros teje sutiles arabescos en el aire, ó sobre los bancos de la embarcación, cuando el mar es como un espejo y tiene balanceos de cuna, los viejos pescadores, fin de una raza fuerte y brava, sienten el rostro humedecido por un raudal de lágrimas. Y sobre las blanduras de la emoción, para disimular y desvanecer su ingenuidad, ruge la voz áspera y dura, eco del alma, que es grande como el acento de las tempestades:

—Boga avante... ¡A la mar!

José MONTERO

LA ESFERA

# DE LA VIDA ALDEANA



J. Morales 1914.

EN LA FUENTE DE LA PLAZA

POR J. MORALES

NEO DE  
LIOTECA  
ORID

# LOS APACHES Y LA CARICATURA FRANCESA

Cuando la guerra empujó dentro de España á unos cuantos miles de pobres mujeres, presentimos en seguida otro mal peor que el de esta invasión. La del ejército sombrío de «les chevaliers de la lune», para completar la fauna del vicio y del crimen. Las *mômes* no podrían pasar sin sus *marlous* ó éstos sin aquéllas. Las guardias de Montparnasse, de Belleville y de la Villette, los suburbios de las fortificaciones—tan admirablemente descritos por Ricardo Flores y Miranda—se quedaban vacíos poco á poco.

Y silenciosamente, en una lenta y continua inmigración, el apache se dispuso á la conquista de Madrid, como ya antes había iniciado la de Barcelona. Nos europeizamos.

Al principio, antes de dominar bien el terreno que pisaban, los apaches se limitaban á pasear por entre la multitud, poniendo una nota semi exótica y á gastar el dinero que sus *mômes* respectivas ganaban ignominiosamente. Permanecían fuera de la ley, sin que la ley tuviera todavía derecho á hacerles entrar dentro de ella.

El *Bubu*, de Carlos Luis Felipe, los *Julot* y *Thomas* de Jean Lorrain, pasaban casi inadvertidos entre los chulitos postineros y los puntos de chirlata. En vez del *Angel Gabriel*, la famosa cueva parisién que visitaban los turistas como una curiosidad, y en vez de los *promenoirs* de los cafés-conciertos, de los bailes y «guinches» de la *Grande Jatte*, *Point de Jour* y *Deux Moulins*, las noches del Colonial y de Fornos, los merenderos de las Ventas y de la Bombilla, los tupis y bares de las calles céntricas.

Porque, para el espectador indiferente y frívolo, apenas se distingue el apache francés ó italiano del chulo madrileño. Psicológicamente aún se diferencian menos. Tienen el mismo concepto de su predominio sobre las mujeres, idéntica creencia de que les pertenecen para la voluptuosidad, para cobrarlas por su «protección» y para matarlas cuando les plazca. Sin embargo, el



**LA MODA DEL VALS APACHE**  
 Todo lo peorcito del barrio se dió cita la otra noche en casa de la duquesa de Haute Tourbe, que daba un baile de apaches. La mayor cordialidad reinó toda la noche y el "butet" estuvo admirablemente y espléndidamente servido.



La fiesta terminó con un magnífico cotillón, en el que los huéspedes de la señora duquesa se llevaron numerosos y ricos regalos. (Dibujo de G. Pavis)

chulo madrileño es más cobarde, menos audaz que el apache. Menos ambicioso también. En Madrid no abundan esos tipos que hemos ido viendo, cada vez en mayor número, de hombres fornidos, con proporciones atléticas, dentro de los trajes irreprochablemente cortados, con las manos enjoyecidas, con sonrisas cónicas y ojos de mirada buida y fría... El chulo no llega nunca hasta donde avanza el apache. Se conforma con los «gomos» de las noches de verbena, el abono á los toros, el duro «pa obsequiar á los amigos», las botas de caña, y el «machaquito» de ocho reflejos. Ignoraba cándidamente que un «souteneur» en París, viviendo de las mujeres, puede vestir de frack y llevar la cartera rebosante de billetes y la conciencia tan limpia de remordimientos como la de un colegial, aunque haya hundido mortalmente su estilete muchas veces en los cuerpos de los *michés* atraídos por los marchitos encantos de su amiga.

Pero no tardarán en enterarse. Pronto los chulos madrileños ampliarán sus conocimientos, sentirán crecer sus ambiciones y alcanzarán el doctorado de la peligrosa é ignominiosa carrera.

Ya los apaches franceses é italianos empiezan á dar señales de vida—ó de muerte, según—y bien recientes están los episodios de robos y asesinatos realizados por individuos de ese jaez á quienes la guerra, en vez de empujar á las fronteras de más allá, les ha enviado á las de más acá.

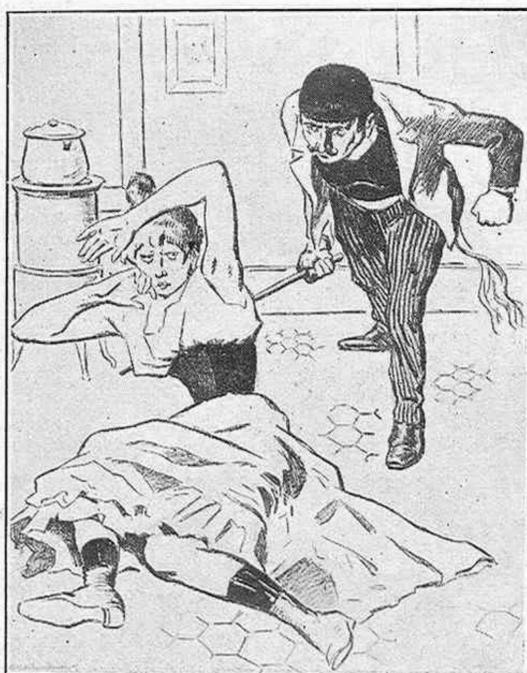
Es como el tercero é incurable período de una enfermedad terrible cuyo primer período se manifestó en la traducción del canalllescamente sensiblero vals de «los chevalier de la lune».

¿Cómo ha visto la caricatura francesa la gangrena del apachismo? No olvidemos que la caricatura es siempre el pulso de una nación.

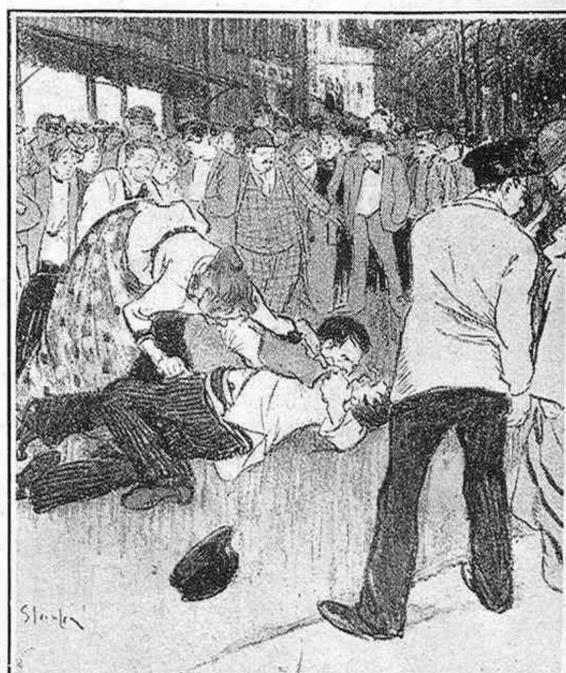
Respondiendo á las apachinerías de las revistas de music-hall, de las novelas naturalistas, de los melodramas populares y que inquietaban á



**EL APACHE BURLÓN**  
 —¡Atención! No se muevan, que voy á disparar en grupo. (Dibujo de A. Foy)



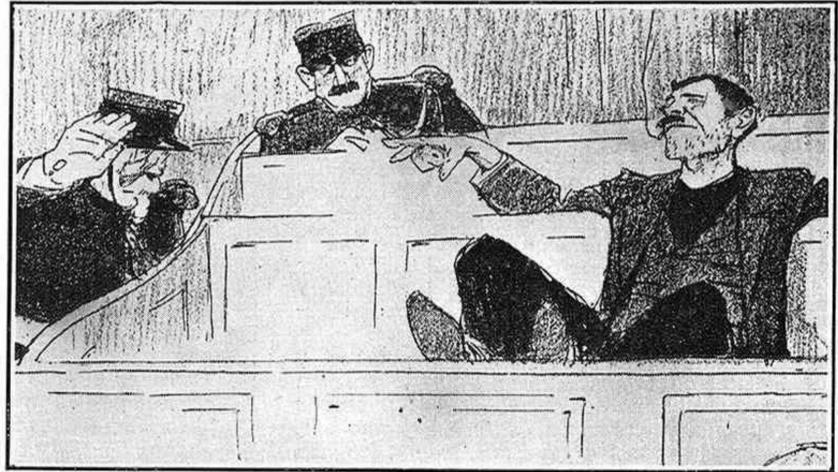
**POLÍTICA DE ACCIÓN**  
 ¡Siempre el impuesto sobre la renta! (Dibujo de Balluriau)



**ESCENAS DE LA CALLE**  
 ¡Una explicación! (Dibujo de Steinleu)



**LA CARTA DEL PRESO**  
 —Y para mí, ¿no dice nada?  
 —Sí; que te dé una paliza, para que no pierdas la costumbre.  
 (Dibujo de Brisset)



**LA ULTIMA MODA**  
 —Guardias: que pase el Ministerio Fiscal.  
 (Alusión á las consideraciones que se guardan á los apaches en los juicios.)  
 (Dibujo de Goussé)

moralistas y legisladores, la caricatura francesa contemporánea hierve en dibujos alusivos al apache.

Desde el coloso Steinleu, hasta los mozos que ahora empiezan á afilar sus lápices, ningún caricaturista ha dejado de atacar esa infamia social. A manos llenas se encuentran en las colecciones de *Le Rire*, de *L'assiette au beurre*, de *La vie parisienne*, de *L'Indiscret*, de *Le Sourire* y en los diarios *Le Journal*, *Le Figaro*, y otros, dibujos que burlescamente ó amargamente, ponen ante los ojos de sus contemporáneos, episodios del apachismo.

Todas las caricaturas recogidas en estas páginas son reflejo de distintos momentos en que el apache juega principal y vergonzoso papel.

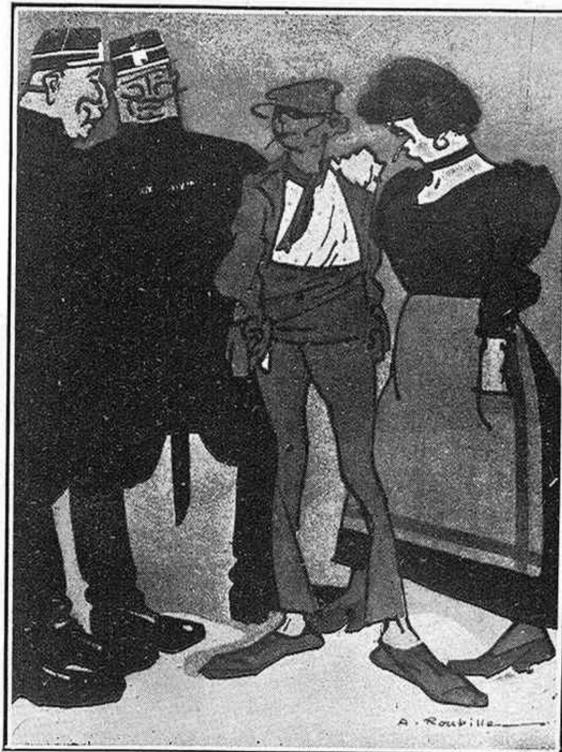
Unas veces el apache escribe desde la cárcel y encarga á los compañeros que golpeen á su víctima femenina para que «no pierda la costumbre».

Otras veces el apache, cambiados los términos, dispone que pase el «ministerio fiscal» y no es el Tribunal quien dispone que «pase el acusado», con lo que se demostraba el temor al bandido en la alta magistratura.

No faltó un diputado que protestó de que á los apaches se les azotara en la cárcel. Una incomprensible sensiblería gubernamental levantó los látigos para no dejarlos caer sobre las «delicadas carnes». Las môme se dolían de que sus amantes sufrieran el castigo que ellos no las estimaban.

La môme, la débil é indefensa mujer—doblemente indefensa por su propia abyección y el desamparo ajenos—iba á esperarle á la salida de la cárcel, como en el dibujo de Herman Paul para recompensarle con mimos y con dinero de los malos días de ergástula.

Paralela á esta labor de los caricaturistas avanzaba orientada hacia el bien y hacia la moral las novelas que sudaban amargura y que pedían á plebe. *La Maison Philibert*, de Lorrain, el *Rubin de Montparnarse*, de Luis Felipe y tantas otras, procuraban coadyuvar á la obra de los dibujantes humoristas. Han sido preciso, sin embargo, estos días purificadores



**ENTENTE CORDIALE**  
 El apache.—Según dicen, en Londres no existen apaches. Eso es indigno de una gran potencia marítima.  
 (Dibujo de Rouville)

de la guerra para que el apache no sea la obsesión constante del humorismo.

Se piensa, no obstante, en una caricatura de Ricardo Flores, que tenía una terrible y bárbara ignominia. Era un apache vestido de soldado y probando en un dedo la punta de la bayoneta.

—¡Oh!—decía—, los militares tienen mejores armas...

Acaso algunos de estos aguardan ahora en las trincheras la embriaguez roja, saborear el acre gusto de la sangre.

Y, sin embargo, la campaña de los humoristas era ineficaz, como ineficaces eran los casi cotidianos relatos de crímenes cometidos en los barrios extremos de París, y las continuas denuncias por robos que hacían en las comisarías los ciudadanos que se dejaban seducir por una «Casque d'or» más ó menos auténtica.

Hay en el fondo del alma popular una desviación malsana del romanticismo. Y esta desviación es la que lucha con la sátira de los caricaturistas. Los bailes lascivos y canallescios de los apaches pasaron del misterio obscuro, sanginario, de las guaridas á los escenarios de café concierto; y de aquí—aun momentáneamente—á salones burgueses. Luego vinieron las canciones lánguidas, melancólicas, impregnadas de un enfermizo masoquismo que cantaban las actrices vistiendo traje negro de faldas cortas, con el delantal rojo, el peinado alto, la cinta roja al cuello, y el pitillo en la boca; las películas en que las «mômes» mueren tuberculosas ó salvan á un señorito que las defendió contra los puños del «souteneur». Ha sido precisa esta convulsión trágica de la guerra que ha renovado el alma generosa, noble, capaz de todos los heroísmos y todas las sanas rebeldías de Francia, para que los apaches vean declinar su reinado sombrío.

Ahora el peligro está dentro de nosotros. Tenemos el deber de salir á su encuentro y destruirle antes de que arraigue. Porque si no, dentro de poco el apache será, como ahora el chulo, motivo de inspiración de muchos que sostienen el repertorio del género chico y de los cuplés absurdos que maullan las cancionistas de «variedades»...—Luis F. HEREDIA



¡Azotad á los apaches! ¡Pobrecillos! Ellos, que están acostumbrados á todo lo contrario (Dibujo de Mas)



La salida de la cárcel (Dibujo de Herman Paul)



Dos para dos (Dibujo de Steinleu)

## AUTORES CÉLEBRES

# D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

Me río yo de los peces de colores y del llamado *calvario* de los autores del día, de que hablan frecuentemente los periódicos cuando algún escritor mediocre encuentra obstáculos para estrenar una piececita insulsa y lánguida, de esas que, por no ser buenas ni malas, son las peores.

Funcionando, generalmente, catorce ó diez y seis teatros en Madrid, no es posible creer en los *genios desconocidos*; así como creo que en otras épocas, por ejemplo, cuando no había más teatros que el Príncipe y la Cruz, era mucho más difícil que hoy darse á conocer; pero aún en aquella época *salí* el que debió *salir*, y es buena prueba de ello el que no se tenga noticia de ninguna obra maestra que se quedara por representar. Entonces había *calvario*. El de uno de los principales autores del siglo XIX motiva estas líneas.

Trátase de García Gutiérrez. Nació este insigne poeta dramático en Chiclana (Cádiz) el 5 de Julio de 1813. Terminados sus estudios de Latín, Filosofía, Química y Botánica, comenzó el de la Medicina; pero cerradas las Universidades por un decreto de Fernando VII y sintiéndose con poca afición á dicha carrera, la abandonó para dedicarse á la Literatura.

Su padre se oponía á que compusiera versos, y él para que no pudiera leer lo que escribía hacía una letra microscópica. El padre de García Gutiérrez era muy corto de vista. Lo gracioso del caso fué que D. Antonio, de escribir asiduamente aquella letra menudita contra *también* una miopía que le duró el resto de su existencia. ¡El burlador burlado!

Tal fué la oposición de su padre á que fuese poeta, que el joven Antonio cortó por lo sano, se escapó de su casa y se vino á Madrid... ¡andando!... No tardó en el viaje más que... ¡DIEZ Y SIETE DÍAS!... Entró en la villa y corte el 2 de Septiembre de 1833, con muy poco dinero, poquísima ropa, muchas ilusiones y el manuscrito de una comedia que se titulaba *Noche de baile*, obra que á D. Juan de Grimaldi, director del Príncipe, *no le desagradó del todo*; pero la consideró de poca importancia para ser estrenada en teatro de tanto fuste. Dicha comedia no llegó á representarse.

Por recomendación de Grimaldi consiguió García Gutiérrez una plaza de redactor en la *Revista Española* con sueldo modestísimo. Cinco meses después tenía concluido un drama cabalresco titulado *El Trovador*, que se apresuró á someter al juicio de Grimaldi. A éste señor no le entusiasmó la obra y la destinó al teatro de la Cruz, donde actuaba una compañía mediana. Hubo necesidad de leer la obra á los cómicos que habían de *ejecutarla*, y éstos se burlaron groseramente de tan hermosa producción, conviniendo en que era *irrepresentable*, por lo cual el drama fué rechazado... después de admitido.

El desdeñado autor siguió luchando con la adversidad. Poco tiempo después, Mendizábal decretaba una quinta de cien mil hombres, «prometiéndole á los que se alistasen voluntariamente y tuvieran dos años de estudios mayores que serían nombrados subtenientes á los seis meses.» García Gutiérrez, que se encontraba en malísima situación, sentó plaza de soldado y fué trasladado á Leganés, depósito de reclutas.

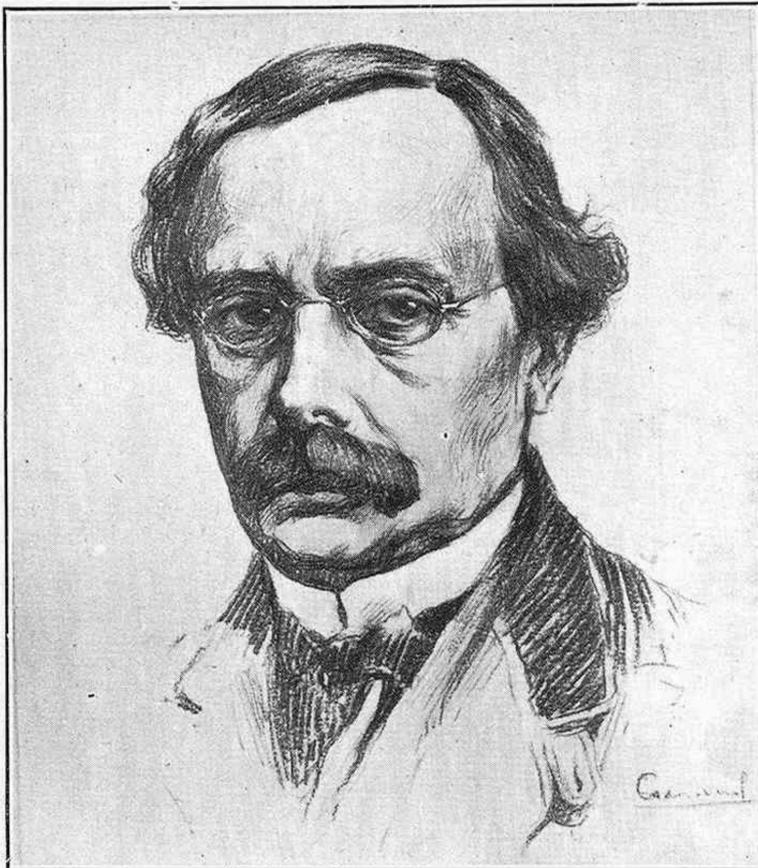
Tres meses llevaba de soldado cuando un día que había venido á Madrid, se encontró de manos á boca con Espronceda, á quien conocía desde su llegada á la corte; le contó punto por punto lo que le había ocurrido con su drama, y el popular poeta entró en deseos de conocerlo: una vez conocido le extrañó mucho que no se hubiera representado.

Espronceda era muy amigo de Antonio Guzmán, gracioso de la compañía del Príncipe, y á él recurrió en previsión de que Grimaldi le hiciera un desaire. Guzmán tenía derecho á elegir la obra que hubiera de representarse á su beneficio y por complacer á Espronceda eligió *El Trova-*

*dor*. ¡El estreno de un drama trágico-romántico á beneficio de un actor cómico, que no tomaba parte en él!... ¡Cosa más rara!...

Llegó la noche del estreno, que fué la del 1.º de Marzo de 1836. García Gutiérrez seguía en Leganés y aquella tarde pidió permiso para pasar la noche fuera del cuartel; el permiso le fué negado breve y secamente; pero él no se apuró por eso y en cuanto anocheció saltó las tapias del cuartel y se vino á Madrid. Para el que había venido andando desde Chiclana, la jornada de Leganés á Madrid era un *paseito higiénico* sin importancia.

Cuando llegó á los bastidores del Príncipe iban ya representados dos actos con gran éxito. El éxito total fué brillante, inmenso, un acontecimiento de primera magnitud; á tal punto, que



ANTONIO GARCIA GUTIERREZ DISEÑO DE GAMONAL

de aquel estreno surgió un hecho inusitado que vino á crear una costumbre que aún perdura. Terminada la representación de *El Trovador*, los espectadores, unánimemente, como si de antemano se hubiesen puesto de acuerdo, comenzaron á gritar:

—¡Que salga el autor!... ¡Que salga el autor!...

Y García Gutiérrez, que estaba entre bastidores, vestido de soldado, hubo de presentarse en escena repetidas veces entre frenéticos aplausos y entusiastas aclamaciones, vistiendo una levita de capitán de milicianos que apresuradamente le prestó Ventura de la Vega.

García Gutiérrez tuvo, pues, la gloria de ser el primer autor español que salía á la escena llamado por el público. A este propósito escribió *Figaro*:

«Felicitamos de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el público en nuestro teatro: los espectadores pidieron á voces que saliera el autor; levantóse el telón y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobación.»

A raíz del estreno de *El Trovador* obtuvo García Gutiérrez la licencia absoluta, que de buen grado le otorgó Mendizábal.

El 22 de Mayo de 1837 estrenó *El Paje*, del mismo género romántico, cuyo éxito no pasó de regular, aunque la forma es brillantísima. A este estreno siguieron los de *El Rey Monje* (hermoso drama fundado en la tradición de la Campaña de Huesca), *El encubierto de Valencia*, *Zai-*

*da* (que no gustó), *El caballero leal*, *El premio del vencedor*, *Gabriel*, *Las bodas de Doña Sancha*, *Juan Dandolo* (en colaboración con Zorrilla), *De un apuro otro mayor* (con D. Luis Valladares y D. Carlos Doncel) y otras con don Isidoro Gil. También hizo algunas traducciones de Scribe. Todas estas obras las estrenó desde el año 36 al 40.

Tres años permaneció retraído, tal vez desorientado, quizás *observando juego*, y el 17 de Enero de 1843 volvió de nuevo á la palestra, obteniendo un éxito brillantísimo con su magnífico drama *Simón Bocanegra*, estrenado en el teatro de la Cruz. Poco después se marchó á América, de donde regresó al cabo de cinco años. Del 50 al 55 estrenó las obras siguientes:

*Afectos de odio y de amor*, *El tesoro del Rey* (en colaboración con D. Eduardo Asquerino), *La espada de Bernardo*, zarzuela en tres actos, la del mismo género, en uno, *El Grumete* (que es una joya), *La cacería real* y *La bondad sin la experiencia*.

Al cabo de otro paréntesis de cinco años, el 22 de Diciembre de 1860 estrenó *Un duelo á muerte*, imitación, que confesó noblemente, de un drama alemán y que obtuvo un gran éxito. *Venganza catalana* y *Juan Lorenzo* son dos dramas hermosísimos: el primero se estrenó el 18 de Noviembre de 1864 y el segundo el 18 de Diciembre del 65.

Ya en edad madura y cuando se le creía agotado, escribió y estrenó con gran éxito, *El capitán negrero*, *Sendas opuestas*, *Doña Urraca de Castilla*, *Nobleza obliga*, *Crisálida y mariposa*, *Una criolla* y *El grano de arena* y, como todas sus producciones, en verso. Era D. Antonio García Gutiérrez un maravilloso poeta lírico y un insigne poeta dramático; sus obras escénicas son verdaderas joyas del teatro del siglo XIX, muchas de las cuales forman digno *pendant* con las más escogidas del *siglo de oro*, especialmente con las de Lope de Vega, que es con quien más puntos de contacto tiene el inmortal autor de *El Trovador*.

Como el Arte es forma primero que nada y la forma es lo que queda y perdura, las obras de D. Antonio García Gutiérrez, de forma insuperable y por muy pocos igualada, no morirán nunca. Además del sello infalsificable de la más alta y rica inspiración, la lira de este genial poeta tiene todas las notas y lo abarca todo, desde lo idílico hasta lo épico y desde lo cómico hasta lo dramático, haciendo gala, siempre que el asunto lo ha requerido, de una delicadeza y de una ternura á que sólo pueden llegar los exquisitos, los elegidos, los refinados...

Estaba condecorado con las cruces de Isabel la Católica, de Carlos III, de María Victoria y de la Concepción de Villaviciosa (de Portugal); pero hombre sencillo y modesto en demasía, sólo ostentó en muy raras ocasiones (una de ellas cuando el entierro de Calvo Asensio, de quien fué muy amigo), la de Carlos III.

El 11 de Mayo de 1862 tomó posesión de su plaza de académico en la Española.

Desempeñó varios cargos oficiales, siendo el más importante el de Director del Museo Arqueológico de Madrid, que obtuvo en 1872 y sirvió hasta su muerte, acaecida en uno de los primeros días de Agosto de 1884.

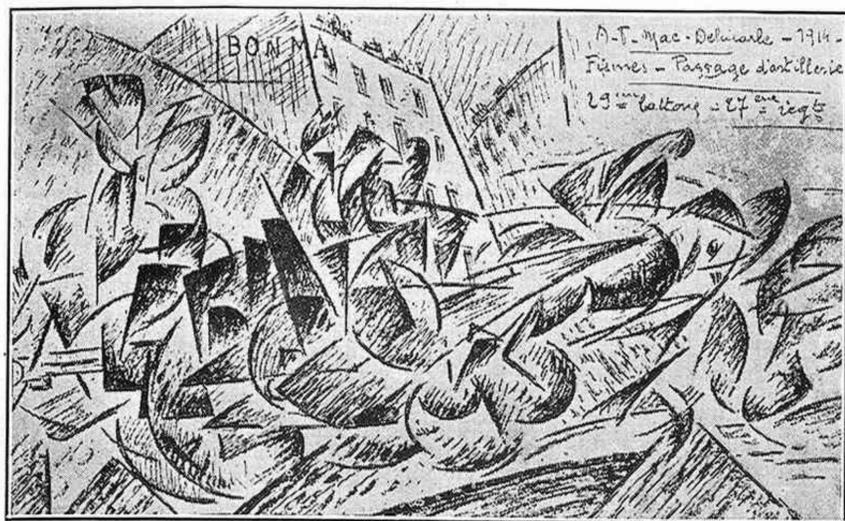
Hay quien tiene suerte hasta para morir... y quien se muere oportunamente. D. Antonio García Gutiérrez fué desgraciado hasta en eso: se murió en el rigor del verano, cuando todo el mundo (el mundo conocido) se hallaba fuera de Madrid, rindiendo culto á la moda de veranear... y fuimos á su entierro unas cuarenta personas.

Cuentan que García Gutiérrez llamaba su *ilustre paisano* al matador de toros el *Chiclanero*, que *floreó* por la misma época que el insigne autor de *El Rey Monje*.

Falta saber cómo llamaría el *Chiclanero* á García Gutiérrez.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

DE NORTE A SUR



"Paso de una batería de Artillería", por Mac-Delmarie



"Avance de cosacos", apunte para un cuadro por G. Severini

Los futuristas y la guerra

Nos habíamos olvidado un poco de los futuristas. Una exposición celebrada en Madrid, mixta de futurismo y cubismo, nos hizo sonreír sobre los ingenuos exhibicionistas, algo lejanos fuera de España, a pesar de las obras lujosamente editadas, del mercantilismo de los marchantes y de la cretinidad snobista de los compradores de esperpentos.

Sin embargo, algunas veces pensamos que esta guerra parecía imaginada por los futuristas. ¿Acaso no cumplían los preceptos destructores esos aludes de hombres, ebrios de sangre y de odio irrazonado? ¿Acaso no era la realidad de ensueños desequilibrados el derrumbamiento de templos seculares, la destrucción de bibliotecas y los fusilamientos de viejos indefensos é inútiles para el egoísmo ajeno?

Recordemos unas palabras de Marinetti, el pontífice del futurismo. Fueron escritas en el primer manifiesto de 20 de Febrero de 1909:

«¡Adelante los buenos incendiarios de dedos carbonizados! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Quemad con el fuego de vuestros rayos las bibliotecas! ¡Desviad el curso de los canales para inundar los sótanos de los museos! ¡Que naden aquí y allá los lienzos gloriosos! ¡Mano á las piquetas y á los martillos! ¡Socavad los cimientos de las ciudades venerables!

»Los más viejos de nosotros tienen treinta años. Tenemos, pues, diez años para llevar á cabo nuestra obra. Cuando tengamos cuarenta años, que nos echen los más jóvenes y valerosos al cesto de los papeles como manuscritos inútiles...»

Bien ajenos estábamos de que estas palabras tuvieran don de profecía. Surgidas en tierras latinas, de moderna libertad y de antigua gloria; bajo los cielos de Francia y de Italia, parecía un escarnio y una blasfemia de las fuertes conquistas de la justicia y de los gloriosos mármoles y bronce de los clásicos siglos. Pero inofensivas, regocijadas, como una intrascendente botarata de muchachos que se fatigan de pasar inadvertidos. He aquí, ahora, sin embargo, el eco demasiado ancho y ensordecedor y apocalíptico de aquellas palabras. Es como ei un niño gritara en una relacionada serie de cuevas sonoras. Su misma voz, repetida hasta lo más lejos y lo más cóncavo, le amedrentaría por sobrenatural.

Pero aun iban más allá los futuristas. Exaltaban la guerra como «la única higiene del mundo».

«Consideramos desacreditada é impropia de este siglo la hipótesis de la fusión fraternal de los pueblos y no ad-

mitimos más que una higiene para el mundo: la guerra.

»El objeto lejano del ideal anarquista, es decir, una dulce ternura gemela de la cobardía, nos parece una inmunda llaga precursora de la agonía de los pueblos.

»Los anarquistas se contentan hendiendo con sus hachas las ramas políticas, jurídicas y económicas del árbol social. Nosotros queremos mucho más; queremos arrancar y quemar sus raíces: aquellas que nacen en el cerebro mismo del hombre y que se llaman manía de orden; tendencia al reposo y adoración de la familia.»

Mientras llegaba el momento de atravesar al galope de caballos sin freno sobre escombros humeantes de ciudades, sobre cuerpos de moribundos y empapadas de sangre ajena sus desgarradas vestiduras y sus carnes febriles, los futuristas se conformaban con cabalgar sobre sus ideas, y los pintores Boccioni, Carrá, Mac-Delmarie, Russolo, Severini, revolucionaban el mundo agrío de sus cuadros; los poetas Marinetti, Lucini, Buzzi, Cavacchioli, Folgore, Manzella, mutilaban el léxico, y los músicos como Balilla Pratella, bombardeaban el pentágono.

Pero la guerra vino á su encuentro. Claro es que por más prosaicos derroteros, puesto que en el fondo era, y sigue siendo, una competencia de comerciantes donde se hace intervenir, voluntaria ó involuntariamente, á naciones más románticas que Alemania é Inglaterra. En honor á la verdad, estos arbitrarios muchachos, menores de treinta años—Marinetti como ciertas coquetas de todo tiempo, y como ahora los generales españoles, se rebaja la edad—no han tenido la menor culpa de la catástrofe. Sus batallas se limitaron á los escenarios de los teatros

italianos, franceses é ingleses, donde indignaban á los buenos burgueses...

¿Cuál fué su actitud frente á esa repentina y trágica afirmación de sus ideales? Acaso les molestó. Cuando el dolor nos acuchilla son inútiles las piruetas del bufón. Los snobs que compraban cuadros futuristas veían cómo sus hijos eran arrancados para saciar el hambre de la Intrusa y cómo sus arcas se vaciaban en un abismo, paralelo al otro donde iban cayendo miles de hombres...

Sin embargo, justo es reconocer que los futuristas, si no olvidaron su técnica arbitraria, tampoco olvidaron su credo de destrucción y de asalto. En el ejército francés unos, en el ejército italiano los otros, luchan por lo que en otro tiempo desdeñaron: la patria. Porque si mataran por matar y si continuaran creyendo que deben reducirse á escombros los templos é incendiar las bibliotecas y los museos, habrían elegido las filas germánicas...

De las trincheras empiezan á llegar dibujos y cuadros futuristas representando episodios bélicos. El Boccioni de *La calle entra en la casa* envía *Una carga de caballería*; el Severini de aquel *Baile*, que parecía la pesadilla de un jugador de ajedrez, dibuja el *Avance de los Cosacos*. Finalmente, el pintor Mac-Delmarie, herido en Berry-au-Bac, le remitió á Marinetti, con un apunte del paso de la 29 batería del 27.º regimiento de artillería por Furnes, esta carta que es un expresivo modelo del estilo futurista:

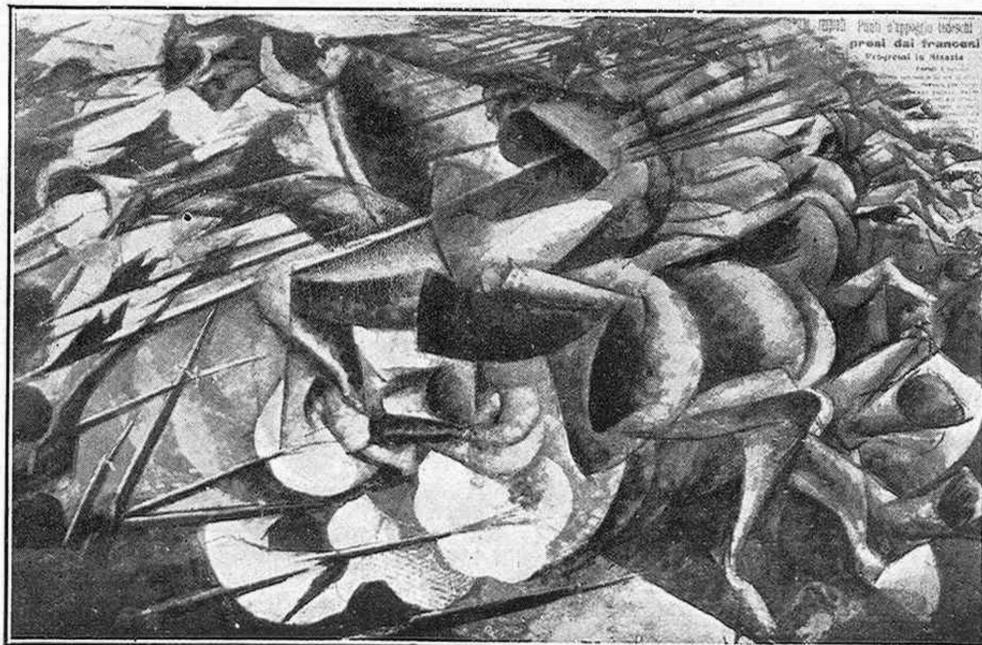
«¡Esta hermosa guerra! Qué granero de impresiones inagotable. Ruidos + sonidos + olores.

»A los explosivos de nuestras ideas, á los shrapnels de nuestros manifiestos, á los obuses de nuestros mitines, ya debieron oler la bella pólvora que ahora necesitan respirar.

»Tap-tap-tap-tap-taptaptap-tap. Nuestra linda y loca ametralladora sacude su pacifismo por encima de todo; los flautines de las balas la talonean... tzin-tzin... tzin tzin zít-zin zít y zúúúú [buuumm]! ¡He aquí la divina canción, la gorda marmita triunfante! ¡Qué apoteosis para nosotros los anti-todo! Los «outlaws» de las crasas digestiones, los campeones de la destrucción necesaria...»

Si todo esto fuera escrito como hace seis años, en la calma asegurada de un despacho de escritor, ó fanfarroneo en la juvenil despreocupación de un estudio, nos haría sonreír ó nos encogería de hombros como entonces.

Pero lo firma un hombre herido en el campo de batalla y esto ya empieza á ser un poco serio...



"Carga de Caballería", por H. Boccioni

José FRANCÉS

NUESTRAS VISITAS  
 EN EL HOGAR DE LA LOCURA ¡ELLOS!



El monumento al Dr. Esquerdo en el Manicomio de Carabanchel, fundado por el ilustre alienista

UN aplauso, un poco alborotado y muy entusiasta, de todos los que en silencio habíamos escuchado la melancólica composición, premió la labor musical de D. Narciso López. El, entonces, girando sobre la banqueta del piano, se volvió a nosotros, sonriendo un poco confuso, y muy agradecido, de igual manera que, durante veinte años, desde su plataforma de director de la orquesta de Apolo, se volvía a reverenciar á «su público» y á recibir los aplausos que le prodigaban...

Ahora estábamos en el manicomio de Esquerdo, en el pabelloncito coquetón del Director y después de una comida de invitados—esas comidas que pesan en el estómago y en el espíritu—, con la cual D. Jaime Esquerdo ha querido agasajarnos á Pepe Campúa y á mí, que hemos acudido á este lugar, no solamente con el propósito de hacer una información un poco triste, sino también con el deseo de preparar el camino, por si algún día—¡quién sabe...!—la razón nos abandona y, ausentes de alma, tenemos que cobijarnos en este trágico hogar de la locura...

Y el gran artista D. Narciso exclamó con voz transida de tristeza:

—Esta melodía es un capricho musical que he compuesto en mi celda del manicomio durante mis amargos días de demencia.

Hubo un silencio, durante el cual en mi imaginación saltaban y se repetían las notas perezosas y tristes que acababa de oír. Era una hermosa melodía dulce y melancólica que bien claramente nos hablaba de un alma nublada, de un espíritu torvo...

—Don Narciso ha estado muy mal... muy mal—nos informó D. Jaime—. Su monomanía era de

persecución. Ya, por fortuna, está completamente curado y antes de primero de año le daremos el alta y... á vivir; á volver á sus labores artísticas.

—¿Recuerda usted sus días de locura, D. Narciso?—le preguntamos.

—Sólo he olvidado seis ú ocho días... Del resto, me acuerdo como de un sueño. ¡Una pesadilla horrible!... Mire usted, me ahogaba de melancolía y de terror. En todo el mundo veía deseos de asesinarme... Mi familia, mis pobres hijas, al ver mi desvarío, lloraban, sin poder contenerse... ¡Espantoso, espantoso, amigo «Audaz»!... Yo, antes de volver á ese terrible estado, prefiero la muerte... ¡Sí, la muerte mil veces!... ¡Es horrible!

De los ojos del maestro brotaban lágrimas y poco faltó para que nos contagiase su llanto...

—La mejor prueba de que está curado en absoluto y para siempre, es que recuerda los días de demencia—explicó Esquerdo, y después, señalándonos á un caballero alto y correcto de ojos azules que estaba sentado junto á mí, prosiguió—. Aquí, D. Carlos Montoro, á quien he tenido el gusto de presentar á ustedes durante la comida, también estuvo muy mal y ya, por mi parte, está dado de alta y, cuando él lo desee, puede abandonar el manicomio.

—¡Ah!, ¿también?...—murmuré yo fijándome atentamente en el aludido. Era joven, guapo y correcto... Sus ojos azules, color de acero, expresaban una melancolía infinita, pero una melancolía serena que le daba más interés.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?...—le pregunté.

—Cerca de cinco años.

—Entonces, entró usted muy joven.

—A los veinte años

—¡Ah, caramba! á la edad de las grandes quimeras y de las intensas pasiones. ¿Tal vez...?

—Sí—lamentó el caballero sonriendo—, yo enloquecí por una mujer... No lo comprendo, pero así fué.

—Cuénteme..., cuénteme... Será interesante.

—Nada, una novia que tenía desde niño allá en Málaga, de donde soy. Mi carrera de marino me obligó una vez á hacer un viaje largo... Cuando volví ya no era aquella mujer mía. Otro hombre supo cogerla por el corazón mejor que yo... Se había casado. Al darme mi madre la noticia me pareció que el mundo me aplastaba y perdí la razón... Una locura furiosa... Recuerdo de ella: Como si unas llamaradas hubiesen invadido mi ser y sobre todo mi cerebro... Para calmarme, sentía la necesidad de destruir todo lo humano y lo divino... Matar era mi obsesión... ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto sufrió durante los días que estuve en casa!... Al fin me trajeron al manicomio... Cuatro años permanecí preso de mi demencia... Cuatro años fascinado día y noche por la imagen de Estrella, que así se llamaba, unas veces la veía ardiendo, otras ensangrentada, otras flotando muerta sobre el mar, otras con cuerpo de animales raros... Pero la veía ante mí tan precisa y tan tangible, que sólo porque sé que he estado loco me avengo á creer que no era ella...

—Y ¿cómo curó usted?..

—Un día, hace poco, al levantarme me la encontré en la salita de mi celda.

—Pero esta vez, ¿era de verdad?—pregunté interesado.

—Sí—medió D. Jaime—. Creímos que esta

CAMARA-FOTO

brusca emoción podía curar á D. Carlos. Y solicitamos el concurso de la dama que ya había envidado.

—Bueno; lo cierto es—prosiguió D. Carlos—que al verla antemí, vestida de negro, sentí algo así como si la mano que aprisionaba mi cerebro me hubiese soltado, dejando paso á las ideas normales; como si una venda que tapaba mis sentidos se hubiese desprendido; ¡qué se yo!... Como si otro sujeto que había dentro de mí dominando mi voluntad me hubiese abandonado... Es más; en aquel momento, me di cuenta de que había estado loco y que despertaba de mi desvarío y me lo expliqué todo... hasta la presencia de Estrella allí... No era ni su sombra... Había envejecido y se había desmejorado horriblemente... Recuerdo que al advertir su turbación y su miedo, lo primero que le dije, después de saludarnos, fué: «Eres cobarde, mujer; tiemblas de terror porque te crees á merced de un loco; tranquilízate... Lo he estado; pero ahora mismo estoy bien; tú acabas de curarme...» Y seguimos hablando normalmente. Y aquí viene lo más raro y lo más triste tal vez... Aquella mujer, por la cual yo había enloquecido, conforme íbamos hablando y yo la iba observando, se alejaba de mí espíritu hasta que llegó un momento en que no me expliqué que yo hubiese estado enamorado de ella... Al final de nuestra entrevista me era indiferente; es más, me pesaba un poco su conversación porque no tenía nada que decirle ni me interesaba nada de su vida... Al verla marchar exclamé al oído de mi enfermero... «¡Y que yo haya estado loco por esa mujer!»

—Y, desde entonces, está bien—terminó D. Jaime—. Pero vamos á visitar el establecimiento antes que se vaya la luz...

Salimos al jardín... Era una tarde dorada pero fría. Por los paseos estaban diseminados los enfermos, recibiendo la caricia del sol... Unos hablaban solos, otros paseaban febrilmente, poseídos de una inquietud mecánica; los más, hacían gestos incomprensibles; algunos proferían gritos inarticulados é incoherentes... A nuestro lado, un muchacho joven simulaba tocar el violín, sin tener el instrumento, sino con las manos en flexión y se congestionaba como si en efecto estuviese haciendo un gran esfuerzo corporal... Era horroroso el espectáculo. Daban ganas de huir... Nuestra presencia llamó la atención de pocos, pues, los más, nos miraban indiferentes como si no nos vieran. Y los ojos de aquellos hombres, cuyos andares vacilantes de sonámbulos eran trágicos, imponían...; unas veces por su vago mirar, otras por su demasiada expresión...

—¿Cuántos enfermos hay en la actualidad?—le pregunté al director.

—Ciento setenta y siete hombres y ochenta mujeres...

—¿Luego abunda más la locura en el hombre?...

—No, señor; es que la mujer es más fácil de manejar y las familias no se deciden á traerlas al Sanatorio.

—¿Cuál es la locura más frecuente?

—Delirio de grandezas; que se agudiza más fieramente, mientras más inteligencia y más cultura tuvo el sujeto.

—¿Quiénes están más predisuestos á la enagenación mental?

—¡Oh!, los sujetos de gran capacidad intelectual. Aquí, ya verá usted, hay individuos de una cultura extraordinaria y de una fantasía portentosa.

—¿Esta enfermedad es hereditaria?

—Casi siempre... En muchos casos ataca á los hijos de los alcohólicos y otras veces como consecuencia de enfermedades, adquiridas en vida crapulosa.

—¿Y se curan muchos?...

—Sí, bastantes, si la enfermedad ataca al sistema nervioso; cuando se aloja en el cerebro, es casi imposible... Aquí damos de alta completamente curados un quince por ciento anual.

—¿Qué procedimiento emplean ustedes?...

—No es posible concretarse sobre eso. Cada caso pide un tratamiento distinto; el general, es la alimentación, la tranquilidad y la higiene; que el individuo recobre el sueño, lo que conseguimos por medio de hipnóticos y al mismo tiempo le vamos medicinando levemente, y, por medio de la persuasión, sin contrariarlo grandemente, procuramos desvanecer sus sombras y sus inquietudes.

—Cuando están furiosos ¿se les castiga?...

—Jamás. Por lo general, los enfermos todos

son furiosos si se les contraría bruscamente y como aquí no se emplea ese procedimiento, raro es el caso de un enfermo furioso... Si tal ocurre, se le aísla y se le vigila convenientemente...

—¿No se les permitirá usar armas?...

—¡Quite usted por Dios!... Ni á los enfermos siquiera... El reglamento lo prohíbe.

Resueltamente, y como un hipnotizado, se acercó á nosotros un enfermo... Tendría treinta y cinco años; y conservaba las líneas y el aspecto de un gran señor. Sus ojos ahuevados miraban quietamente.

—Este caballero—me advirtió D. Jaime—es profesor de Ciencias y padece delirio de grandezas...—después dirigiéndose al enfermo prosiguió—. Buenas tardes, D. Alberto. Estos señores son unos amigos que desean hablar con usted.

—¡Hablarne á mí!—exclamó el loco sorprendido y mirándonos fijamente—. Y ¿sabéis acaso quién soy yo? Yo soy Alfonso XIII, Guillermo II, Nicolás I, Jorge V... Soy todos los monarcas del mundo involucrado en uno solo verdadero... Tiburcio... Anacleto, Pascual... Robustiano...

—¿Son sus nombres de usted?...

—¿Mi nombre?... ¿Mi nombre?... No sé cómo me llamo; por eso siempre firmo con cuatro ó seis nombres... Yo he sido herido en los Balkanes antes de ayer; pero

rante del compañero prosiguió—: Yo pongo huevos y doy el *do* de pecho... Ahora estoy aquí criando masa encefálica; pero no puedo llegar á constituir la por completo; porque los alimentos que nos dan en esta casa son muy malos: carnes rojas en particular y, ¿quieren ustedes decirme cómo se puede formar masa gris comiendo carne roja?... Imposible...—Y tras decir esto, se alejó riendo escandalosamente.

Pasamos por una galería donde estaban grupos de locos jugando á las cartas y á las carambolas; los paños de las mesas de billar estaban llenos de «sietes». Todos nos saludaban respetuosamente y muchos se acercaban á ha-



El popular actor Emilio Carreras en el Manicomio del Dr. Esquerdo  
FOTS. CAMPÚA



«El Caballero Audaz» hablando con D. Narciso López, director que fué durante muchos años de la orquesta de Apolo

blarnos de su manía... Uno era adivinador de pensamiento. Otro tenía cuerpo de caballo... Esquero nos iba informando de aquellas vidas trágicas.

Subimos á las celdas. Muy limpias, muy soleadas... Al fin llegamos al cuarto de Emilio Carreras... ¡Pobre Carreras!... Allí estaba postrado en una gran butaca, cubierta su cabeza por una clásica gorrilla madrileña. Era el mismo que tanto nos hizo reír con su gracia chispeante desde el escenario de Apolo... Y él, que tantas neurastenias quitó con su arte maravilloso, ahora era devorado por la locura...

Como su rostro no expresase nada al vernos le pregunté:

—Emilio, ¿no me reconoces?...

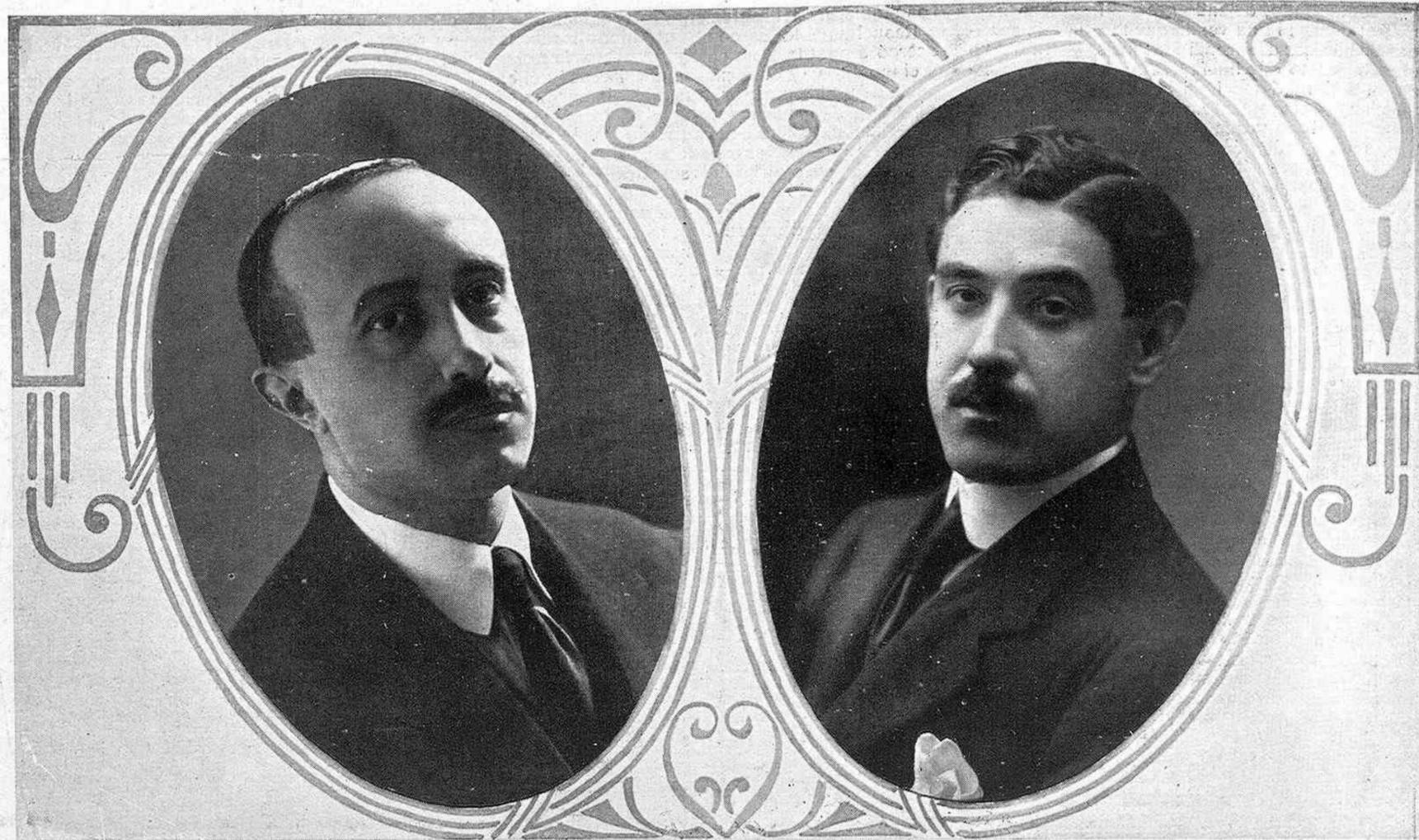
El alzó los ojos y me miró con frialdad... Aquella mirada entre idiota é indiferente la sentí en el corazón... Hubo un penoso silencio y...

—Somos nosotros, Emilio—le dijo Campua apretando cariñosamente su mano...—Nada, no despegó sus labios. La misma mirada y la misma indiferencia... Era tremendo aquello... Estábamos ante un muerto en vida... Con las lágrimas en los ojos abandonamos al amigo...

Y, como esta información se hace demasiado larga y no quiero que digáis que yo, también, he perdido la razón escribiendo, dejo para mi próximo artículo el hablaros de ellas, de las pobres locas...

EL CABALLERO AUDAZ

UNA INDUSTRIA ARTÍSTICA



SR. BENEDITO

SR. VILLALBA

El renacimiento artístico iniciado en España de tan poderosa manera, no se ha contenido únicamente en los límites de la creación fantástica, con ser estos tan dilatados, ni en dar forma á las ideas de artistas soñadores, ni en trasladar al lienzo ó á la piedra las líneas estatuarias del modelo ó la graciosa actitud de naturalidad que sorprende é interpreta á maravilla el verdadero genio creador.

Su seguridad y su vigor se manifiestan en exposiciones frecuentes, en constantes demostraciones de renovaciones espirituales y se consolidan con la aplicación justa y acertada de este mismo arte á los diferentes aspectos industriales en los que puede figurar como un colaborador esencialísimo.

Las construcciones acusan un orden de arquitectura de especial suntuosidad que brinda un brusco contraste con las fachadas monótonas y lisas del siglo anterior. Los muebles van sintiendo también la influencia del gusto moderno, y también lo impone de un modo triunfal y arrogante la decoración artística.

Frisos, relieves, jambas y cornisas, van mordidos por los buriles ó avalorados por el trabajo de los pinceles en una plausible emulación.

Artistas jóvenes, de probados méritos y de reputación estimable,

encaminan sus inspiraciones por estos derroteros y acometen obras en las que se realiza el milagro de unir á la belleza una efectiva utilidad.

Madrid y Barcelona fueron los propulsores de estas obras, los que demostraron su conveniencia, y el buen ejemplo encontró pronto imitadores que, como siempre ocurre, mejoraron completándolo, el pensamiento primero.

Recientemente se ha hecho en Valencia un trabajo de arte decorativo en el teatro Olimpia,

de nueva construcción, que bastaría á acreditar de notables artistas á los Sres. Villalba y Benedito, si sus numerosas obras anteriores de escultura y decoración, no les hubieran conseguido ya la popularidad y la fama.

En este trabajo se reúne la alegría de la concepción á la suntuosidad del estilo, y es maravilla ver cómo se funden en una inconcebible paradoja la elegancia de la sencillez, con la grandeza de lo monumental.

En esta resurrección del arte nacional, que yacía empobrecido y polvoriento en las ingratas regiones del olvido, la misión de esta clase de artistas es simplemente afirmativa.

Divulgando las obras bellas se estimula su culto y vibran en los espíritus ansias sinceras de conocer y deseos fervorosos de perfeccionarse en el sentimiento de las emociones estéticas.

Y este milagro se está produciendo en España gracias á la abnegación de sus pintores y escultores y á estas sanas y acertadas ideas de aplicar el refinamiento artístico á la decoración, entendida por pocos profesionales con la claridad, el acierto y la exactitud de los Sres. Villalba y Benedito, que en Valencia, verdadero plantel de artistas, han conseguido acreditar sus estudios y talleres y gozar de la admiración y el resuelto favor de las gentes.—Z. Z.



Vista general del interior de la casa Villalba y Benedito

FOT. GROLLO

**L'ÉPIVER**  
PARIS

LES ESSENCES - SAVONS -  
POUDRES DE RIZ  
EAUX DE TOILETTE - LOTIONS -  
DES  
PARFUMERIES

**AZUREA**  
**FLORAMYE**  
**POMPEIA**

SONT TRÈS APPRÉCIÉS  
PARCE QU'ILS SONT  
SUAVES - TENACES  
DÉLICATS.

*El número extraordinario de Pascuas de*  
**MUNDO GRÁFICO**  
*que se publicará el día 22 de Diciembre constará de*  
**MÁS DE CINCUENTA PÁGINAS** de interesante texto y grabados  
*Además de la extensa información de Actualidades, que es la característica de este popular semanario,*  
**REGALARÁ 8 planas en colores**  
*que constituyen otras tantas notas artísticas de extraordinario interés.*  
*Este NÚMERO ESPECIAL, no obstante el considerable aumento de gasto que representa, se venderá, como habitualmente, al precio de*  
**20 CÉNTIMOS**

**EDUARDO SCHILLING**  
*(Sociedad en Comandita)*  
**ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE**  
**EFFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS**  
Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca "JABALÍ"

MADRID      BARCELONA      VALENCIA  
Alcalá, 14      Fernando, 23      Paz, núm. 13

**El número extraordinario**  
DE  
**LA ESFERA**

*con que esta revista conmemora el segundo aniversario de su fundación, se publicará el*  
**día 2 de Enero próximo**  
*coincidiendo con las festividades de Año Nuevo, y constituirá un verdadero acontecimiento periodístico:*

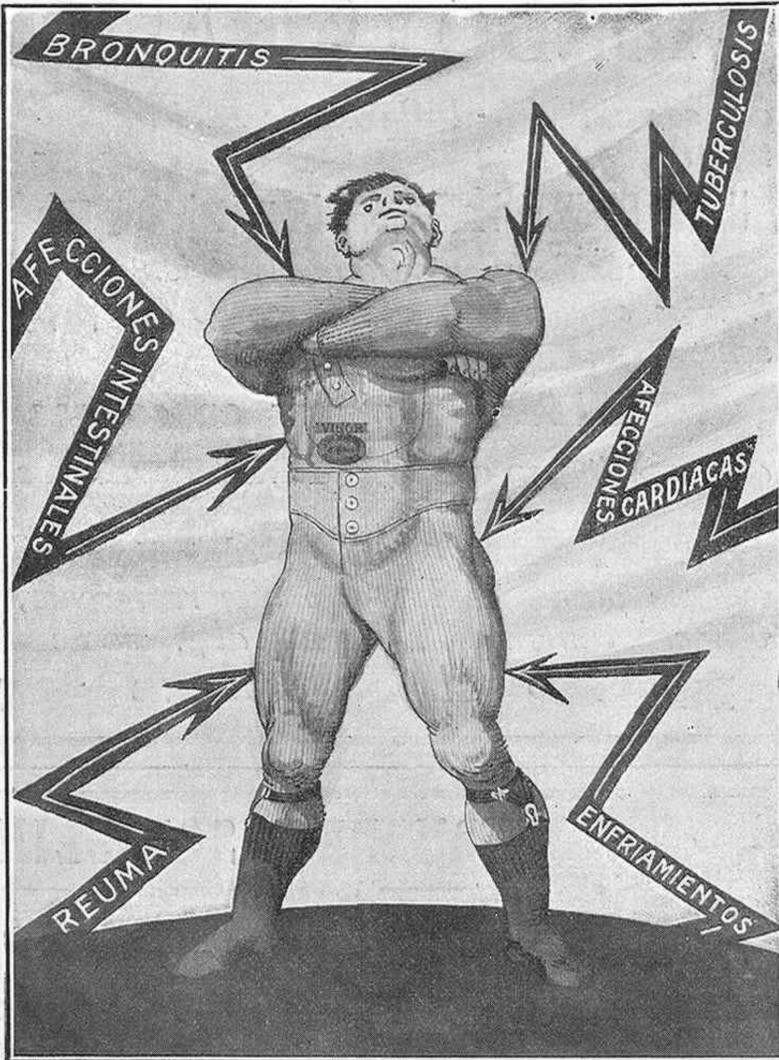
**Por lo escogido de su texto** □ **Por lo bellissimo de sus originales artísticos** □ **Por el lujo y abundancia de sus páginas en tricolor** □ **Por el conjunto perfecto de su ejecución**

*Constará de 64 grandes páginas, 30 de las cuales serán en bicromía, tricomía y fotorotogrado, y su precio excepcionalmente será de*

**UNA PESETA EN TODA ESPAÑA**

# ¿QUERÉIS CONSERVAR LA SALUD?...

HIGIENICOS E INENCOGIABLES



LA CIENCIA LOS RECOMIENDA

Usad los trajes de punto, interiores, marca

**“VIGOR”**

Dr. ROBBER'S (Patente núm. 59.216)

**VENTA EXCLUSIVA**

MADRID: Sempere, Turmo, Pérez y C.<sup>a</sup>, Almacenes de Tejidos, Sevilla, 16, y en la Sucursal, Arenal, 20, y San Martín, 2.—BARCELONA: Vda. de I. Alabert, Call, núm. 10; R. Piella Arró, Fernando, núm. 31; Sucursal de Benítez y C.<sup>a</sup>, «Bazar Esperantista», Trafalgar, 2, y Junqueras, 18; «La Torre», Daniel Carreras, Ronda de San Antonio y Plaza de la Universidad.—BILBAO, Marcos Muñoz, Víctor, 6.—CÓRDOBA: «Casa Fabra», José Fabra Copete, Gondomar, 3.—GERONA: J. Oriol Carbó, Platería, 30.—GRANADA: Almacenes «La Paz», de Olmedo Hermanos y García, Oficios, 10.—HUESCA: Juan Antonio Palá, Coso Bajo, 9 y 11.—LA CORUÑA: Poncet y Rodríguez, Real, 65, y Marina, 36.—LÉRIDA: Camisería de José Ribé, Mayor, 34.—MÁLAGA: Camisería de Roberto Bonada, Larios, 2.—MANRESA: Mariano Gras.—OVIEDO-GIJÓN: Masaven y C.<sup>a</sup>—PALMA DE MALLORCA: Benigno Palos, Jaime I, 86, 83 y 90, y Colón, 27, 29 y 31.—PAMPLONA: Sucesores de Aldave, Calceteros, 2.—REINOSA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mayor.—SAN SEBASTIÁN: «La Verdad», de José Aristizábal, San Lorenzo, 1, y San Juan, 1.—SANTANDER: Almacenes de Sinforiano Ródenas, Colosía, 1, y Sucursal, Atarazanas, 15.—SAN FELIÚ DE GUIXOLS: Casa exclusiva en géneros de punto, José Vilaret Xarnach.—SANTIAGO DE COMPOSTELA: Pedro Santos, Preguntoiro, 14.—SANTA CRUZ DE TENERIFE: «New England», Varona y Ruiz.—TORRELAVEGA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mártires, 2.—VALENCIA: Camisería y Perfumería Sanz Maset y Poyo, Mar, 4.—VALLADOLID: Julián Alonso, sucesor de Eduardo Alonso, Constitución, 1, y Santiago, 17 y 19.—VIGO: «La Villa de París».—VITORIA: Camisería Olivares, Plaza Nueva, 30.

## COMPañIA COLONIAL

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS y MADRID

Fruta laxante refrescante  
contra el

**ESTREÑIMIENTO**

Almorranas, Bilis,  
Embarazo gastrico e intestinal, Jaqueca

**TAMAR  
INDIEN  
GRILLON**

Paris, 13 Rue Pavée  
y en todas las farmacias

**ORO Y PERLAS**  
Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

**PÉREZ HERMANOS**  
Zaragoza, 9, y Fresa, 2  
TELÉFONO NÚM. 2.449

**Calzados LA IMPERIAL**  
Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, á pesetas 14, 15 y 16. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**  
**PUERTA DEL SOL, 6 MADRID**

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para “LA ESFERA” por

**LA PAPELERA ESPAÑOLA**